

El destino del elefante

MARCO MISSIROLI

Nuevos Tiempos *Siruela*



Marco Missiroli

El destino del elefante

Traducción del italiano de
Carlos Gumpert

 Siruela

Nuevos Tiempos

Nota

Toda referencia a acontecimientos o personas reales ha de considerarse puramente casual. Se han introducido algunas leves modificaciones tanto en el trazado topográfico de Milán como en el de Rímìni por exigencias narrativas. La canción citada en el capítulo 36 es *Il mare d'inverno* (El mar en invierno), escrita por Enrico Ruggeri y cantada por Loredana Bertè.

*A Sauro Missiroli y a Fiorella Vandi,
gracias.*

*Si hay aflicción, lo que saldrá a la luz no será
un ser plano, sino un ser moral,
un sujeto del valor, y no de la integración.*

Roland Barthes

*Solo ahora se ha desprendido por fin el chico
de todo cuanto ha sido.*

Cormac McCarthy

EL DESTINO DEL ELEFANTE

Había una vez un hombre, y a ese hombre en cuestión no es que las cosas le fueran muy allá, había estallado el diluvio universal y él se había encaramado al tejado de su casa para no ahogarse, de modo que le pide a Dios con toda su fe que lo salve y en su corazón sabe que Dios lo salvará.

Se acerca una embarcación y el hombre la rechaza, dado que está convencido de que el Señor vendrá a salvarlo, por lo que dice no gracias, y mientras las aguas no dejan de crecer, se acerca otra embarcación, pero él sigue esperando a Dios. Entretanto, el agua le llega ya al cuello, pasa una tercera embarcación, no gracias. Al final, el hombre se ahoga. Cuando ve por fin al Señor en el paraíso, le dice: ¡tú habías prometido salvarme! Dios se le queda mirando, vamos a ver, pero si te he mandado tres barcas, *sa vot adés?*¹

La portería era un cuchitril limpio, amueblado con una mesa de contrachapado y dos sillas de mimbre. En una pared estaban los buzones y junto al cristal de la garita había una repisa con una radio en estado lastimoso y un teléfono; en otra pared, un dibujo a tinta china de la catedral de Milán y un clavo. Una puerta de fuelle llevaba a un apartamento minúsculo, formado por un dormitorio y la cocina. Antes de marcharse, la antigua portera lo había limpiado de arriba abajo, había dejado una cafetera casi nueva y un paquete de café, una botella de aceite a medias y un frasco de gel de baño para pieles delicadas. En el cajón de la mesa, un rectángulo de cartón con una ventosa en el que estaba escrito: *Vuelvo enseguida*. Había dejado también diez ganchitos clavados en la pared del dormitorio, de cada gancho colgaban copias de las llaves de todas las viviendas.

Pietro no las había tocado aún desde que se convirtió en el nuevo portero, un mes antes. Lo hizo esa tarde, se acercó a uno de los ganchos y sacó las llaves de los Martini. El doctor Luca y Viola, su mujer, habían ido a recoger a su hija a la guardería. Se las metió en un bolsillo y siguió enjuagando el trapo en el baño de paredes ciegas, lo introdujo en un cubo de plástico y le echó encima dos tapones de detergente. Tambaleándose a causa del peso, fue hasta el zaguán del que arrancaban las escaleras. Estrujó el trapo y lo restregó por un escalón, se acurrucó y fue subiendo hacia atrás, como una araña a la que le faltaran patas. Pasaba el trapo con las manos y arrastraba el cubo, cuando llegó al primer piso levantó los felpudos de las tres viviendas y prosiguió hasta el segundo. Se detuvo. Empezó por la puerta del abogado Poppi. En su felpudo estaba escrito *Dejad toda esperanza*, lo levantó y limpió, se desplazó hacia el de los Martini. Lo enrolló y quitó con esmero la grasa del mármol, se puso de pie, el picaporte de la puerta tenía manchas de dedos. Usó un pañuelo para quitarlas, se lo volvió a guardar en el bolsillo y notó cómo las llaves le rascaban la palma. Las sacó, las metió en la cerradura. Abrió.

Entró con los ojos cerrados y dio medio paso. Siguió avanzando y miró, en lugar de la oscuridad apareció un perchero en forma de árbol. De sus ramas colgaban tres abrigo oscuros y el paraguas en forma de mariquita de Sara. El parqué rechinaba; sobre la única repisa del vestíbulo, dos fotografías y una cesta de bagatelas antiguas. En uno de los marcos estaba el doctor Martini de niño. Fingía estar conduciendo una Vespa aparcada. Tenía la mirada fija en el manillar, la boca seria. El portero cogió la fotografía, acarició la cabeza del pequeño y la mano que apretaba el acelerador. Se la acercó más, la acarició de nuevo. Apretó el marco hasta que empezó a temblar. Volvió a dejarlo en su sitio y se quedó mirando la cesta de bagatelas. En lo alto asomaban un tintero, una rana pisapapeles, un timbre de bicicleta. Sacó el timbre y limpió con la manga de la camisa la

parte de arriba. Estaba oxidado y tenía la palanca desgastada. Le dio la vuelta, pesaba poco. Retrocedió sujetándolo en la palma de la mano y salió de casa de los Martini.

–Pietro.

Se volvió de golpe.

–Señor abogado –el portero recogió el trapo y escondió en él el timbre, mientras el agua le goteaba en los pies–. Estaba acabando de limpiar.

–Muy a fondo, ya lo veo.

El abogado Poppi se quitó el sombrero con un gesto seco, su cabeza brillante relució.

–*Kibutzer*, dicen los judíos. Entrometido.

Se abrió camino con el bastón y enarcó una ceja. Pietro tiró el trapo en el cubo, se puso colorado.

–Acepte una invitación, amigo mío –dijo el abogado–, deje de limpiar tan a fondo y véngase conmigo al bar de la esquina. Ahora mismo. Le invito a un capuchino que no olvidará.

–Me faltan dos pisos.

–Hágame caso –el abogado abrió su puerta, cogió un impermeable del brazo del sofá y lo sacudió antes de ponérselo. Señaló el piso contiguo al de los Martini–. Nuestro Fernando está a punto de declararse. Perdérselo sería un grave error.

El portero le enseñó el cubo.

–Peor para usted, *kibutzer* –el abogado retrocedió y empezó a bajar.

Pietro esperó a que Poppi saliera al patio, después se acercó a la última puerta del descansillo, la de Fernando, el muchacho extraño del edificio. Levantó el felpudo, limpió y volvió a bajar sin detenerse. Se metió en la garita y siguió derecho hacia su minúsculo apartamento. Desde el día de su llegada todo estaba manga por hombro. Se había hecho con una cama que había colocado bajo el único ventanuco de la zona de estar. El saliente de un muro lo separaba de la cocina americana, tres armarios de pared y una mesa con un mantel de plástico floreado, una nevera que zumbaba. Las plantas estaban en fila en el único rincón en el que daba el sol, a su lado había amontonado los macutos con la ropa y la bicicleta, una Bianchi de hacía treinta años con el manillar recto a la que el aire salobre había descascarillado la pintura.

Se acercó al lavabo del baño y sacó el trapo del cubo, lo estiró de esquina a esquina. El timbre era un puño de hierro, lo secó con esmero mientras entraba en el dormitorio, una habitación vacía con un ojo de buey que daba al patio interior. Colgó las llaves de los Martini de su gancho. Allí debajo, confundidos por la penumbra, había una lámpara y una maleta abierta con unas cajas dentro. Cajas alargadas y estrechas, cajas con las esquinas desgastadas. De la cilíndrica extrajo un sobre con un sello dedicado a Emilio Salgari, contenía una fotografía y una carta en papel de arroz. Aunque se la supiera de memoria, la leyó igual que la primera vez, e igual que la primera vez contuvo el aliento hasta llegar al final. La metió en su sitio junto al timbre y antes de irse al bar se quedó un instante observando su pasado.

El cura joven la vio pasar una mañana de septiembre aquel año también, y también aquel año la muchacha se quedó mirando hacia la ventana donde él estaba mientras

conducía su bicicleta con una cesta de paja. Tocaba el timbre, *ring ring*, llevaba un vestido a rayas y no sentía vergüenza ante los timbrazos que obligaban a girarse a las personas delante de la iglesia. Él le devolvió la mirada desde detrás de los postigos y cerró los ojos; cuando volvió a abrirlos, ella estaba en el suelo, debajo de la bicicleta, gritando lo he matado, no lo he visto, he matado al gato.

El cura joven salió corriendo a la calle, se metió entre la multitud que se agolpaba alrededor de la muchacha. La buscó, ella se sujetaba el vientre sin apartar la mirada del gato muerto.

–Es el animal del cura, está muerto –decía uno.

–¿Te has hecho daño, hija mía? –dijo otro.

–*I gatt u fà muri sol a l strèghi e i castig a d Dio* –dijo otro a su lado. A los gatos solo los matan las brujas y los castigos del Señor.

La bruja seguía diciendo lo he matado, no lo he visto, lo he matado. No dejó de decirlo hasta que se percató de él, del hábito negro que destacaba entre la gente.

–Padre, lo he matado.

El cura joven se acercó al gato y le rozó el hocico. Después cogió la bicicleta y la levantó, sin decir nada. Tocó ese timbre, devorado por la herrumbre, una sola vez.

El bar estaba al otro lado de la calle, una calzada de adoquinado marcada por las cuatro barras del tranvía. Un local para no mucha gente, unas cuantas mesitas años treinta con sillas distintas a su alrededor y un aroma a crema. Del techo colgaban lámparas de terciopelo, las paredes estaban forradas con carteles de películas antiguas. El abogado estaba leyendo el periódico en una butaca azul, levantó la vista y se percató del portero. Al fondo campeaba el blanco y negro de Anita Ekberg en la Fontana di Trevi y, al otro lado, estaban Fernando y su madre, una mujer diminuta que olía a laca, cuyas piernas enjutas asomaban de una falda abombada. Se retorcieron en cuanto ella vio entrar a Pietro.

–Menuda sorpresa –salió a su encuentro, la permanente enmarcaba su rostro de arrugas–. Siéntate –dijo, señalando la silla junto a la suya.

–Así que al final le he convencido, Pietro –el abogado cerró el periódico y carraspeó–. Bienvenido. En mi condición de administrador de la comunidad de vecinos le presento oficialmente a nuestro Fernando y a su madre, la encantadora Paola. Segundo piso, la puerta de cerezo al lado de los Martini.

Fernando estaba delante de ellos. Medio girado, con una boina de fieltro embutida en la cabeza y los codos clavados sobre una mesa con una taza vacía. Miraba fijamente a la camarera de pelo azabache que estaba detrás de la barra. Pietro le saludó, el muchacho extraño contestó con un gruñido. Lo había visto por primera vez el día de su llegada a la casa, aferrado a las faldas de su madre mientras le decía no quiero ir a trabajar, quiero quedarme contigo. Llevaba unas gafitas en vilo sobre la nariz, tendría veinte años, aunque podía tener ochenta.

–Fernando, saluda a Pietro –su madre le sacudió de un hombro, él la apartó.

–Está enamorado y no se decide a declararse –el abogado Poppi se restregó las manos–. Estimado Pietro, ¿puedo invitarle a un capuchino, con un espolvoreado de canela?

–Un café solo, gracias.

–La especialidad aquí es el capuchino con canela. Alice lo hace como nadie. Pídaselo, se lo ruego.

–Abogado, ya está bien –la madre de Fernando no dejaba de girar su collar de perlas del cuello–. ¿Te encuentras bien aquí con nosotros, Pietro? ¿Te estás ambientando?

El portero asintió, la camarera venía hacia ellos. Tenía flequillo y los dos primeros botones de la blusa abiertos. Sonrió a Pietro.

–¿Qué desea?

El abogado le dio un codazo.

–Un capuchino –dijo Pietro.

Fernando estiró el cuello. Su cara era ancha, acalorada en las mejillas imberbes.

–¿Un capuchino? ¿Algo más, señor?

–Sí –respondió el abogado en su lugar–. Sobre el capuchino para mi amigo Pietro, ¿podría dibujar... –levantó la voz–... uno de esos corazones de canela como solo usted, Alice, sabe hacer?

Paola se volvió hacia su hijo. Fernando se había incorporado y aguardaba en vilo sobre la silla. Mascullando algo que no era fácil de entender, se desplomó sobre la silla.

Su madre le acarició la cara.

–¿Te llevo a casa, Fernandello? –siguió acariciándolo–. Te llevo a casa.

El abogado sofocaba su risa con un pañuelo.

–Cree que el corazón en la espuma del capuchino se lo pone solo a él.

Paola se volvió hacia la mesa.

–Esta me la paga, Poppi. Es usted cruel, muy cruel.

El abogado le guiñó un ojo y se puso de pie. Dejó dos billetes debajo del platillo, besó en la nuca a Fernando y se marchó.

–Tiene estas cosas, pero es un bendito –dijo Paola, retorciéndose el anillo en el dedo–. Fue él quien consiguió que nos dieran... –susurró– ... la indemnización.

Pietro frunció el ceño.

–Hace ya cinco años que mi Gianfranco murió, parece una eternidad. Toda la vida trabajando con el amianto. De no haber sido por Poppi, no habríamos visto un céntimo –suspiró–; él y yo somos dos viudos.

Él la miraba.

–Se habrá dado cuenta de los dos nombres en el buzón del abogado. Daniele, se llamaba Daniele. Vivieron toda una vida juntos... –asintió ella sola–. A mí me ha quedado mi hijo, a él la comunidad de vecinos. Por eso se preocupa por todos, sobre todo ahora... –hizo una pausa–. No quisiera pasar por chismosa.

–No pasa usted por chismosa.

Alice sirvió el capuchino, en el centro de la espuma estaba el corazón de canela. En el plato, una galleta de mantequilla. Pietro puso la taza en la mesita de Fernando.

El muchacho extraño se lo bebió de inmediato y Paola dijo:

–Ya sabes que la leche caliente no te sienta bien, déjalo –bajó la voz–. Yo veo la televisión en la cocina, es una costumbre que teníamos mi marido y yo. Por desgracia, la habitación da al despacho del doctor Martini y las paredes hablan. Las cosas entre ellos no van muy bien.

–Sé que él ha perdido a su madre recientemente.

Paola le rozó la mano.

–Las cosas entre ellos no van muy bien –meneaba la cabeza. Se detuvo de golpe y olfateó, varias veces–. ¿Notas tú también lo mal que huele?

Era un olor a podrido, llegaba a oleadas y ahogaba el aroma a crema. Ella se aproximó a su hijo.

–Fernando, levántate.

Fernando tenía la cabeza apoyada sobre la palma de la mano y miraba de soslayo a Alice, que estaba limpiando la cafetera. Dijo que no y se terminó el último sorbo del capuchino.

–Fernando, levántate –se inclinó sobre él–. La leche caliente no te sienta bien, nunca me haces caso –le sacudió, le ayudó a levantarse–. Venga, cariño, vámonos a casa.

Fernando se quitó las gafas, que se balancearon sobre su pecho colgando del cordoncillo. Miraba hacia el suelo y caminaba como un pingüino, adiós, Alice, dijo, después pasó por delante y solo entonces Pietro se percató del cerco oscuro que le manchaba los pantalones. El hedor se había vuelto insoportable. Paola tapó la mierda de su hijo extendiendo el abrigo de espiguilla.

La bruja dice adónde ha ido a parar el alma del gato, padre, dígame adónde ha ido a parar. Se encogía de hombros y su voz se oía a duras penas.

–Ven –le dijo el cura joven, la separó de la multitud y la condujo a la iglesia. Después corrió a buscar el agua oxigenada y cuando volvió le desinfectó el raspón, ella se tapó la nariz debido al escozor. Estaba tan guapa como el año anterior y como el otro, un anillo más en el dedo, algo menos en los ojos.

–Su gato ha muerto y yo soy una bruja porque lo he matado.

La boca carnosa le temblaba, se oprimía la tripa con una mano.

–¿Te duele?

–Voy a ir al infierno.

Él seguía apretando el algodón contra la rodilla, aunque ya no hiciera falta, levantó la mirada hacia el pecho que henchía el vestido.

–¿Te llamas Celeste, verdad?

–Quiero librarme de este pecado, padre.

–No habías visto al gato.

–Quiero confesarme. En el confesionario, ¿no? –la bruja se levantó y antes de entrar hizo una pirueta. De su boca asomó una goma de mascar–. Si hablo con esto, ¿se ofenderá el Señor?

Pietro se quedó en el bar, había pedido un chocolate y dejaba que se enfriase para que se formara la película amarga. La recogió con la cucharilla, después sumergió las dos galletas de mantequilla que Alice le había traído aparte. Se las comió al tiempo que se lo bebía, y mientras lo hacía observaba el edificio a través del escaparate. Los Martini no habían vuelto aún.

Pagó en la caja, Alice le dio las vueltas y dijo siento lo de ese Fernando, no sé cómo comportarme. El portero se metió en el bolsillo el dinero sin contarlo y salió. Cruzó la calle y se introdujo en el patio del edificio, una Virgen de yeso destacaba en su nicho de hiedra. El abogado Poppi había pedido que se quitara, pero los vecinos no quisieron hacerlo. Estaba allí desde la Segunda Guerra Mundial, en señal de gracia por haber librado la casa de las bombas inglesas.

Pietro se subió al borde de la pila de mosaico y observó la hiedra que rodeaba la aureola de plástico. Los caracoles no estaban. Miró por el suelo, se habían caído cerca de las plantas que le habían confiado los vecinos. Los recogió y los dejó en la maceta de un limonero y en la de un cactus en flor.

–Mi gardenia se ha secado, lo presiento.

Pietro se dio la vuelta.

Viola Martini estaba en una esquina del patio, se entretenía con un mechón de sus cabellos de color rubio miel y aguardaba el veredicto de puntillas.

–Se ha secado, ¿verdad?

–Buenos días –el portero esbozó una sonrisa–. Dele unas semanas más y saldrá adelante.

–Entonces eres tú que haces milagros –se mordió los labios y avanzó hacia él–. ¿Qué tal estás, Pietro?

Le guiñó un ojo y él notó el aroma a vainilla que flotaba todas las noches en las escaleras.

El doctor Martini estaba unos pasos más atrás. Llevaba a su hija en brazos, la dejó en el suelo y la niña se acercó brincando hacia la gardenia. Del bolsillo le asomaba un lápiz que era una varita mágica, la desenvainó como una espada ligera y tocó a Pietro en la cabeza.

–¿En qué me has transformado? –preguntó el portero.

Sara guiñó sus ojos color carbón y metió la cabeza entre las hojas de la gardenia, desapareció y reapareció al otro lado de la planta. Reía con su boca desdentada y miraba fijamente el caracol de la maceta, extendió la varita mágica hacia sus cuernos y el caracol se retiró. La niña se apesadumbró.

–Se ha metido en su casita para merendar, cariño.

El doctor Martini la cogió en brazos, le sopló en el cuello cuando el teléfono empezó a sonar. Miró la pantalla y le pasó enseguida la niña a su madre.

–Diga, sí, ya llamo yo dentro de cinco minutos. He dicho que llamo yo dentro de cinco minutos.

Colgó.

–¿Quién era? –preguntó Viola.

–El hospital.

–¿Tienes que ir esta noche otra vez?

Las plantas tapaban a Pietro, entre las hojas, la cara del doctor era una porción de barba corta que masticaba un chicle.

–No voy a irme, no te preocupes –después se dirigió al portero–: ¿Hay correo?

Pietro se metió en la garita y, mientras la madre y la hija se encaminaban escaleras arriba, revisó los sobres.

–Hay un paquete y un certificado. Me hace falta una firma.

El doctor garabateó su nombre.

–Mi hija te adora –sujetó el chicle entre los dientes y volvió a masticarlo–. Si causas el mismo efecto en todos los niños, pásate por la consulta a verme.

Ahogó una mueca, la misma de la fotografía sobre la Vespa. Sus dedos tamborileaban entre un cenicero y la radio que el portero se había traído de la playa. La encendió, el móvil volvió a sonar y Martini subió el volumen. El teléfono insistía, acabó cogiéndolo. Antes de contestar, pegó el chicle en el cenicero.

–Diga –salió de la garita–. Habíamos quedado en que ya llamaba yo –hizo una pausa–. Esta noche no puedo.

El portero apagó la radio, el doctor dijo:

–No, esta noche no puedo. Mañana tengo guardia nocturna en el hospital, me acercaré antes, hacia las siete. Mañana, eso es. No me vuelvan a llamar, es arriesgado, es arriesgado y nada más.

El doctor era una sombra puntiaguda sobre la pared de la entrada, apartó el teléfono y se quedó con la mano sobre los ojos.

–Adiós, Pietro, yo me voy.

–Buenas tardes.

El portero aguardó a que subiera. Después se acercó al cenicero, es arriesgado y nada más. Robó la goma de mascar del doctor y se metió en el dormitorio. En la maleta también había una caja de cerillas vacía. Pegó el chicle en ella, donde ya había otro chicle duro como una piedra.

Pietro se había enterado de que buscaban un portero en Milán gracias a la carta con el sello de Emilio Salgari. El cartero la había entregado una tarde cualquiera en su antigua dirección, una iglesia barroca en una plaza de Rímini. La había recogido el ama, un hilillo de mujer, con un ojo oblicuo y las piernas arqueadas.

–*Ai la dag me a lò²* –dijo ella–, el padre Pietro hace un año que ya no vive aquí.

Y se había encaminado hacia la casa nueva del antiguo sacerdote.

–Padre –llamó tres veces–. Padre.

Pietro le abrió.

–Ya no soy padre.

–Para mí, sí.

Ella se quedó en el umbral, se envolvió en su chal y le dejó el sobre en una repisa de la sala de estar.

No llevaba remitente, solo el destinatario y la dirección en una anónima letra cursiva. Llevaba ese sello y el papel de arroz formaba una pelusa invisible. Pietro la abrió por el lado corto, contenía una fotografía y una hoja con tres pliegues. Sacó la hoja y empezó a leerla. Se interrumpió de inmediato.

–*Tott bèin?*³ –el ama se había acercado hasta él–. *Tott bèin?* ¿Es la mujer?

Pietro había cerrado los ojos.

La leyó esa tarde, y otra vez por la noche. Dos veces en total. La fotografía, por el contrario, nunca dejó de mirarla. Después siguió las instrucciones: llamar al tal abogado Poppi y ponerse de acuerdo con él sobre la entrevista para el puesto de portero. Se había reunido con él la semana siguiente en Milán, en ese edificio elegante pero sin excesos, y tras acabar la charla regresó a Rímini.

Tres días después, sobre un acantilado, supo que se había convertido en portero.

Fue el abogado quien se lo comunicó por teléfono y cuando Poppi escuchó las gaviotas de fondo le dijo usted Pietro debe de estar loco para venir a Milán a ocuparse de un edificio. Le reveló que durante la entrevista habían sido determinantes sus cabellos en orden y cierta propensión al silencio. Su currículum de sacerdote había puesto de acuerdo a todos los vecinos, a excepción de él. Pero la mayoría había acabado imponiéndose, ¿aceptaba el trabajo?

Pietro aceptó y antes de colgar se pusieron de acuerdo sobre su llegada.

–Una curiosidad –el abogado carraspeó–. ¿Por qué se ha divorciado de Dios?

–No tenía un carácter fácil.

–Vamos a ser buenos amigos usted y yo. Nos veremos dentro de cuatro días.

Pietro se guardó el teléfono y sacó la carta en papel de arroz, la estrujó hasta arrugar a Salgari. Después pasó por la parroquia, suya durante una vida entera, en la anteiglesia dos viejos lo saludaron y él prosiguió sin volverse hacia esos muros que había sustituido por un cuchitril en el centro de la ciudad. Tres habitaciones en total, igual que sus maletas. Las mismas que trasladaría a Milán, dos macutos y la maleta con las cajas.

La noche de su marcha abandonó el resto, una estantería de libros y un cajón con los adminículos benditos. Cargó la maleta sobre el manillar de la Bianchi y se fue a la estación. El tren llegaba puntual. Sacó el billete e hizo una llamada:

–Llego esta noche, Anita, me han aceptado. Perdona que te avise en el último momento.

En el cuaderno donde apuntaba las cosas que no debía olvidar, el portero escribió *Doctor Martini, mañana a las siete más o menos, después hospital: arriesgado*. Cerró de golpe y se acercó al teléfono sobre la repisa de la garita, marcó el único número que se sabía de memoria:

–Anita, voy a llegar tarde.

Colgó y volvió a casa, uno de los macutos estaba encima de la mesa de la cocina. Lo vació de los restos, en el fondo había revistas de pasatiempos y camisetas apelotonadas. Lo metió todo en el armario, vació a excepción de dos jerséis de lana y de los zapatos viejos. Quitó de la percha el único traje que había colgado, que era negro, con una camisa blanca. Tenía botones de madreperla y pantalones sin vuelta. Los zapatos buenos los guardaba debajo de la cama en un capazo de plástico. Los sacó y rebuscó en el cajón de la cómoda: el corbatín estaba arrugado entre las cajitas de tapones para los oídos; lo alisó entre las dos palmas. Se vistió deprisa y cogió la Bianchi; al salir del edificio se topó con un todoterreno color petróleo aparcado en la acera.

–Ah, buenas tardes, Pietro –el abogado Poppi estaba apoyado en la puerta, junto a un hombre cimbrenño–. Aprovecho para presentarte al doctor Riccardo Lisi. Ecografista y amigo íntimo de los Martini.

Ambos se separaron del todoterreno y Pietro pudo ver que la puerta tenía un rayón y dos grandes abolladuras.

–Ya nos conocemos –el ecografista llevaba un impermeable abierto, le dio la mano al portero–. Nos cruzamos el día de tu llegada. Tres maletas y esa Bianchi, ¿verdad?

La señaló y se apartó el pelo de la cara. Sus ojos eran grises.

–Exacto, doctor Lisi.

–Riccardo. Eso de doctor Lisi me hace mayor. ¿Tienes un candado para atarla?

–Si está hecha polvo.

–Milán roba las Bianchi. ¿Te importa? –Riccardo aferró la bicicleta, montó y se dobló sobre el manillar como si fuera a toda velocidad–. Ya no las fabrican así. Yo también tengo una, pero es de papel de fumar.

–¿Y suele montar?

–Montaba con el panoli de Martini. Pero él acabó traicionándome y me aburre pedalear solo.

–Podrían ir juntos, los dos.

El abogado abrió los brazos.

–Adjudicado –Riccardo devolvió la bicicleta a Pietro–. Pero tendrás que tener un poco de paciencia. Mis piernas ya no son lo que eran.

Se encaminó hacia las escaleras y subió. Había dejado un aroma a loción de afeitar, dulzón, que se mezcló con el smog.

–Lo veo mucho últimamente –dijo Pietro.

–Lo ve mucho últimamente, claro –Poppi enarcó las cejas–. Digamos que es uno más de la familia, estuvo en la universidad con el doctor y ahora trabajan en el mismo hospital. Para la niña es el «tío» –observó de arriba abajo al portero–. Admito que la camisa blanca le sienta muy bien, Pietro –le ajustó el corbatín y abrió el portal–. ¿Cómo se llama la afortunada de esta noche?

Pietro hizo ademán de marcharse.

–No se haga el interesante. ¿Cuál es el nombre de la afortunada?

–Anita.

–Creía que María Magdalena. Me alegro por usted, *kibutzer*. Dios estará celoso esta noche.

El portero estaba clavado ante la puerta de la casa, Anita le dijo:

–Tienes la misma cara de cuando llegaste a Milán –tiró de él hacia dentro–. Cuéntame, ¿te preocupa algo?

Pietro se apoyó en el frigorífico nuevo, la puerta ya estaba asaeteada de recetas. Ella le acarició las comisuras de la boca.

–Si estas arrugas de aquí... –prosiguió con los surcos de la frente–. Y estas... –acabó con la piel fruncida de la barbilla–. Y estas otras... se te marcan, es que ha pasado algo.

Le ayudó a quitarse la chaqueta, después echó un vistazo a una olla que tenía al fuego.

–Conocerte desde hace tanto tiempo algo significará.

Pietro se volvió hacia la ventana. Daba al patio de una casa de vecindad, una hilera de petunias colgaba de la barandilla. Entrevió la Bianchi.

–Perdona por el retraso.

Se sentó y solo en ese momento se percató de que Anita estaba distinta.

–Estás preocupado.

Tenía los labios relucientes y dos perlas en los lóbulos, el pelo recién teñido, casi cobrizo. El vestido le ceñía las caderas anchas, camufladas por un fular que le colgaba suelto.

–Estás muy guapa –le dijo Pietro. Y miró en la pared la vieja fotografía de ella en el muelle de Rimini, sujetándose el sombrero para que no se le volara, se veía que era feliz.

Ella bajó los ojos.

–Esta mañana me he pasado por la casa –sacó con un cucharón de madera una pizca de ragú de la olla, iba cocinando despacio pero quemaba. Lo enfrió con un soplado prolongado y lo probó–. El edificio es señorial, pero no he visto al doctor.

–A esas horas ya se ha marchado.

–He visto a una mujer de pelo claro y a una niña pequeña.

–Su mujer y su hija.

–*Se tént um da tént e' dutor l'è propri un bel'òm*⁴ –se acariciaba las manos sin anillos–. ¿Has hablado con él?

Pietro se levantó de repente. Sobre el aparador había un ánfora de cristal, Anita la

había llenado de botones colorados y de mazos de naipes. Él escogió uno de brisca, las cartas estaban desgastadas en los bordes y con los colores desvaídos. Empezó a barajarlas.

–Hoy he entrado en su casa con mis llaves.

–¿Cuándo?

–Hoy por la tarde.

Ella apartó el plato y los cubiertos.

–Dios mío, ¿y qué?

–He visto una fotografía –Pietro barajaba las cartas y hablaba despacio–. De pequeño le gustaba la Vespa –siguió barajando–. Después tuve que marcharme.

Anita le quitó las cartas de las manos y le hizo cortar el mazo. Después las fue levantando de dos en dos, el tres de copas y el seis de oros, el rey y el as de copas.

–Las cartas dicen que volverás. Volverás a su casa. Porque él va a necesitarte.

Pietro echó una ojeada por encima del hombro de ella, el as de copas había sido la primera carta. Rodeó los hombros de Anita con el brazo tal como lo había hecho cuando bajó del regional Rímini–Milán, el día en que volvieron a verse al cabo de diez años. Ella se lo había llevado a su casa, un acogedor apartamento en un feo edificio al norte de la ciudad. Y él siempre había dormido allí, las cuatro primeras noches antes de convertirse en portero y todas las demás noches.

Anita le sopló en el oído, le aflojó el corbatín.

Él le metió la nariz entre el pelo.

Se despertó sobresaltado, Anita estaba junto a él y le dijo:

–Has tenido una pesadilla, ven aquí.

Pietro le acarició la cabeza.

–Tengo que irme.

Fue a la cocina y bebió de un vaso con una lagartija dibujada a mano, una mancha verde desde la cola a la punta. Se vistió, y antes de salir se percató de que ella estaba de pie, mirándolo con su bata ligera.

–Te va a necesitar –volvió a decirle.

Pietro se acercó y le dio un abrazo, después se marchó.

La noche devoraba Milán, y lo devoró a él también mientras la Bianchi lo devolvía a casa. El reguero de la pesadilla lo acompañó durante todo el trayecto. Era la misma de siempre. Un barco y el aire salobre, no había mar debajo del barco, únicamente el vacío. Y su caída desde la proa, hacia abajo, hasta el despertar. Lo espantó pedaleando, pedaleó sin detenerse hasta el edificio, le costó enfilarse las llaves en el portal por el ímpetu, dejó la Bianchi junto a un canalón. Se aplacó al llegar al patio, con la mirada en las ventanas del doctor. Estaban a oscuras, a través de una se entreveían las vigas del techo y una lámpara de varios brazos. Le bastaron las vigas y la lámpara, me vas a necesitar, le bastó una ventana ensombrecida. Volvió hacia el chiscón y cuando estaba a punto de entrar notó algo en el suelo, un brazalete de cuero. Lo recogió, estaba deshilachado en los lados y liso en la parte externa, había una fecha grabada en el dorso: *14-9-2008*. Lo metió en el cajón de la mesilla.

Después se quitó la ropa, colgó la camisa y la chaqueta en el armario, escogió un chándal rojo como pijama. Para la cama se conformó con una manta y una almohada que olía a naftalina, heredada de la vieja portera, cogió una revista de pasatiempos y un bolígrafo. Se quitó los calcetines y entró en la habitación vacía. Había olor a cerrado, que venía del suelo grasiento. Tres paredes habían sido pintadas recientemente, la otra estaba a medio enlucir, señal de que el trabajo había quedado interrumpido. Abrió el ojo de buey que daba al patio interior y encendió la lámpara, ¿qué nos resta de la memoria? Pietro permaneció inmóvil, mirando la maleta. Cosas únicamente. Destapó una caja y sacó una nota, la leyó a contraluz, las letras a lápiz estaban desvaídas, pero podía leerse de todas formas *He matado a mi hijo*. Con aquello en la mano se apoyó en los talones, se desplazó hacia las puntas y los pies esbozaron unos pasos de claqué. Se detuvo. ¿Qué nos resta de la memoria? Acercó una mano bajo la lámpara. Sobre la pared medio enlucida proyectó las sombras de sus dedos, afiladas y abiertas después, en forma de puño, abiertas otra vez. Adquirieron la forma de un perro sin cola. Había aprendido a

hacer sombras de niño, ahora le salían renqueantes y a algunas les faltaba siempre algo. Movi6 el 6ndice y el pulgar, el perro abri6 la mand6bula. A 6l le confi6:

–Mañana por la tarde, a las siete, voy a seguirlo.

Los ojos de la bruja chisporrotearon por la rejilla del confesionario, ella susurr6 con su acento de Milán:

–¿Ad6nde ha ido a parar el alma del gato, padre? Y la m6a ¿ad6nde ir6 a parar? Dentro de poco voy a casarme, qu6 voy a hacer con esta alma m6a sobresaltada, qu6 voy a hacer...

–¿Rezas?

–Yo le escribo a Dios.

Se quedaron callados, not6 que se revolv6a detras de la rejilla. Ella sac6 algo del bolso, arranc6 un trozo de papel y se quit6 un l6piz que usaba como pasador del pelo. Escribi6 algo y le pas6 la nota.

Y en la nota estaba escrito: *Tengo otro pecado que confesar, Dios, pero no puedo dec6rtelo. Solo puedo escrib6rtelo.*

6l le devolvi6 la nota.

–Hazlo.

Y ella lo escribi6 con las oes barrigudas y las 6es puntiagudas: *He matado a mi hijo.*

Pietro durmió mal a causa del colchón, demasiado corto, y del olor a naftalina que le irritaba la nariz. Se despertó cuando el día apenas asomaba.

El suelo estaba helado, apoyó los pies sobre los calcetines y releyó la única definición del crucigrama que no le había salido, cinco horizontales, cuatro letras: *rumiante con astas en forma de palma*. Escribió: *alce* y fue al baño a desnudarse. Con los años, el tórax se le había encogido, el vello resistía oscuro sobre el amago de tripa. Se la acarició despacio, su carne era la de un recién nacido. Desenroscó el tapón del gel de baño para pieles delicadas y dejó correr el agua de la ducha, un cuadrado de pavimento separado por una cortina de plástico. En cuanto se puso tibia, empezó por las piernas. Eran piernas de corredor. Unas cicatrices le desfiguraban los muslos y las espinillas, las recorrió con dos dedos hasta sus pies pequeños. Se los restregó, tenían las venas marcadas y otras cicatrices en los tobillos. Se echó más gel, se enjabonó el rostro y dejó que las burbujas le crepitaran en la nariz. No olían a nada. Respiró y las fosas nasales le escocieron, se llevó una mano al sexo rugoso. Lo apretó y sacudió la punta, se detuvo para observar aquel jaretón de carne. Se lo enjuagó con agua helada y enjuagó los cortes que le cruzaban el costado de lado a lado, los huesos resbalaban bajo esa piel martirizada que a veces le seguía doliendo. Abrió la cortinilla de plástico y antes de salir se miró en el espejo de detrás de la puerta, era un hombre enrojecido por el hervor y por los recuerdos.

Lo demás lo hizo a toda prisa. Escogió camisa y pantalones, un jersey de rombos que se colgó de los hombros. Lo había comprado todo en la tienda de Anita el día antes de empezar a trabajar, él escogió el color, gris, ella el modelo, y le había obligado a llevarse también unos zapatos blucher muy cómodos y dos rebecas para que alternara, porque un portero como es debido no se viste casi nunca igual. Anita había añadido también un corbatín y un frasco de agua de colonia que él no había abierto aún. Pietro se puso el jersey, se ajustó el cuello de la camisa y se dirigió a la cocina sin pasar por el espejo, bastaba con un color distinto al negro para que se sintiera incómodo.

Tenía por costumbre desayunar de pie. Lo puso todo sobre la nevera y cogió dos rebanadas de pan tostado y tres cuadraditos de chocolate amargo. Comió despacio, con los ojos en las plantas que aguardaban la luz de la mañana. Me la has jugado, le dijo a un cactus que iba recuperándose y al que había dado por difunto, lo desplazó a la zona por donde aparecería el sol y se metió en la garita. Verificó en el cuaderno lo que debía recordar, faltaba una semana para el cumpleaños de la hija del doctor Martini. El prestidigitador Nicolini pasaría en unos días para establecer dónde realizar la función, había que limpiar los canalones y podar los setos. Pietro se acercó a la cortinilla, hizo

ademán de levantarla. Por el contrario, se dirigió hacia el dormitorio y cogió del gancho las llaves de los Martini.

Las tenía en el bolsillo y las rozaba de vez en cuando para comprobar que seguían allí. Debía aguardar a que el edificio se vaciara. El primero en salir fue el abogado, en los días de piscina madrugaba siempre. Inmediatamente después, le tocó a Paola, que se asomó a la garita.

–Mi Fernando está malo, no va a ir a trabajar hoy –le embistió el olor a laca–. ¿Te importaría subir de vez en cuando a ver qué tal está?

Pietro asintió.

–Subiré también el cactus. Se ha curado.

–Te debo una cena.

Paola se puso el abrigo y salió mientras la voz de la hija del doctor bajaba ligera por las escaleras. Acurrucada contra el pecho de la madre, un hatillo invisible con un ojo abierto, grande, y otro cerrado, Sara refunfuñaba. Agitaba la varita mágica y se quedó mirándole.

Viola la dejó en el suelo.

–No tiene ganas de ir a la guardería. ¿Qué voy a hacer? –le abrochó la sudadera en el cuello–. Que tenga un buen día, Pietro.

Sonrió y se marchó con su hija.

El cartero llegó pronto, Pietro aceleró las operaciones avisándole de que ya las repartiría él. Retiró el correo y se apresuró. Para Paola había una revista de moda dedicada a los pases de modelos, un semanario de actualidad que era más bien de cotilleos. Lo hojeó, el número anterior se lo había encontrado en el contenedor de papel y lo había leído a ratos perdidos. Lo cerró y siguió rebuscando en el montoncito de sobres, a la madre de Fernando le habían mandado tres cartas, dos venían aún a nombre de su marido. Las echó al buzón. Para el abogado había un aviso del Rotary y un folleto de apadrinamientos. Sobre la mesa quedaba el correo de los Martini. Viola había recibido una invitación para la inauguración de una galería de arte. Echó esta también en el buzón, quedándose con el correo del doctor, había un sobre con el membrete de un congreso de medicina y el *Corriere della Sera* que él pasaba a recoger todas las mañanas a la garita. Pietro lo sacó del celofán, lo dobló con cuidado hasta que las esquinas quedaron perfectamente alineadas. Echó un vistazo a un artículo de la portada sobre la detención de un prófugo mafioso. Había empezado a leerlo cuando bajó el doctor. Llevaba la bolsa del gimnasio en bandolera y el teléfono al oído, le hizo señas de que recogería el periódico más tarde. Pietro aguardó a que saliera y verificó la hora.

Salió al patio. La gardenia de Viola seguía aún alicaída, el cactus de Paola había resurgido con un amago de flores. Lo levantó y lo llevó hasta la entrada, por las escaleras no se oía volar una mosca. Empezó la ascensión, el cactus pesaba y le hizo tambalearse hasta el primer piso, tuvo que aminorar el paso mientras seguía subiendo. De las puertas del segundo piso no salía ningún ruido, se acercó a la del abogado y oyó el murmullo del televisor que Poppi dejaba encendido cada vez que salía de casa. Depositó el cactus sobre el felpudo de los Martini y llamó al timbre. Volvió a llamar. Sacó las llaves, las

metió en la cerradura, abrió.

La fotografía del doctor en Vespa seguía tal como la había dejado. La puso recta y se dio cuenta de que el niño apretaba algo en la mano más escondida, una honda tal vez, quizá solo un trozo de cuerda. Cerca del marco, la cesta de bagatelas rebosaba incluso sin el timbre. Se acercó al perchero en forma de árbol y aproximó la nariz a un chaquetón negro, olía a vainilla. Dejó de inhalar y levantó la cabeza.

En el centro de la sala había dos sofás rojos en forma de ele, la librería cubría la pared más larga y rodeaba la puerta de la cocina. Había libros esparcidos por el suelo, pasó por encima y leyó *El filo de la navaja* en una cubierta. Miró a su alrededor, los juguetes de la niña invadían la alfombra, algunas muñecas estaban sentadas sobre una *chaise longue* debajo de la ventana.

Por el cristal se veía el patio y un trozo de Virgen, un gajo del ojo de buey de la garita. Deambuló un poco, el parqué rechinaba, aligeró el paso y llegó hasta un par de zapatillas de hombre junto al sofá. Se sentó, se quitó los zapatos y se las puso. Movié los dedos para calzarlas mejor. Le estaban perfectamente. Los pies se le calentaron y Pietro se acercó a la única pared pintada de púrpura. A la derecha colgaba la fotografía de un campo de espliego, entre las espigas asomaban el doctor y Viola abrazados, quizá en la época de la universidad. Recorrió con un dedo la silueta del muchacho, pálido y con la barba a retazos, una espiga detrás de la oreja. Viola miraba hacia el objetivo y él la miraba a ella, estaban muy guapos. Sobre el secreter observó la fotografía de su boda, ella apacible en su vestido blanco y él un maniquí de chaqué. Había otra del doctor en brazos de Riccardo, el ecografista, con las caras demudadas por las carcajadas. La última era un retrato de un hombre con gafas de sol y una caña de pescar en la mano, un pez colgando de dos dedos. Sabía que era el padre del doctor, muerto unos años antes.

La voz de Fernando le llegó desde el otro lado del muro:

–Papá y Jesús, ya no os voy a ofender más –y calló.

Pietro fue a la cocina, un ramo de girasoles estaba colgado de una pared encima de la mesa. Del papel pendía una nota, *A Viola, que pasa bajo las ventanas*. Leyó la firma del doctor, la *a* de Luca tenía una cola larga y rizada. Una repisa sostenía el acuario con los peces tropicales a rayas; a su lado, una barra de pan asomaba de una bolsa. Empujó con el dedo contra una miga y se la metió en la boca, era pan fresco. Después se acercó al frigorífico, en la puerta había un imán de la Torre Eiffel y una polaroid en blanco y negro. La ecografía de Sara en la barriguita de mamá. La rozó suavemente, reconoció la nariz respingona y la cabecita redonda. La acarició y se percató de una fecha escrita a mano en la esquina derecha: *14-9-2008*. La misma del brazaletes hallado en el patio. Alisó un poco las esquinas y escuchó otra voz, esta vez del abogado:

–Teo Morbidelli, ¿dónde estás? Hoy nada de natación porque tu amito no se siente bien, tengo que ir al baño, quítate, por favor, que te quites...

Pietro verificó la hora y volvió al salón, abrió una puerta corredera que daba paso a la zona de noche. Pasó por delante de la habitación de la niña, las paredes estaban forradas de dibujos, una colcha rosa cubría la cama, sobre la almohada señoreaba un muñeco de Winnie the Pooh. Prosiguió y se metió en la última habitación, que lindaba con la sala de

estar de Fernando. El despachito del doctor. Hojas y libros tenían sepultado un portátil sobre el escritorio, la butaca de piel estaba cubierta de periódicos viejos. Un pedestal sostenía una guitarra sin cuerdas, en la pared vio el diploma de licenciatura. Rodeó la mesa y tocó el marco, leyó la calificación máxima y presionó el cristal con el dedo. Lo retuvo allí, después se inclinó sobre el escritorio. Había hojas garabateadas y un cuenco con uvas mordisqueadas, se agachó ante los tres cajones de debajo del tablero.

Se soltó un botón de la camisa y notó las pulsaciones en el cuello. Tiró del primer cajón, dentro había un paquete de regaliz gomoso, un cargador para el móvil, unos pañuelos de algodón apilados y una agenda forrada. Volvió a cerrarlo, una cascada de agua resonó en las tuberías de las paredes y confundió la voz del abogado:

–Aquí estoy, Teo, ahora me siento mejor. Ven a mimarme un poco.

Pietro volvió a abrir el cajón y hojeó la agenda. En la primera página no había nada. En las otras leyó apellidos, cuentas, avisos de términos de pagos, más garabatos. Fue al 8 de febrero, el día en que había muerto la madre del doctor. La página estaba en blanco. En la de al lado, escrito oblicuamente, se leía: *Nada de marcos, mamá, solo el recuerdo.*

Siguió hojeando y se dio cuenta de que algunos días estaban rodeados por un círculo, el 9 de enero estaba subrayado varias veces. Ahí debajo, una línea: *¿Cómo me condenarás, Dios?* Se quedó helado. Lo leyó otra vez, *¿Cómo me condenarás, Dios?* Siguió pasando las páginas, el 3 de mayo también estaba rodeado por un círculo y aparecía la misma frase. Rebuscó en el escritorio, cogió una hoja en blanco y un bolígrafo, calcó la caligrafía del doctor. Dobló la hoja y se la metió en el bolsillo. Verificó los días que tenían que llegar, las páginas estaban abarrotadas de apuntes para la fiesta de cumpleaños de Sara. El encargo hecho a la pastelería Madame le cuisine, el coste de los gastos del prestidigitador Massimo Nicolini.

Abrió la fecha de aquel día: tenía un círculo. El doctor había apuntado, *A las siete, llamar antes*, y más abajo, *No tengo valor*. Se quedó mirando esas palabras.

El segundo cajón estaba cerrado con llave. Lo sacudió, algo se movía dentro. El tercero estaba abierto, tiró de él. Asomaban fotografías al tuntún, la primera era la de una mujer con un recién nacido en brazos, la cara apretada contra la del niño que dormía. La sonrisa era la de los veinte años.

Lo cerró enseguida. Salió del despacho y, cuando pasó por delante de la habitación de los Martini, se sujetó contra la jamba de la puerta, se arrastró despacio hasta la cama de mimbre y se inclinó sobre las dos almohadas anaranjadas. Hundió la cara en la funda con el olor de Luca.

Esta vez respiró.

Pietro cerró despacio el piso de los Martini y se volvió instintivamente hacia donde el abogado le había sorprendido la última vez. Vio el ventanal del descansillo abierto de par en par y un chorro de luz que deslumbraba las paredes color crema. Levantó el cactus del felpudo y dio dos pasos hacia la puerta de Fernando. Se quedó helado. Estaba entreabierta y por el hueco asomaba un mocasín.

–Tú estabas robando.

Fernando estaba allí. La puerta de la vivienda se abrió del todo, ahora los mocasines eran dos. Se adelantaron, sobre ellos caía un pijama que le oprimía las espinillas rollizas.

–Estabas robando.

–He venido a traerte la planta, Fernando. Se ha curado.

Pietro le incitó a acercarse, el muchacho extraño no le hizo caso. Se movía lentamente, el pijama le estorbaba.

–¿Y tú cómo sabes que se ha curado?

–Ahora tiene flores. Ven a ver lo bonitas que son.

Fernando meneó la cabeza.

Era la primera vez que Pietro lo veía sin su boina. Tenía el pelo corto, algo ralo en el centro y ligeramente entrecano.

–Ven, que a mamá no le diremos nada.

Le señaló el capullo de una flor rojiza.

Fernando titubeó, pero acabó echando un vistazo.

–Mamá dice que curas a las plantas rezando.

Se limpió la punta de un zapato con los pulgares.

El portero volvió a dejar el cactus sobre el felpudo.

–Cuando esté todo florecido, se lo regalas a Alice, la del bar. Ya verás lo contenta que se pone.

El muchacho extraño se quedó pensando.

–Contenta –sonrió y aferró al portero, le estrujó los dedos con su fuerza de toro.

Pietro intentó zafarse, Fernando no lo soltaba. Lo introdujo en la penumbra del vestíbulo, lo arrastró hacia una cocina que servía también de salón, las persianas estaban echadas y la única luz provenía de una mesita con cinco mariposas de cementerio colocadas en círculo. Rodeaban su boina de fieltro.

El muchachote cogió del sofá una manta doblada y la extendió a los pies de la mesita, al lado había otra y se arrodilló, tras un gesto al portero para que hiciera lo mismo.

–Vamos a rezar por papá.

Pietro permaneció de pie. Miraba las anchas espaldas de aquel muchachote inclinadas

sobre su altar, rectas otra vez, inclinadas de nuevo. De repente, dejó de moverse, como una estatua que se hubiera quedado a medias.

–Túmbate en el sofá, que estás cansado –dijo el portero.

No obedeció.

–Túmbate.

Permaneció inmóvil.

De modo que Pietro recogió la manta del suelo, la abrió y se la echó sobre los hombros. Retrocedió sin apartar la vista de aquel hijo en oración.

La bruja se acurrucó en un rincón del confesionario, he matado a mi hijo, aplastó la cara contra la rejilla.

–No ha llegado a ver la luz, ese niño mío. Una vieja enfermera y yo se la hemos apagado.

–Ha visto la luz eterna.

El cura joven se le acercó. Ella se echó hacia atrás. –Vosotros los curas siempre decís lo mismo.

–Se llama fe.

–Pues esa fe dádsela a quien ha parido una culpa.

Se apartó del todo.

–¿Por qué lo has matado?

–Esa fe dádmela a mí.

La bruja se marchó de repente.

El cura joven la llamó. Volvió a llamarla, la vio abandonar la iglesia. Después salió del confesionario y se arrodilló en la madera sobre la que ella se había arrodillado. Y, en vez de rezar, recogió un pelo largo perdido en la rejilla, se lo guardó en la mano izquierda.

En cuanto llegó a casa, Pietro se sirvió medio vaso de vino de la botella que se había traído de Rímìni, el vino sabía a rancio. Se lo bebió de golpe, lo retuvo contra el paladar hasta que fue endulzándose. Cerró los ojos y aquella fue su oración por Fernando.

Deglutió cuando oyó llamar al cristal del chiscón, la cabeza reluciente del abogado asomaba entre una nube de humo. Poppi tenía un puro en la boca y un batín que ceñía su cintura de avispa.

–Pietro –dijo–. ¿Ha visto regresar a alguno de los Martini?

La acidez del vino le subió desde el estómago.

–No.

–Entonces la cosa es algo rara. Escuche: esta mañana llego a la piscina, no me da tiempo ni a cambiarme cuando mis intestinos me dan la señal de alarma. Creo que es mi justo castigo por haberle tomado el pelo a Fernando en el bar. Vuelvo corriendo a casa y, una vez en el baño, Teo Morbidelli y yo oímos unos ruidos sospechosos. ¿Le gusta Teo Morbidelli como nombre para un gato?

Pietro asintió.

–El caso es que Teo Morbidelli y yo oímos de repente un ruido que viene del despacho del doctor. ¿Usted dónde estaba, *kibutzer*?

–Le he subido el cactus a Fernando, nos hemos quedado hablando delante de la puerta.

–Ah, a lo mejor era eso... –el abogado se mordió los labios–. Es que yo siempre estoy alerta.

–Es usted un buen administrador.

Poppi apagó el puro y se introdujo en la garita.

–Desde que su madre estiró la pata, el doctor ha perdido la cabeza. Conque de buen administrador, nada... Un cuidador, eso es lo que soy.

El portero se sentó.

La voz del abogado se suavizó.

–Su madre era para él la brújula.

Se acomodó en la otra silla junto a Pietro y por primera vez pudo Pietro verle bien. Poppi era un hombre cansado que no se resignaba a ser una antigualla, con los ojos pequeños y acuosos. Agitaba los brazos, los dejó en el regazo y prosiguió:

–Y ahora que ha perdido su brújula, la nave carece de dirección –se abrió ligeramente el batín y enseñó su pecho raquíptico–. Por la noche se ausenta a menudo de casa y he oído llorar a Viola más de una vez desde que nació la mocosa. Y a él también le he oído llorar. Cuando llora parece una corneja.

–Tal vez a las cornejas no les guste ser escuchadas.

–Pues que hubieran construido paredes más gruesas.

–O lenguas menos incontinentes.

El abogado dio la espalda al portero.

–Tal vez a usted, Pietro, siga aún Dios haciéndole compañía y no tenga que buscar nada más –cruzó las piernas–. Voy a contarle una historia, amigo mío. Cuando mi madre comprendió que yo era un invertido, dijo que mi condena sería morir en soledad igual que otra categoría, los curas –ahora tenía los ojos secos, y se le ensancharon–. Mi madre tenía razón. Con una objeción, si me lo permite: a nosotros los maricas nos meten bajo tierra sin deseos. A ustedes los curas, con la boca repleta de prédicas.

Mordisqueó el puro apagado. Pietro estaba callado.

Poppi fingió que expulsaba el humo.

–¿Sabe usted que carece de sentido del humor? –de repente apoyó una mano sobre la rodilla del portero y se la apretó–. Discúlpeme.

Inclinó su cabeza huesuda. Estaba otra vez cansado, los brazos como ramas y la cara extraviada. Miró el cristal de la garita.

–Le prometí a la madre del doctor que me encargaría de vigilar a su hijo. Verlo así me pone nervioso.

Pietro también miraba el cristal de la garita, se veían los estucos geométricos que decoraban el techo del zaguán. Pasó por allí un cactus a medio florecer con las ramas colgando y el tronco torcido. Dio un salto delante de la garita, el abogado se puso de pie para comprobar qué pasaba.

–Jesús. Venga a ver esto, Pietro.

Ahí estaban el cactus y los brazos de Fernando que lo sujetaban. El muchacho extraño estaba intentando abrir el portal, pero no lo conseguía, se había puesto la boina y la camisa de pana.

El abogado se cerró el batín y se precipitó hacia él.

–¿Adónde te crees que vas tú?

Mantuvo cerrado el portal con un pie.

–Alice se pondrá muy contenta con estas flores tan bonitas.

–¿Qué?

–Alice se pondrá muy contenta.

Pietro le ayudó con el cactus.

–Todavía no ha florecido del todo. Tenemos que esperar, porque así no es un regalo bonito.

Poppi abrazó a Fernando.

–Vámonos a casa, muchacho.

–Alice quiere flores bonitas.

–Y nosotros se las daremos. Pero en el momento adecuado. Con las mujeres hace falta paciencia. Escucha a uno que sabe de lo que habla.

Poppi se llevó consigo al muchachote y lo acompañó hacia las escaleras. Antes de desaparecer se volvió hacia Pietro, apenas un instante.

También el portero se volvió hacia él. Después se metió en la garita y en casa. Entró en la habitación, encendió la lámpara y sacó de la maleta una caja rectangular que contenía una bolsita de plástico. Parecía vacía, la miró a contraluz y vio lo que quedaba de un pelo largo, un filamento invisible. Dejó allí la nota con la frase calcada en el despacho del doctor, *¿Cómo me condenarás, Dios?*

Después se dijo: a las siete de esta tarde.

Pietro se pasó toda la tarde afanándose inútilmente con una rueda de la Bianchi medio torcida, cuya cámara de aire corría el riesgo de salirse en la primera curva. Pudo arreglarla por fin y poco a poco fue viendo volver a casa a todo el segundo piso, la última fue Viola cuando ya era casi de noche, que pasó sin saludarlo.

A las seis, Pietro cerró la puerta de la garita y se sentó, sin dejar por ello de vigilar a través de una rendija de la cortina una porción de la entrada. Aguardó con un crucigrama y un bolígrafo en la mano, resolvió cuatro palabras horizontales y dos verticales. Después, a las seis y diez, lo vio. El doctor pasó por el zaguán y abandonó el edificio. Cruzó la calle para entrar en el bar de Alice, se tomó algo en la barra con el Mastroianni de *Ocho y medio* de fondo y pagó en la caja. Cuando salió, el portero siguió sus pasos. Permanecía a cierta distancia, el doctor destacaba encorvado en la tarde con un maletín de piel en la mano y la chaqueta azul doblada sobre un hombro. Parecía una vara, con el paso lento de sus andares de príncipe. Se lo había presentado el abogado el primer día de trabajo. Apenas llevaba Pietro una hora en la garita cuando Poppi llamó al cristal con ese joven a su lado, cortés en sus gestos y prácticamente mudo. Pietro no levantó la vista del suelo, el doctor observaba la Bianchi desgastada. ¿Es usted ciclista?, le preguntó. Aficionado, contestó el portero. Se habían dado la mano y Pietro mantuvo bien custodiado ese apretón toda la tarde.

El doctor recorrió el paseo de acacias, se detuvo ante el escaparate de la pastelería cerrada y abrió el maletín de piel, sin apartar los ojos de las tartas Sacher en sus pedestales. Sacó una hoja, la leyó y volvió a guardarla, cogió el móvil y reemprendió la caminata mientras el viento le levantaba la chaqueta del hombro, hasta que acabó poniéndosela. Hacía fresco, aunque no fuera de noche, ni siquiera el ocaso, pasó por delante de la iglesia de Sant'Andrea y la campana tocó las seis y media. Con el último tañido miró la estatua de un santo sobre el parapeto, también el portero miró al santo, cuando bajaron los ojos, se había formado la neblina.

El resplandor los dispersó. El doctor se convirtió en una sombra que, hablando por teléfono, bajó de la acera y poco faltó para que se le cayera el maletín, recorrió la calle del hospital, pero no se detuvo en la entrada, prosiguió por el lado contrario. A las siete menos cinco giró por una calle con plátanos que bordeaba las vías del ferrocarril.

La neblina se disipó, Martini dejó sus huellas en la hojarasca y aminoró el paso ante un feo edificio verduzco con los postigos cerrados y una hilera de improvisados huertos, en el más cuidado había dos granados sin frutos. Pietro se ocultó detrás de un plátano. El doctor llamó al telefonillo y en la tercera planta se encendió una luz. Poco después, una mujer joven apareció en el jardín, se afanó en la cerradura de la verja, tenía el pelo

oscuro recogido en un moño y andares decididos. El doctor la siguió y, antes de desaparecer en el edificio, le apoyó una mano en la espalda.

Pietro se aplastó contra el plátano, sentía frío. Se restregó los hombros, se agazapó y las hojas cayeron a su alrededor, cuando levantó la mirada hacia las ramas, vio que estaban desnudas. En la más robusta, un gato cuidaba sus uñas, se desperezaba y arañaba, arañó por última vez y se quedó mirando a Pietro con sus ojos amarillos. El portero era incapaz de apartarse de aquel trapo de pelo, mientras el frío le llegaba a las cicatrices. Le dolían, se rozó la mayor, la del tobillo, y se sostuvo contra el plátano. Se dejó resbalar hasta la base del tronco y permaneció así hasta que la mujer joven acompañó otra vez al doctor hasta la verja, cuarenta minutos después. Ella volvió a abrir la cerradura con la mano e intercambió unas cuantas palabras más con él. Ahora llevaba el pelo suelto, se lo apartó de la frente con un gesto delicado y apoyó la mano sobre una estatua de jardín de Blancanieves a la salida del edificio. Acariciaba la cabeza de yeso y hablaba con el doctor, se parecía a Blancanieves. Ella misma era Blancanieves. Cuando volvió a entrar, Martini se lanzó a la calle y permaneció clavado debajo de una farola. Se llevó las manos a la cara, prosiguió y Pietro fue detrás de él.

El doctor llegó a la consulta a las ocho menos algo, Pietro aguardó entre dos coches aparcados en la acera de enfrente. El hospital era una fortaleza, con la oscuridad se veían las luces de urgencias y seis palacetes diseminados entre un lago artificial y una hilera de abetos.

Pietro cruzó la verja y se adentró por un sendero entre abetos, hasta llegar al palacete con el letrero de *Oncología pediátrica*. El neón de la entrada parpadeaba y por las ventanas se filtraba un eco flébil de voces blancas. Provenía de las siluetas asomadas a las ventanas entreabiertas. Entró. Subió la primera rampa de escaleras, el neón se apagó, siguió subiendo y, cuando el neón se iluminó, se topó con el doctor. Estaba arrodillado, dándole la espalda, y con la chaqueta tapaba a un niño.

–¿Así que querías irte al lago a estas horas? –le decía–. ¿En pijama y de noche?

Del niño asomaba un retazo de cabeza brillante. El doctor lo tenía envuelto en una sábana y acariciaba los costados de aquel hatillo, abrochó los botones de la chaqueta y esta se convirtió en una elegante capa. El pequeño dejó que le resbalara hasta los hombros y enseñó sus ojos cerúleos. Se percató de Pietro, lo miró sin decir nada. Después dijo:

–Hola.

El doctor Martini se volvió.

Pietro levantó una mano.

–Hola.

El niño se asomó con su elegante capa, sujetaba un libro con dos elefantes en la cubierta titulado *Los animales de la sabana*.

–Lorenzo, este es un amigo mío y se llama Pietro –el doctor lo cogió en brazos–. Al final te has decidido a pasar a visitarnos.

El portero señaló el librito.

–¿Sabes lo que hacen los elefantes para rociarse de agua?

El niño pegó una mano a la nariz y esa era su trompa.

–Muy bien.

–Nada de muy bien, hoy ha hecho que me enfade –el doctor invitó a Pietro a entrar y abrió la puerta de cristal que los separaba del servicio–. Ahora nuestro Lorenzo se va a ir corriendo a la cama para no pillarse un buen resfriado –pasó él primero y se dirigió a un enfermero–: Se estaba yendo al lago. Es la segunda vez que os la juega.

Había una sala de espera diminuta, una lámpara de pie iluminaba tres globos aerostáticos pintados en las paredes y un tablón con unos dibujos clavados.

–¿Por qué no aprovechas y le enseñas a Pietro tu libro?

Colocó al niño en una silla y fue a hablar con una mujer que esperaba bajo el globo aerostático amarillo. Lorenzo iba pasando páginas y se volvió hacia el ventanal que daba al lago. Era un alfeñique.

Pietro se le acercó.

–¿Has visto alguna vez un animal de la sabana?

El niño seguía buscando el lago por detrás del cristal, meneó la cabeza.

–Yo sí.

El portero se acurrucó y extendió las manos debajo de la lámpara. En la pared apareció un amasijo de sombras tan grande como un balón. Fue haciéndose más fino, desenfocado, hasta convertirse en dos orejas de elefante.

A Lorenzo se le cayó el libro de las manos.

Y de las orejas de la sombra del elefante surgieron los colmillos y la trompa. Era enorme, era minúsculo. Se agrandó lo necesario y corrió arriba y abajo, alzó los colmillos.

Lorenzo entreabrió la boca y se deslizó hasta el borde de la silla, la grisura de sus mejillas se desvaneció. Farfulló, farfulló con más fuerza.

–¿Qué ocurre, chiquitín?

El doctor se acercó y recogió el libro de cartón. El niño no dejaba de mirar al portero. Martini lo cogió en brazos.

–Me parece que ha llegado el momento de irse a la cama –intentó sonreír, la boca no le respondió. En lugar de ojos, tenía dos hendiduras–. Hoy no es el mejor día para visitas. Pásate en otro momento, si puedes.

–Adiós, Lorenzo –Pietro empujó la puerta de cristal, pero no se marchó–. Doctor... –dijo–. ¿Hace usted alguna vez visitas a domicilio?

–¿Cómo?

–Visitas a domicilio.

–Hace mucho que no hago. ¿Te hace falta o qué?

El portero dijo:

–Nunca se sabe. Hasta mañana.

Después salió a las escaleras, el neón deslumbraba. Bajó sujetándose del pasamanos y mientras bajaba no perdió el recuerdo del doctor en bata y del niño con la capa elegante, de Blancanieves en la casa de los granados. Salió del palacete, el sendero entre los abetos

era una estela de oscuridad. En el centro había un viejo parado, en parte noche, en parte espantapájaros.

–¿Se puede pasar? –preguntó.

El portero se detuvo.

Era un viejo más ajado que un fruto caído, llevaba un chaquetón de gasolinero y una gorra con la marca de una refinería, volvió su cara de papel usado.

–Tengo que hablar con el doctor Martini, ¿se puede pasar o no?

Pietro dijo que no y se deslizó a su lado.

De regreso a casa, no había entrado aún en el edificio, cuando lo llamaron desde lo alto. Pietro levantó la cabeza, el abogado estaba subido al antepecho del tejado y le hacía señales para que se reuniera con él enseguida.

Pietro siguió mirándolo desde la calle, lo conminó a que bajara de allí, pero Poppi no lo escuchaba. El portero entró y se apresuró escaleras arriba, agarrándose de la barandilla hasta el segundo piso, tuvo que aminorar para recobrar aliento, dejó atrás el tercero y el cuarto. En el quinto estaban los guardillones y una puerta de hierro que no precisaba llave. Tiró de ella, era pesada y rechinaba, medio oxidada. Daba a la terraza común, un cuadrado de cemento con una hilera de antenas parabólicas y el laberinto de cuerdas para tender la colada. Salió afuera, miró a su alrededor. En la parte más alta del parapeto estaba Poppi abrazado a una parabólica, imprecando mientras la sacudía subido al murete para intentar enderezarla por su extremo. Se meneaba, tenía el equilibrio de un zancudo y una linterna entre los dientes. La apuntó hacia Pietro y murmuró algo.

—¡Abogado, bájese de ahí!

El portero se acercó hasta él. Poppi se quitó la linterna de la boca.

—Este cacharro no coge ningún canal. No se ve nada —se desplazó ligeramente, llevaba un abrigo sobre el pijama e iba zigzagueando con sus pantuflas de raso—. ¿Entiende usted algo de estas cosas parabólicas?

Pietro le agarró una pantorrilla y notó que era un globito ajado.

—No, bájese de una vez.

—Dado su pasado de catequista, hubiera dicho lo contrario.

Poppi siguió imprecando, después levantó los brazos en señal de rendición. Permaneció un momento sobre el murete y le dio una patadita a la antena.

El portero le ayudó a bajar. Se sentaron y recobraron el aliento. El abogado se secó la frente y apagó la linterna, de ellos solo quedaron dos siluetas de oscuridad, que se desvelaron, por un instante, cuando Poppi encendió un cigarrillo.

—Por las noches, una antena estropeada puede causar más daños que un divorcio.

Las sábanas revoloteaban en las cuerdas, Pietro las estuvo mirando un instante, después se volvió hacia la calle. El bar seguía aún abierto y por detrás del ventanal se veía a dos chicos tomándose una cerveza en una mesita, un tranvía se detuvo en la parada y formó una fila de coches ante el semáforo. Ante el semáforo pasaron también Paola y Fernando, el muchacho extraño iba cargado con las bolsas de la compra y seguía a su madre por el paso de cebra.

—¿Sufre usted de vértigo, *kibutzer*?

Pietro negó con la cabeza.

–Entonces tendría que subir más a menudo aquí arriba –Poppi dejó caer la ceniza en el vacío–. Aquí arriba está usted más cerca de su dios –señaló el cielo con el cigarrillo–. Y de los movimientos de sus vecinos –señaló a Fernando, que aguardaba para entrar en el edificio–. ¿Sabe por qué lleva siempre esa boina? Era de su padre, se la regaló poco antes de pasar a peor vida –dejó escapar un anillo de humo–. Una advertencia: no se la toque usted nunca. Otra advertencia: sea más cauto cuando decida limpiar a fondo la casa de los Martini.

Pietro se inclinó hacia el abogado.

–Fue un momento de debilidad... –se levantó–. No volverá a suceder.

–Pero, amigo mío, si a mí también me encanta una limpieza a fondo –Poppi asentía–. Y puedo asegurarle que desde aquí arriba le saldría mucho mejor.

El abogado seguía con la mirada fija en la calle. Fernando y Paola estaban entrando, el tranvía había arrancado por fin, los chicos seguían sentados en la mesita del bar.

–Le saldría mucho mejor, hágame caso –repitió como si no escuchara, acechando un poco más allá del bar, a la entrada de un callejón de sentido único. Pietro siguió la mirada de Poppi, dirigida hacia un todoterreno color petróleo aparcado con los faros encendidos y el costado izquierdo abollado. No lo reconoció de inmediato. La puerta del pasajero estaba entreabierta y la luz del habitáculo encendida. Dentro estaban el ecografista y Viola. Sonreían. Ella hizo ademán de bajar y Riccardo la retuvo, se rieron.

El abogado arrojó el cigarrillo desde lo alto del edificio.

–Yo sí que sufro de vértigo.

Esa noche, la bruja lanzó una piedra a la ventana del cura joven.

–Padre, he soñado con mi hijo y con su gato. Padre, despierte.

Él ya estaba despierto, se dio la vuelta en la cama y cerró los ojos.

–He soñado con mi hijo.

El cura joven retorció la sábana, tiró de ella, después se levantó de la cama y se acercó a la ventana. La bruja estaba envuelta en un pañuelo rojo, aterida de frío.

–¿Puedo entrar?

–Vuélvete a casa.

–¿No está siempre abierta la casa del Señor?

El cura joven bajó al piso inferior y entró por una puerta lateral en la iglesia, se abrochó el último botón del camisón y abrió el portal.

La bruja fue a su encuentro.

–He soñado con mi hijo, estaba jugando con su gato –se rio–. Le sienta bien el pijama.

Se quitó el pañuelo y se sacudió el pelo, dio dos pasos que eran uno. Después se acercó a la hilera de velitas y cogió una nueva.

–Dile al Señor por qué has matado a tu hijo.

–Es un secreto.

–Él sabe guardar un secreto.

La bruja encendió la velita y quiso para ella la primera cera, que le cayó sobre el dorso de la mano.

–Porque era el hijo de mi padre –se quemó.
El cura joven no se movió. Ella lo estaba mirando.
–No sé por qué le digo todo esto.
–Se lo estás diciendo a Dios.
–Te lo estoy diciendo a ti.

A la mañana siguiente, la primera que apareció por la garita fue Viola. Se presentó con cuatro cucuruchos en la mano, que hacían tintinear los brazaletes de la muñeca.

–Vamos a malcriarte, Pietro –entró–. Cruasán con crema.

–Ya he desayunado, gracias.

Ella dejó los cucuruchos sobre una silla.

–¿Va todo bien?

El portero le tendió el correo y comprobó un recordatorio que había apuntado en el cuaderno.

–Va a venir el mago Nicolini a ver el patio para la fiesta de la niña.

–Te lo iba a decir. Luca tiene que estar en el hospital dentro de un rato, ya se encarga él cuando baje.

Viola vio la Bianchi contra la pared, había sido lijada. A su lado había dos botes de pintura, uno rojo y otro color verde botella. Se agachó y cogió el pincel, lo sumergió en el rojo.

–Voy a probar.

Pintó un trocito de la barra transversal y asintió ella sola, pintó otro trocito. Sopló sobre la pintura.

–Pruébala.

Pietro le dio la espalda.

–Venga, que te va a quedar estupenda. Pruébala. Cuidado con mancharte.

El portero escondió las manos en los bolsillos, el papel de lija le había consumido la palma y herido los pulgares. Nada más volver de la terraza había empezado a despellejar la Bianchi, hecho una furia, lo primero fueron las horquillas y, poco a poco, todo lo demás. No se detuvo hasta que el doctor regresó del hospital a altas horas de la noche.

–Es solo para ver cómo te queda.

Pietro titubeó, después montó en la Bianchi y empuñó el manillar.

Viola sonrió, era como en la fotografía del campo de espliego, toda candor y sensualidad.

–Ya es oficial: rojo –se metió el correo nuevo en el bolsillo de los vaqueros y le apoyó una mano en la espalda–. Y cuidadito con no avisarme cuando acabes de pintarla. Tenemos que hacer el ensayo general.

–¿Qué ensayo general? –llegó una voz desde el zaguán.

Se volvieron los dos, Riccardo sonreía en el portal. Llevaba una mochila en la mano.

Viola recogió sus cucuruchos, ya no miraba al portero. Tenía los ojos fijos en sus relucientes zapatos de salón, que cruzaba dándose golpecitos.

–Voy a preparar el café.

El ecografista permaneció entre dentro y fuera.

–Espérame. Le dejo una cosa a Pietro y subo.

Ella se marchó sola.

Riccardo se apartó para dejarla pasar y la siguió con el rabillo del ojo, después entró del todo.

–Los Martini me han invitado a desayunar.

Bajó la voz y dejó la mochila sobre la silla de mimbre. Era un hombre afilado, disimulaba la delgadez con sus gestos lentos. Los nervios le marcaban el cuello y sus ojos eran mayores de lo que debían ser. Refulgían en su cara, toda aristas.

Pietro se acercó a los buzones, empujó dentro una carta que asomaba por una hendidura. Se dio la vuelta.

Riccardo estaba clavado en medio de la habitación.

–Ya sé que has conocido a Lorenzo... –parecía absorto–. Fíjate que fui yo quien le hizo la ecografía a su madre. Una mujer extraña –abrió la mochila y sacó una gruesa cadena de la longitud de una pierna. Más un candado con la llave dentro–. Aquí lo tienes, para tu Bianchi que será roja.

–No me hace falta, gracias.

–En Milán lo roban todo –Riccardo se la dejó e hizo ademán de marcharse–. Ah, se me olvidaba, ¿no habrás encontrado un brazalete de cuero?

–No he encontrado nada, lo siento.

–Debo de haberlo perdido jugando al fútbol.

Se marchó.

El portero aguardó a que subiera las escaleras, después entró en casa. Rebuscó en el cajón de la mesa. Sacó el brazalete que había encontrado en el patio y observó mejor la fecha grabada en la parte de dentro, *14-9-2008*. Lo apretó en el puño.

El prestidigitador Nicolini llegó cuando la Bianchi yacía en varios trozos. Pietro la había desmontado y había puesto el cuadro encima de unos periódicos viejos, lo vio entrar mientras revolvía la pintura en el bote.

–¿Para qué le hace falta echar una ojeada al patio? –le preguntó.

–La magia exige su propio espacio.

Lo acompañó adentro y, en cuanto Nicolini empezó a deambular, el segundo piso comenzó a vaciarse. Viola bajó con la niña. Pietro no la saludó y siguió pintando la Bianchi. Era la quinta vez en cuarenta años que le cambiaba la piel y aún no había aprendido a hacerlo. Daba pinceladas en distintas direcciones pero no dejaba colar los pelos, los arroyuelos de pintura formaban grumos y cubrían el cuadro de pústulas. Intentó deshacerlos restregándolos con un trapo, las manos se le enlodaron y él tiró el pincel. Fernando, su madre y el abogado aparecieron inmediatamente después. Lo saludaron, Poppi guiñándole un ojo, y se marcharon.

Martini se dejó ver junto al ecografista cuando solo faltaba un trocito para que la Bianchi estuviera acabada de pintar. En cuanto se fue a hablar con el prestidigitador,

Riccardo se acercó a Pietro.

–Más rápido, si se te seca la pintura te quedarán las marcas en el cuadro.

–¿Quiere hacerlo usted?

–Jamás me atrevería.

El portero terminó de pintar al tuntún y después desplazó periódico y cuadro a una zona donde caía un mísero sol. El prestidigitador se reunió con él después de que Martini y el ecografista se hubieran ido.

–Un patio perfecto para los hechizos –levantó las manos, con gesto de sortilegio–. Hemos quedado en que vendré a montarlo todo el día anterior. Os transformaré a todos en sapos.

El portero lo acompañó a la salida. Nicolini se despidió con un esbozo de reverencia y abandonó el edificio.

Fue entonces cuando Pietro vio a Blancanieves. La mujer que había abierto al doctor Martini la casa de los granados. Estaba clavada delante de la placa de los telefonillos.

–Discúlpeme... –Blancanieves se le acercó, el pelo corvino estrangulado por una cinta roja–. Disculpe, ¿vive aquí el doctor Martini?

Tenía cierto acento extranjero. El portero asintió.

–De modo que las iniciales del timbre son las suyas.

Se apartó el pelo de la frente, era muy joven y las mejillas llevaban las marcas de un acné antiguo. No dejaba de torcer una boca sin labios, extendió la mano para llamar.

–El doctor no está en casa –Pietro dio un paso hacia ella–. ¿Puedo ayudarla yo?

La mujer dijo que no y renunció, levantando la cabeza hacia las ventanas del primer piso. Daba golpecitos con los tacones de los botines como aterida, cruzó la calzada y aguardó al otro lado de la calle.

Pietro entró en la garita, abrió el armario, se hizo con un retal y el detergente multiusos. Salió de nuevo y empezó a sacar brillo a la placa de los telefonillos, pasó el trapo cuatro veces de arriba abajo sin dejar de observar a Blancanieves con el rabillo del ojo. Al cabo de un rato, ella regresó.

–¿Sabe cuándo volverá el doctor? –esbozó una sonrisa–. No está en el hospital. Es que es algo urgente.

–Si quiere, puede dejarme el recado.

–No contesta al móvil.

–Si quiere, puede dejarme el recado.

Blancanieves miró a su alrededor.

–Le escribo una nota.

Pietro le dijo que le siguiera. La condujo a la garita y cerró la puerta. Le alargó el envés de una octavilla publicitaria y un bolígrafo, la mujer se sentó ante la mesa. En esa posición, resultaba aún más graciosa, con uno de los brazos colocado como si sostuviera un niño en su regazo. Acabó de escribir y dobló la hojita cuatro veces.

–Es urgente.

Se la dio al portero. Él la guardó de inmediato en el bolsillo.

–Se la daré en cuanto vuelva.

–Gracias.

Blancanieves salió de la garita y se alejó.

Pietro se apresuró a entrar en casa y miró por el ventanuco. La mujer ya no estaba. Entonces sacó la hoja del bolsillo y la abrió, poniéndose debajo de la luz. Leyó *Ven en cuanto puedas, te lo ruego. Sofia.*

La sostuvo sobre la palma y extrajo del cajón de la mesa el cartel de *Vuelvo enseguida* con la ventosa, lo pegó en el cristal del chiscón.

Se marchó a buscar al doctor.

Lo encontró en el hospital, el doctor Martini estaba hablando con dos médicos y estudiaba una historia clínica. Pietro se dejó ver y lo esperó junto al tablón de anuncios con los dibujos a pastel, todos garabateados excepto un avión con dos alas torcidas contra un cielo rojo fuego. *Giulio*, rezaba la firma en una esquina. Cada letra era de un color distinto.

–Será un gran piloto.

Pietro se dio la vuelta.

El doctor se ajustaba la bata.

–Giulio será un gran piloto acrobático –apretó la chincheta que tenía sujeto el dibujo–. ¿Dos visitas en dos días, Pietro?

–Hay un mensaje para usted, doctor –le dio la hojita de Blancanieves–. Ha dicho que es urgente.

Martini lo leyó.

–¿Cuándo ha sido eso?

–Hace tres cuartos de hora.

El doctor volvió a leer y se quedó absorto, después se percató del regalo empaquetado que el portero sostenía contra una cadera.

–¿Es para Lorenzo?

–Lo he visto en un escaparate viniendo hacia aquí –se le acercó–. La mujer de la nota ha dicho que era urgente.

Martini se quedó mirándole.

–A Lorenzo le hará mucha ilusión verte. Ven conmigo.

Pietro lo siguió a la sala de espera, estaba desierta. Un olor a sopa sofocaba el aire, de las habitaciones llegaban susurros. Pietro escuchó un traqueteo, un llanto. Recorrieron un pasillo muy estrecho y entraron en la segunda habitación a la izquierda. Había un resplandor tenue y dos camas. Una pareja joven velaba junto a la primera cama, un niño regordete estaba sentado sobre la almohada, jugando con dos moldes de plastilina, la mujer joven dijo: me tiene muy enfadada porque no come nada. El doctor los saludó y se acercó a la otra cama, estaba deshecha y vacía. En la pared, por encima del cabecero, alguien había colgado un cartel del Pato Donald vestido de pirata. Dos armarios ocupaban la pared del fondo.

–¿Ves a alguien aquí, Pietro?

El portero meneó la cabeza.

–Nuestro Lorenzo se ha vuelto invisible hoy. Protesta porque quiere ir al lago. Pero yo sé siempre dónde está... –el doctor se encaminó hacia uno de los armarios y lo abrió,

pero no halló más que ropa—. Vamos, ¿dónde estás?

Ninguno de los dos se había dado cuenta. Lorenzo los estaba observando desde un rincón. Se confundía con la blancura de la pared, era realmente invisible, con dos dedos en la boca y el pijama medio torcido. A su lado, sobre la mesilla, había un marco de plata con él en la playa y una hermosa mujer que lo abrazaba. Pietro vio primero la fotografía, después vio al niño. Entonces dejó el paquete con el regalo encima de la cama.

Lorenzo se metió debajo de las sábanas y se acurrucó.

—¿Has visto lo que te ha traído Pietro? Adelante, ábrelo.

El doctor se volvió hacia la ventana y releyó el mensaje de Blancanieves.

El niño no se decidía.

Fue Pietro el que lo abrió. Rompió con esfuerzo el papel reluciente y la escarapela azul, mientras el pequeño atisbaba curioso. El portero dejó a un lado el papel y sacó del envoltorio un elefante de goma. De un palmo de altura, tenía una especie de alfombra sobre el dorso y las patas cortas. Lorenzo alargó una mano por debajo de la sábana y lo aferró, le quitó la alfombra del dorso. Le mordisqueó una pata.

El doctor volvió a doblar el mensaje de Blancanieves y se quedó absorto mirando a Lorenzo, no lo veía, no veía a nadie allí. Se espabiló de repente y retrocedió, empezó a sacar ropa del armario. Se acercó al niño y le dio un beso en la cabeza, lo cogió en brazos y le dijo a Pietro que lo siguiera. Salieron de la habitación junto al portero, cruzaron el pasillo y se metieron en un cuarto vacío.

—Aguárdame en la sala de espera, Pietro.

El doctor se encerró dentro con el niño.

El portero no tuvo que esperar mucho. Lorenzo apareció por el pasillo casi de inmediato, abrigado con un anorak azul que le llegaba hasta las rodillas. Llevaba una bolsa de papel en una mano y el elefante de goma en la otra. Sus piernecitas se perdían en los pantalones vaqueros.

El doctor lo cogió en brazos e hizo un gesto de complicidad a un enfermero, le dijo a Pietro que fuera con ellos y después abandonaron el servicio pediátrico, bajaron las escaleras y salieron afuera. Rodearon el palacete.

—Si tienes frío, dímelo enseguida, ¿de acuerdo, Lorenzo?

El niño no le escuchaba, el lago estaba ahí. Enorme, con cañas de bambú afiladas como espadas a su alrededor y hojas a ras de agua que formaban flores flotantes, las había visto el verano en el que vino por primera vez al hospital. Con el frío, las ranas permanecían ocultas, también las culebras de agua permanecían ocultas. Lorenzo quiso que lo bajaran al suelo, agitaba la bolsita de papel y se inclinaba hacia un lado. Avanzó hasta la orilla. Se sentó en un murete y esperó.

El doctor llevaba en la mano el móvil y la hoja de Blancanieves:

—Tengo que hacer una llamada, Pietro. ¿Te importa echarle un vistazo?

El portero se acercó al niño.

Lorenzo había sentado al elefante a su lado y miraba el lago. Metió una mano en la bolsita, cuando la sacó tenía un puñado de pan seco en la mano. Lo arrojó a la orilla.

—Patitos, patitos.

Pietro los buscó. Nadaban por el lado izquierdo del lago amontonados contra el muro de cañizo que rodeaba una curva de agua. El doctor asomaba por allí, se veía su cabeza y el móvil al oído.

Lorenzo siguió tirando pan.

Los patos no se acercaron.

Pietro se alejó. Llegó hasta el muro de cañizo, arrancó una caña y la sacudió sobre el agua, los patos no se movieron. Siguió sacudiendo, venga, vamos, idos al diablo, se inclinó más aún, vamos, lanzó la caña y los patos agitaron las alas, vamos, malditos. Se dispersaron y empezaron a nadar en dirección contraria, eran tres más una hilera de crías desplumadas. Pietro permaneció acurrucado, la voz del doctor le llegaba con nitidez.

–Ya lo he entendido, lo siento mucho... lo siento mucho... en casa no. Creo haber sido claro. No voy a ir, déjame en paz.

En la orilla opuesta, Lorenzo se había levantado del murete y lanzaba al viento confetis de pan. Se aproximó a las aves que nadaban en dirección a él. Su rostro era todo ojos.

Pietro se acercó hacia donde estaba y lo cogió en brazos. No pesaba nada, un montoncito de huesos con la respiración entrecortada. Le encerró una mano en la suya, el niño tenía un corte en su pulgar minúsculo. Se lo acarició.

–¿Tienes frío?

Lorenzo dijo que no y siguió con la vista clavada en los patos que se disputaban el pan.

–Mamá.

Pietro no dejó de acariciarle el corte. Le pellizcó la nariz y las manos se le mojaron. Lo levantó, la sangre se mezclaba con los restos de pintura de la Bianchi. Se puso en cuclillas junto al niño, dos arroyuelos oscuros le caían de las fosas nasales. Le hizo un gesto al doctor para que viniera enseguida, agitó los brazos, volvió a llamarlo.

Martini se acercó a la carrera. Sacó un pañuelo, le limpió la nariz y la boca al niño.

–Ahora, pequeñín, es hora de que volvamos enseguida adentro.

–Mamá.

El doctor se agachó y lo tomó en brazos, el cua, cua de los patos se elevaba del agua.

–Era el hijo de mi padre, sí –la bruja se separó del cura joven y le abrochó el último botón del camión, cruzó las piernas–. Papá se aprovecha de mí desde siempre: ¿Dios sabrá guardar este secreto?

–Dios guarda todos los secretos del mundo.

–A alguien tendrá que contárselos, porque si no... –la bruja dio un brinco y caminó de puntillas hasta el fondo de la iglesia. Llegó hasta el altar–, si no, revienta.

También el cura joven caminó hasta el fondo de la iglesia y entró en la sacristía. Volvió enseguida con una ostia y medio vaso de vino tinto.

La bruja cogió la ostia y la puso a contraluz, cuando se la tragó se le pegó al paladar.

Él le dio el vino.

–Aquí están los secretos del mundo.

La bruja bebió.

–Por eso sabe a vinagre.

Pietro se sentó en la sala de espera. El doctor salió al poco rato de la habitación de Lorenzo sin bata y con un portafolio bajo el brazo, hablaba agitadamente con otro médico, se acercó al portero.

–Ya he terminado, te acerco a casa.

–¿Qué tal está el niño?

–Exhausto –meneó la cabeza–. Es culpa mía. Quería que fuera al lago antes de que viniera su madre a llevárselo. He decidido que la cura prosiga en casa.

Martini bajó las escaleras, a Pietro le costaba seguirle. Salieron del palacete y se quedaron clavados. El viejo con el chaquetón de gasolinero estaba en medio del sendero. En el mismo lugar en el que Pietro lo había visto la tarde anterior. Tendió una mano hacia el doctor, con la cara de cartón piedra y la gorra con el nombre de la refinería.

–Doctor, yo quisiera... –se le acercó–. Yo quisiera... se lo ruego...

Martini lo esquivó.

El viejo se dirigió a Pietro:

–Dígale que me escuche, por favor, dígame...

El portero se quedó mirándole, después siguió al doctor por la cuesta del aparcamiento subterráneo hasta un coche polvoriento, con las ventanillas posteriores tapadas por cortinillas en forma de mariposa.

Martini entró.

–Es un pobre diablo que no sabe cómo pasar el rato.

Puso en marcha el motor y se percató de que en el parabrisas sucio alguien había escrito con un dedo *Un poco de agua, te lo ruego*. Señaló el cristal.

–Es Riccardo, suele avisarme cuando he superado los límites de la decencia.

Arrancó con el portafolio sobre las piernas, en el asiento trasero estaban la sillita de Sara y un peluche boca abajo con el letrero de *Hello Kitty* en una manga. Estaba envuelto por una mantita de cuadros.

–¿Hace mucho que lo conoce?

–¿A Riccardo? Mucho, desde luego –Martini recorrió dos calles sin proferir palabra–. Primer día de colegio: me encuentro con esa cabecita rizada al lado de mi pupitre. «Encantado, yo soy Riccardo, pero tienes que llamarme por mi apellido: Lisi», me dice. Un auténtico provocador. Nos separaron al cabo de un cuarto de hora porque no había quien nos hiciera mantener la boca cerrada. Lo mismo en el siguiente ciclo. Lo mismo en el instituto –sonrió, y ahora los ojos se le veían, eran un centelleo–. En la universidad: medicina los dos, y cada clase un follón. Siempre pegado a mí como un mejillón.

El portero se sujetaba las manos, la pintura de la Bianchi resistía en el pulgar.

Martini aminoró la marcha.

–Era lo único que le quedaba. Perdió a sus padres de pequeño. Ahora estamos Viola, Sara y yo.

Hacia la mitad de la avenida se había formado una fila de coches, un poco más adelante una furgoneta estaba haciendo maniobras y bloqueaba los dos carriles. Giraron por una calle lateral, rodearon la manzana y volvieron a la avenida, saliendo por delante de la furgoneta. El doctor se quitó el abrigo pero se lo dejó colgando de los hombros.

–Se me olvidaba: gracias. Por el elefante.

–No sabía qué comprarle.

El doctor se estiró en el asiento.

–Lorenzo siente predilección por los elefantes –asintió–. Yo también, la verdad. Desde que leí que se encargan de la manada sin atender al parentesco –ahora conducía con lentitud–. Todos para todos. Una especie de médicos de la sabana.

El doctor aminoró aún más la marcha, aparcó antes de un semáforo y se quedó absorto. Después dijo:

–Voy a intentarlo.

–¿Cómo dice, doctor?

–¿Tienes algo que hacer ahora, Pietro?

–No.

Martini giró en dirección contraria a la de casa, la mantita de cuadros cayó del asiento posterior. La recogió.

–La hizo mi madre para Sara, se le daba muy bien hacer punto.

Dejó la manta sobre la sillita junto al portafolio y rodeó una plaza con un monumento a los caídos, prosiguió por la avenida que llevaba al aeropuerto. Al cabo de un rato, giró en una calle residencial, se detuvo junto a un chalé modernista con dos olivos en el jardín y unos angelotes que adornaban los balcones.

–Esta es la casa de Lorenzo, no tardaré mucho –se quedó mirando el volante, sin moverse–. Pietro... –dijo–, ¿no echas de menos el trabajo de sacerdote?

–Uno acaba cansándose de los trabajos.

El doctor bajó y se encaminó hacia la casa. Llamó una y otra vez al telefonillo y en el balcón apareció la mujer que había visto en el marco sobre la mesilla de Lorenzo. Era tan guapa como en la fotografía, con la cara de yeso y un carmín de payaso, fumaba. Dejó caer el cigarrillo y volvió a entrar, y al cabo de un momento salió al jardín con los pies descalzos. Permaneció al otro lado de la verja.

El portero se estiró hacia el peluche y después hacia la manta. La lana no picaba, rascó un nido de grumos mientras seguía mirando a la mujer hermosa delante del doctor, tenía manos pequeñas y de porcelana y las mantenía contra el pecho. Empezó a rascarse el dorso de una mano mientras el doctor seguía hablando, pasó a la otra y se horadó la piel, agachó su cabeza de muñeca. Pietro acercó la nariz a la manta, el pasado no olía a nada, la dejó con cuidado sobre la sillita y cogió el portafolio. Deslizó la cremallera. Dentro había una hoja con el membrete del hospital y los turnos semanales, un paquete de gomas de mascar sin azúcar, dos estilográficas y cuatro llaves que un trozo de bramante

mantenía juntas. Dos pequeñas e idénticas. Las dejó sobre la palma de su mano, pensó en el único cajón cerrado del despachito. Lo guardó todo y se quedó mirando otra vez a la mujer hermosa, hablaba nerviosamente y ahora sus manos de porcelana estaban lívidas. Las ocultó detrás de la espalda, justo después el doctor regresó al coche.

–Qué mujer más cabezota. Va a llevárselo a casa de verdad.

Martini puso en marcha el motor y soltó el freno de mano, dio un golpe con la mano contra el volante y arrancó, adelantó a un coche y enfiló por la avenida por la que habían venido, apartó de repente el pie del acelerador.

–La persona que te ha dejado la nota hoy... –miró fijamente a Pietro–. ¿La ha visto alguien más del edificio?

–Solo estaba yo.

Se detuvieron en un stop, el doctor se volvió hacia la ventanilla.

–Si aparece otra vez, no le hagas caso. No la dejes entrar. Y lo mismo digo para el viejo que hemos visto antes en el hospital. ¿Entendido?

–Entendido.

–Avísame si vuelven a aparecer, hazme el favor.

Pietro asintió, se aclaró la voz:

–¿Tiene algo que hacer ahora, doctor?

–¿Cómo?

–¿Tiene algo que hacer ahora?

–No.

–¿Le apetece venir conmigo a un sitio?

La tienda de Anita era un pequeño local de tres metros cuadrados en pleno centro. Apenas cabían ella, dos lámparas de estilo inglés, dos hileras y media de vestidos cosidos a mano. En Rímìni se decía que Anita, la hija de los T'masson, tras la muerte de sus padres había hecho fortuna en Milán y no había vuelto, *la fa la sèrta di s'gnur, adès, ma l'è acora zitèla*⁵.

El doctor Martini aparcó casi enfrente.

–¿Qué es lo que tienes que comprar?

–Una bufanda.

–Pues vamos a por esa bufanda.

Pietro había estado en la tienda los cuatro días antes de empezar en la portería. Acompañaba a Anita a abrir y en cuanto aparecía el primer cliente daba una vuelta por el barrio, una especie de burgo medieval reconstruido por los milaneses con dinero. Se acercaba hasta la catedral, que con la catedral de Rímìni solo compartía la palidez y las palomas, después se quedaba viendo a la gente en la plaza y ese cielo de acero que jamás llegaba a ser azul turquesa. No se había acercado al edificio hasta la víspera de su primer día de trabajo como portero. Sentado en una butaca azul en el bar de Alice, había pedido un café. Después se había puesto a esperar. Había entrevistado al doctor casi de inmediato. Sabía que era él por la fotografía del sobre con el sello de Salgari.

–Buenas tardes.

El portero fue el primero en entrar en la tienda.

Anita estaba ante el mostrador con cuatro alfileres en la boca y un maniquí desnudo aún por vestir.

–Vaya, mira a quién tenemos...

El doctor apareció por detrás de Pietro.

Ella se quitó los alfileres de la boca, se alisó la chaqueta y se acercó a ellos, llevaba una flor de tela en la solapa.

–Buenos días.

–¿Podemos echar un vistazo?

Pietro se quitó el chaquetón.

–Cómo no.

Martini miraba en torno a él, se acercó a las faldas, a los sombreros, echó una ojeada a los collares que colgaban de dos botellas de cristal. Eran de coral, bambú y amatista, de piedras duras y de perlas de río.

–Sáquelos si lo desea.

El doctor extrajo el de amatista y lo extendió sobre la palma de su mano, bajo la luz se

volvió lila. Lo dejó en su sitio y se acercó a Pietro, que rebuscaba entre las camisas. Rebuscó él también, escogió una color rojo pastel. Tenía el cuello a la francesa y los botones azules, excepto el último, gris.

–Qué bonita –se la puso encima–. Pero me falta carácter.

Anita se le acercó.

–¿Dice usted que le falta carácter...?

–Hace falta personalidad para el rojo.

Ella descorrió la cortina del probador.

–Veamos esa personalidad.

Lo invitó a entrar. El doctor se encogió de hombros y obedeció.

–¿Será usted sincera?

–Despiadada.

Echó la cortina.

Sobre el mostrador había una bandeja de *macarons* protegidos por una cúpula de cristal, Pietro la levantó y se comió uno al café. Al lado vio el mazo de tarots enterrados bajo los ovillos de lana.

–¿Qué tal la camisa?

–La talla es perfecta.

Luca salió del probador, el rojo aportaba coraje al rostro extraviado, se alisó el pelo.

–Como un pincel –Anita abrió sus gruesos brazos y se dirigió a Pietro–. ¿Usted qué dice?

El portero deglutió el *macaron*.

–Como un pincel.

–Viola me dirá que estoy loco.

–Esa tal Viola le dirá que está usted muy guapo.

–No conoce usted a mi mujer.

Anita se pellizcó la flor que llevaba en la solapa.

–¿Rubia o morena?

–Rubia.

–Si me permite preguntárselo... ¿cómo se conocieron?

El doctor sonrió.

–A través de una ventana.

–Nuestra Julieta se volverá loca con esa camisa... –Anita pescó un par de guantes de lunares de un cajón–. Y Romeo la conquistará por segunda vez con esto... –le dio los guantes–. Estoy segura de que a alguien como su mujer le sentarán de maravilla.<7p>

–¿Y cómo lo sabe usted?

Se aturulló con las palabras.

–Instinto.

El doctor regresó al probador, Pietro escogió al azar una bufanda de una cesta de mimbre. Anita se acercó y se la colocó al cuello, susurró:

–Qué guapo, qué guapo, qué guapo. Pásate esta noche.

Luca salió.

–Has encontrado la bufanda.

Se la quitó de las manos y se acercó a la caja.

Ella rodeó el mostrador.

–Hombre de rojo, mujer de lunares. Para toda la vida.

–Mejor que una sesión con el analista.

–¿Un poco de descuento?

–¿Además?

Pietro sacó la cartera, el doctor le dijo que ni se le ocurriera.

Anita le puso los tarots delante.

–La mano izquierda sobre el mazo, corte por donde prefiera. La carta tapada decide el ahorro.

La miró.

–Nada menos.

Cortó el mazo por los tres cuartos. Y ella levantó la carta tapada.

–El Emperador.

–¿Y entonces?

–Cuarenta por ciento.

El doctor sonrió.

–Debería ser adivina.

Pagó, ella le dio el resto y empaquetó los guantes de lunares con papel de seda y dos tiras de cinta. Después levantó la cúpula que cubría los *macarons*.

–¿Quiere un consejo de adivina?

Él asintió.

–Dele una sorpresa a su Viola. Llévela enseguida los guantes.

–¿Eso es lo que dicen las cartas?

–Eso es lo que dice una mujer.

Martini cogió un *macaron* de canela.

–Adiós, muchas gracias.

Salieron, se volvió por última vez para saludar, agitó la mano como su hija.

Anita devolvió el saludo y, en cuanto se quedó sola, extendió las cartas con la suerte del doctor.

–Viola detesta las sorpresas –el doctor dejó los guantes de lunares sobre el salpicadero–. Es una buena razón para darle una, ¿te apetece acompañarme?

Puso en marcha el coche y Pietro se agarró al asa del techo.

–Claro que me apetece.

Martini aceleró y tomó la circunvalación interior, que recorrió canturreando.

–Esa tienda me ha puesto de buen humor. ¿De qué la conocías?

–He ido vestido de negro toda una vida.

El doctor se rio, cruzaron un paso elevado de tres arcos y enfilaron la avenida del aeropuerto, antes de detenerse en un semáforo.

–La dependienta me recuerda a mi madre.

Pietro soltó el asa.

–¿Impertinente?

–Profética.

Recorrieron una avenida bordeada por chalecitos adosados y aminoraron la marcha ante un campo de tenis. Delante había una antigua fábrica reestructurada para certámenes de moda, aparcaron un poco antes de llegar.

–¿De verdad conoció a su mujer a través de una ventana, doctor?

Martini se metió un chicle en la boca.

–Fue hace quince años, yo estaba en mi segundo año de medicina. Una tarde de marzo, Viola pasó por debajo de casa en bicicleta y se quedó mirando mi ventana, hacía poco que nos conocíamos. Sabía que yo estaba con otra, pero dado que es una mujer obstinada sabía también que basta un momento... –apagó el motor–. Y ese momento ocurrió cuando me asomé para cerrar las contraventanas. Mientras ella estaba mirando hacia arriba.

–Muy oportuna.

–Se había dado cuenta ya de que nos sentaría muy bien a los dos –el doctor abrió la puerta–. Me liberó, Pietro. Viola tiene una especie de entrega que te devuelve al mundo, es una lástima que no sepa cocinar –sonrió–. A cambio, organiza impecablemente exposiciones, congresos, cosas así.

En la entrada de la antigua fábrica se agolpaba un grupo de personas en trajes de noche, la calle estaba abarrotada de coches.

–Y pensar que quería ser profesora de griego.

Luca bajó y se encaminó hacia la multitud.

Pietro lo estuvo observando hasta que llegó a la altura de la muchedumbre, después alargó una mano hacia la manta de cuadros y el portafolio. Buscó la cremallera. Cuando levantó la cabeza, vio que el doctor estaba volviendo hacia él. Pietro retiró la mano.

–Demasiada gente –Martini montó y arrancó el coche–. Sorpresa aplazada hasta esta tarde.

Dio la vuelta para cambiar de sentido, pero tomó la curva demasiado amplia. Tuvo que dar marcha atrás, el coche se detuvo a la altura de una perpendicular donde un todoterreno de color petróleo había sido aparcado de través. Tenía una rueda en la acera, la portezuela derecha marcada por las abolladuras. Lo reconocieron los dos. Los dos fingieron que no lo habían reconocido.

A la hora de cenar, Pietro tomó asiento en el bar de Alice. Por el ventanal se veía el segundo piso del edificio, una de las ventanas iluminadas era la de los Martini. Tras regresar a casa, el doctor había ido a recoger a la niña, que estaba con sus suegros, y el portero había vuelto a montar las piezas de la Bianchi.

Ahora estaba agotado, se aflojó la bufanda nueva y se hundió en la butaca azul, los ojos se le cerraban solos. Se cerraron del todo y, cuando los abrió, Alice le estaba sirviendo un chocolate caliente mientras observaba la fotografía de Mastroianni al fondo.

–Se parecen.

Pietro arrastró la taza sobre la mesita.

–Gracias.

–¿Por el chocolate o por Mastroianni?

Ella tenía el pelo recogido y el rostro fruncido por el cansancio, se acercó al mostrador y regresó enseguida con dos galletas de mantequilla.

–Para los actores, servicio especial.

Pietro hundió una galleta en el chocolate, para que se le deslizara en la boca mientras bebía. Se lo terminó a cucharadas lentas, estirando el cuello por miedo a mancharse. La última gota la recogió con la segunda galleta, después fue a pagar con un bigote de chocolate que le afilaba los labios. Alice se lo dijo, él se limpió con un dedo y la muchacha le señaló también una pequeña mancha en la chaqueta.

–Qué demonios.

Pietro cogió por su cuenta la esponja del fregadero y la limpió.

–Fernando no ha vuelto a aparecer por aquí.

Pagó.

–Ya aparecerá.

Se despidió sonriendo y salió. El frío demudaba las farolas de la calle, se encogió en el chaquetón y cruzó sin mirar. Se apresuró a llegar al portal, forcejeó con la cerradura. La llave era defectuosa y no giraba bien, empujó y la forzó levemente. Volvió a intentarlo y la maldijo.

–Si quieres, podemos usar la mía...

Se dio la vuelta, Viola estaba detrás de él, jadeando.

–Riccardo me ha acercado en coche. Juega al fútbol cerca de donde trabajo.

La miró confundido.

–¿No nos has visto hace un momento en la calle del bar?

Pietro dijo que no, entraron. La Bianchi estaba apoyada contra la garita y olía a pintura. Le faltaba la cadena.

–Has pintado también el manillar... –Viola palpó el sillín y apretó un freno–. Te hace falta un buen timbre.

Tenía el bolso apretado contra el estómago y rascaba la correa con una uña. Tenía una expresión extraña y la boca oscurecida por los restos de carmín.

–¿Por qué no pedaleas un poco ahora? ¿Un ensayo general para tu vecina preferida?

Pietro no se movió, ella titubeó y permaneció inmóvil. Retorció el bolso entre las manos, por última vez, después las dejó caer a los costados y le dio las buenas noches. Enfiló las escaleras, el taconeo era lento y subió con esfuerzo, entró en casa. Cuando el portero dejó de escucharlo, la siguió, llegó al segundo piso cuando la luz ya se había apagado. Se acercó a la puerta de los Martini, no se oía nada. Permaneció allí unos instantes, hizo ademán de bajar. La puerta de Poppi se abrió.

–¿Viene a verme a mí, Pietro?

–No, señor abogado.

–Mi mirilla vale por mil de esos porteros sudamericanos que contratan en el extrarradio. Los robos han aumentado un trece por ciento y, además, ¿sabe qué día es hoy?

–Viernes.

–Hasta las paredes saben que los viernes Fernando se va con su madre a dormir a casa de sus abuelos. Y los Martini no estaban en casa hasta hace un rato. El abogado es cauteloso.

Poppi llevaba un batín de seda y sus habituales babuchas. Fumaba de una boquilla y con un pie intentaba retener al gato en el umbral.

–Noto con satisfacción que también esta noche nos hemos puesto de lo más elegante –lo miró de arriba abajo–. Bufanda con clase. ¿Para la misma gallina o hemos ensanchado el gallinero?

–La misma.

–Ya sé que le toca aguantar a este entrometido. Es solo para saber cómo se las apaña en esa nueva vida suya –dio dos pasos hacia delante–. Acláreme una curiosidad más seria, en cambio. ¿Sigue recurriendo a las plegarias?

–¿Y usted, señor abogado?

–Yo nunca recurro a ellas. A veces, sin embargo, me juego el comodín: un padrenuestro delante de un gin-tonic.

El gato se escapó y brincó hacia el portero, Pietro se refugió en un rincón.

–No sabía que le molestara.

–Soy alérgico.

–Un animal no basta para un viernes por la noche. Entre a tomarse algo conmigo – Poppi procuraba que no se le cayera la ceniza del cigarrillo–. Encerraré a Teo Morbidelli y todas mis curiosidades en otra habitación –la ceniza acabó cayéndose de todas formas–. Se lo ruego.

De casa de los Martini salió una carcajada, era del doctor. El abogado aguzó el oído.

–Vamos a asistir ahora a un ensayo de felicidad conyugal. ¿Se une a la compañía? –lo invitó a entrar–. Solo un sorbito y le dejaré proseguir con su educación carnal.

Pietro aguardó en el umbral, el abogado metió a Teo Morbidelli en la habitación y dejó la boquilla al borde de un arcón.

–Adelante.

El piso era una bombonera enmohecida, el hedor a cerrado dejaba casi sin aliento. Poppi agarró un frasco de perfume de un estante y lo roció. Pilas de libros invadían los dos sofás y una piel de cebra hacía las veces de alfombra. La mesa era esmaltada, las sillas eran esmaltadas, y sobre las paredes colgaba una pintura de arte moderno con un marco esmaltado. Ramos de flores artificiales asomaban de jarrones diseminados, una capa de polvo lo velaba todo. Frente a la ventana había una tumbilla con un gramófono encima. El abogado la rozó y se dirigió hacia la cocina, un cuartito separado del salón por un arco de ladrillo visto. Sacó los vasos y la botella de whisky, le dijo a Pietro que escogiera uno de los dos sillones bajo una gigantesca fotografía de la Callas. Estaba colgada de la pared que lindaba con el piso de los Martini. En torno a la Callas, Poppi había colgado máscaras tribales.

La voz de Viola atravesó la pared como si estuviera ahí.

–La verdad es que no te queda nada mal la camisa, ¿lo sabes? Ese rojo surte su efecto. El abogado aferró la muñeca de Pietro con los diez dedos, estaban helados.

–Póngase cómodo, amigo mío.

Se sentó él antes y le señaló un punto de la pared amarilleado por un cerco, agachó una mejilla y el cerco coincidió con la forma de la oreja.

–¿Sabe cuáles son los atenuantes para los entrometidos como nosotros? –sirvió la bebida–. La soledad. Y el olvido. Yo escucho por sensación de vacío, Pietro. Olvido lo que oigo por respeto. Eso me distingue de los chismosos.

A través de la pared se oyó reír a Luca, ven aquí, amor mío. Estoy exhausta, he estado trabajando, no como tú que te has ido por ahí a comprarte camisas rojo pastel, se rieron.

La voz del doctor no se detenía, dijo: esto es para ti.

¿Qué es esto, Luca?

Ábrelo.

–Le adoro cuando se comporta así. Entre lo romántico y la testosterona, un Robespierre de los sentimientos.

El abogado le tendió la copa.

Pietro bebió.

También Poppi bebió, retiró tres pelos de gato de la mesa.

–Discúlpeme por el desorden, de la casa se ocupaba Daniele –retiró otros dos–. Era él el encargado de la limpieza.

–¿Durante cuánto tiempo?

–Veinte años. Después se le partió el corazón –cogió de una balda cerillas y un cabo de vela perfumada, la encendió–. Y pensar que nunca lo traicioné.

–¿Resistió veinte años, señor abogado?

–Gracias a ellos, sí.

Tamborileó los dedos contra la pared, apoyó un codo sobre la mesa y la barbilla sobre la mano. Dejó caer la cabeza hasta que la oreja tocó la pared.

Viola dijo: Pero estos guantes son una delicia, ¿de dónde los has sacado?
El abogado desplazó la vela hacia el centro, desprendía un olor repulsivo.
–Fue gracias a ellos por lo que me salvé.
Pietro se sirvió más bebida.
–Entiendo.
–Lo sé.
–¿Lo sabe, señor abogado?
–Lo supe desde que le hice la primera entrevista para el trabajo.
–¿Qué es lo que sabe?
Poppi alargó el brazo hacia la pared y descolgó una de las máscaras tribales.
–Sé que el que Dios te abandone no se resuelve con agencias matrimoniales. Y que ser portero es un buen antídoto contra el vacío.
–Fui yo quien abandonó a Dios.
–Se ve que Nuestro Señor hizo algo terrible. ¿Le traicionó?
El portero sonrió.
–Durante toda la vida.
El abogado se puso la máscara tribal, la mantuvo apretada contra la barbilla.
–Con esto encima me da menos vergüenza ocuparme de asuntos que no me incumben
–la máscara sonreía, los agujeros de los ojos relucieron–. Al principio lo hacía por el doctor, lo admito. Después les cogí cariño a Madame y a la tierna infante. A la desesperación típica del matrimonio, *of course*.
Su voz era un hilillo.
–Desesperación típica del matrimonio.
–El olvido me distingue de los chismosos, Pietro.
Oyeron un ruido, ten cuidado, Luca, que vas a despertar a Sara. ¿Qué tal te ha ido en el trabajo hoy, Viola? Oyeron unos chasquidos, eran besos. Muy bien, la verdad, ha venido medio Milán. Oyeron otro beso, ¿estaba Riccardo también? ¿Y esa pregunta? ¿Estaba Riccardo o no? Él se lo repitió, ella se rio y dijo pero qué te pasa esta noche, ven aquí que de ti ya me encargo yo.
–Es mi escena preferida –Poppi suspiraba detrás de la máscara–. Luca parece muy tímido, pero en la cama sabe cómo se hacen las cosas.
Poppi era la máscara. Con sus orejas excavadas escuchó decir al doctor Sara y tú sois todo lo que tengo. Escuchó a Viola, ven aquí, Luca, ven.
En el centro de la mesa, la vela daba un fuego largo. Pietro la levantó, la suspendió sobre la mano, le dio la vuelta y la cera le cayó sobre la muñeca. Esperó a que se endureciera, después se levantó y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se dio la vuelta, una última vez, la máscara se había inclinado hacia la mesa.

Pietro entró en casa y la cera del abogado se secó del todo, pesaba en la muñeca. Se dejó caer sobre la cama, la niña y tú sois todo lo que tengo. Se acurrucó, todo lo que tengo. El sobre de papel de arroz con Salgari estaba sobre la mesilla; además de una carta que no llegaba siquiera a una página, contenía una vieja fotografía con el doctor de niño durante una representación escolar, vestido con una pajarita y un bombín en lo alto de la cabeza. Estaba algo apartado en el escenario, mirando fijamente a un grupo de niños, todos más altos que él, todos serios excepto él. El doctor se estaba riendo, con una mueca astuta y el aire de alguien a quien la representación le trae al fresco. Pietro acarició su expresión insolente, después guardó la fotografía y se arrastró hasta el baño. Abrió el grifo, la cera se le desprendió bajo el agua caliente. Evitó mirarse al espejo hasta que empezó a extender la espuma de afeitar desde el cuello hasta los ojos, no eran los de Mastroianni, eran unos ojos cansados. La cuchilla pasó de mejilla a mejilla y las mejillas perdieron el gris. Estuvo muy atento al hoyuelo de la barbilla, a la boca que era una línea torcida, al cuello rugoso. Cuando acabó, se dio cuenta de que se había cortado, se enjuagó, recorrió con el meñique la herida y subió hasta las arrugas de la frente, agrietaban la piel, dura todavía. No se tocaba nunca el pelo, se sabía de memoria la raya, aprendida durante sesenta y cinco años. Se secó deprisa, se puso muy elegante y se dirigió a la garita mientras se colocaba la bufanda nueva. La cadena de Riccardo era una serpiente alrededor de la pata de una silla. Pietro la había dejado allí con el candado cerrado y la llave dentro. Encendió la pequeña lámpara y la dirigió contra una porción de mesa. Con el bolígrafo, Blancanieves había grabado el contrachapado: *Ven en cuanto puedas, te lo ruego, Sofia.*

Cogió la Bianchi y salió del edificio, ven en cuanto puedas, nadie lo vio salir. Pietro soltó los frenos y recorrió la calle adoquinada, la neblina descendió y el tric, tric de la Bianchi se puso al lado de un tranvía, lo adelantó y los faldones de la chaqueta revolotearon como una capa. Pasó por debajo de una de las puertas antiguas de la ciudad, dos hombres a la entrada del metro observaron su paso, vieron relucir chispas en su palidez. Pietro se agarraba donde el manillar se curva, al final de la cuesta el semáforo se puso en ámbar y él aceleró. Se inclinó sobre el cuadro, un taxi tocó el claxon en el cruce, tric, tric, la cadena rechinaba por el esfuerzo y la Bianchi se metió por una avenida con los faroles apagados. La niebla y la oscuridad campeaban por todas partes, se lanzó en medio hasta desembocar en la amplia plaza donde Mussolini fue colgado cabeza abajo. La cruzó, el reloj sobre el edificio de espejo daba las diez menos cuarto. Desmontó con una pierna y prosiguió con los pies sobre un solo pedal, paró delante de la verja con el letrero *Introducir bicicletas y motocicletas a mano*, la tinta estaba corrida y

se leía a duras penas.

Llamó al timbre.

–Anita, soy yo.

Dejó la Bianchi en un soporte para aparcar bicicletas donde se contaban más ruedas abandonadas que cuadros. Subió por la escalera B, el olor a frito se desprendía de los muros y lo acompañó hasta el primer piso. Anita le estaba esperando en el umbral. Se había quitado la chaqueta con la flor de tela y llevaba un vestido largo de lana. Se cepillaba el pelo a un lado, mientras hablaba con una chica mucho más joven.

–Por fin estás aquí, Pietro.

–Perdona el retraso.

–¿Has cenado?

–Un poco.

–Ya conozco esos pocos tuyos, un día de estos te me vas a morir de hambre.

–Buenas noches –le dijo él a la muchacha joven, ella contestó con un gesto de la barbilla y agachó la cabeza. Llevaba una falda por encima de las rodillas, se pasaba una y otra vez brillo de labios sobre la boca en forma de corazón. Se despidió y entró en el piso de al lado.

–Silvia es muy tímida –Anita dejó el cepillo y sonrió con su cara fofa–. Ahora, dime, ¿quién ha sido la adorable dependienta que te ha vendido esa bufanda tan maravillosa?

Le hizo un gesto para que entrara en casa y echó las cortinas. El vestido le ocultaba las caderas anchas, un collar de colgantes le tintineaba encima.

–Es el doctor más guapo de Milán.

Pietro quiso retener una sonrisa, pero no lo consiguió.

–La camisa ha gustado mucho.

–No es para menos. ¿Y los guantes?

–Aún más.

–Esa Viola entiende, desde luego –le besó despacio en el corte que se había hecho con la cuchilla–. Los ojos son los tuyos. También las manos son las tuyas. Y además es tan patoso como tú.

–¿Y con eso qué quieres decir?

–Que eres un patoso –le cogió la cara entre las yemas de los dedos–. Su madre debía de tener unos labios como para desmayarse. ¿Tienes alguna foto juntos? Me haría falta.

–¿Para tus cartas?

Ella hizo una mueca.

–Me hace falta. Tú tráemela, por favor.

–¿Le has leído la suerte, verdad, Anita?

–Te conozco desde hace treinta años y nunca te había visto tan descarado –le acarició la nuca–. Una vez, quizá, durante un sermón –desapareció en la otra habitación. Volvió con un paquetito envuelto en papel de seda y una tirita–. Para ti. Aunque mejor hubiera sido que te regalara un móvil. ¿Has perdido el tuyo o qué?

Pietro dejó de mirarla y empezó a abrir el paquete.

–¿Le has leído la suerte, Anita?

–Su suerte estaba en la primera carta que saqué: el Emperador –peló la tiritita y se la apoyó despacio sobre el corte de la barba–. El Emperador es su porvenir.

Él rompió el papel y encontró debajo un pijama.

–Es un mixto de seda. El otro lo he tirado –ella se alejó–. Al doctor le tocará combatir. A los emperadores siempre les ha tocado combatir.

–Nunca les faltaba quien lo hiciera por ellos.

–Eso mismo.

Le capturó un dedo meñique y se lo llevó a la habitación, después encendió la luz de su lado y se retiró al baño. Él la esperó delante de la cómoda, la pila de libros se había duplicado respecto a la semana anterior. En el marco del espejo se había añadido un viejo ramo de novia.

–Una novia me lo lanzó hace mucho tiempo, pero no llegó a funcionar.

Anita se había puesto un camisón satinado, sus pechos exigüos rascaban la tela. Tenía las piernas cruzadas como de niña, cuando se colocaba con sus padres en un rincón de la iglesia y él era un cura que titubeaba ante el altar. Pietro la había visto crecer y ella había visto crecer a aquel muchacho con paramentos que durante las confesiones, en vez de culpas, prefería que le contaran pequeñas historias familiares y que nunca exigía penitencias por los pecados. Anita y él se hicieron amigos así, dentro de un confesionario, y nunca, durante todos esos años, ni más tarde, cuando ella se marchó a Milán a estudiar para ser estilista, perdieron el contacto. A ella y solo a ella había dejado leer la carta en papel de arroz.

–Ni aunque hubiera cogido dos ramos de novia habría funcionado.

Ella le quitó la chaqueta, le desabrochó la camisa, le aflojó el cinturón y los pantalones, le dijo que se sentara.

–Ya lo hago solo.

–Quiero hacerlo yo.

Le ayudó a ponerse la parte superior del pijama, de la inferior se encargó él.

Anita dejó resbalar una mano.

Y Pietro la detuvo.

De modo que ella se apoyó con la mejilla contra él. Y así se quedó.

–Es un buen médico –dijo el portero–. Tendrías que verlo con los niños del hospital.

–Se ve –le ayudó a levantarse–. Ven, que estarás muerto.

Retiró las sábanas, se tumbó en el lado derecho de la cama y ocupó la mitad de la única almohada. La otra mitad era de Pietro, él puso la cabeza a su lado y se dejó abrazar.

–¿Cuándo se lo dirás? –dijo ella.

El portero cerró los ojos.

–Díselo, Pietro –Anita lo acunaba levemente, lo besó en la frente–. Es tu hijo.

La madre de la bruja rezó también esa mañana. Permanecía de rodillas en la última fila de la iglesia y se inclinaba hacia delante cada vez que acababa de pedir perdón. El cura joven la vio desde el altar, ella fue a su encuentro y dijo que Dios le bendiga, padre. Después se marchó.

Él también pidió perdón: por lo que se disponía a hacer. La siguió hasta una casa adosada cerca de la estación. La madre desapareció en su interior y salió con su hija poco después, la bruja llevaba una colchoneta en las manos y un sombrero de paja que le cubría los hombros. Recorrieron juntas el paso subterráneo de la estación y el paseo que llevaba a la playa, después la pasarela de las tumbonas del Grand Hotel. La madre se sentó bajo una sombrilla de la tercera fila, la bruja retrocedió y fue al encuentro del cura joven.

–Seguir es pecado.

–No estaba siguiendo a nadie.

–También mentir es un pecado. Y además tienes que ponerte crema –lo arrastró de un brazo hasta las casetas–. Aquí.

Colocó la colchoneta en una oculta ensenada de arena y se tumbó dando la cara al sol, con los ojos cerrados.

–Ven.

Le señaló la parte libre de la colchoneta.

–No puedo.

–Venga. Dios no fulminará a una muchacha prometida y a uno de sus ministros.

La miró, el bañador le ceñía a duras penas el pecho.

–¿Vas a casarte con el chico que vi en la iglesia el año pasado?

–Es de Milán él también. Me reuniré con él dentro de cuatro días.

–¿Le amas? –el cura joven se sentó apoyado contra una de las casetas y dijo–: Perdóname.

La bruja le agarró de la camisa y le hizo sentarse en la colchoneta. Le aferró la mano derecha y se la apoyó sobre el vientre plano.

Él sintió la piel lisa, y el vacío.

–Estaba en esta tripa aquel a quien yo amaba.

A la mañana siguiente, Pietro volvió tarde a la portería. El abogado estaba delante del chiscón.

–Horrendo espectáculo el de ayer por la noche.

–¿De qué habla?

El portero corrió la cortina.

–De un sarasa enmascarado –Poppi le tendió un fajo de papeles–. Tenga, de parte del cartero.

Pietro lo revisó y se percató de que faltaba el diario del doctor. Arrugó la frente.

–No se preocupe, ya se lo ha llevado Luca. Esta mañana no veía la hora de irse al gimnasio. Ayer tampoco fue la mejor de las noches para él.

–No me dio esa impresión.

El abogado se quitó los guantes de piel.

–Ocurrió poco después de que usted me dejara. Hacía mucho que no los oía así, a él y a Madame.

Pietro se quedó quieto.

–Primero se batieron a base de bien el uno al otro, al final los huevos empezaron a romperse. Crac, crac. La señora lloraba. Casi me da un infarto.

–¿Qué ocurrió?

–El olvido, Pietro. ¿Lo recuerda? –el abogado giró la llave del portal automático–. Me parece que su velada tuvo un cariz bastante distinto, a juzgar por la tirita...

Se bajó la visera del borsalino y se lanzó a la calle.

Pietro se tocó el pómulo, el corte le escocía, pegó mejor la tirita y empezó a repartir el correo. Había un comunicado para Fernando de parte del supermercado donde trabajaba y un módulo de renovación de la suscripción a un semanario para Paola. El Ayuntamiento de Milán le había mandado a Viola dos invitaciones. Todos los vecinos habían recibido un aviso del administrador de la comunidad. Hojeó el resto y antes de entrar levantó la vista.

Se percató de que el viejo con el chaquetón de gasolinero estaba al otro lado de la calle. Vestido como lo había visto en el hospital, sujetaba entre las manos la gorra con la marca de gasolina. Con la mirada clavada en la casa, la palidez de su cabeza se confundía con la fachada de un edificio. Pietro cerró el portal y se metió en casa, para asomarse por el ventanuco. El viejo se había desplazado junto a uno de los ventanales del bar.

–¿Pietro? ¿Estás ahí?

Le estaban llamando desde la garita.

–¿Pietro?

Salió precipitadamente. Viola y su hija estaban delante de los buzones.

–¿Hay correo?

Le dio las dos invitaciones del Ayuntamiento de Milán. Viola las leyó mientras la niña canturreaba una cantinela pisándose sus propios pies.

Pietro la saludó.

–Un caracol me ha dicho que dentro de poco va a ser tu cumpleaños. ¿Me ha dicho una mentirijilla?

Viola levantó la cabeza, iba sin maquillar.

–Vámonos, Sara, que llegamos tarde.

La niña no se movió.

–Te he dicho que es tarde –Viola tiró de la cartera de su hija, arrastrándola hacia la salida–. Venga, muévete –dio otro tirón.

Sara obedeció, pero sin apartar la mirada de Pietro, antes de salir agitó una mano para despedirse de él. El portero le devolvió el saludo con retraso, la madre y la hija cruzaron la calle y pasaron al lado del viejo. Se había acercado al edificio. Se acercó más, titubeó al borde de la acera.

Pietro fue a su encuentro.

El viejo le miró de arriba abajo con la gorra en las manos.

–Buenos días, buenos días –dijo sin moverse–. Usted conoce al doctor Martini, lo conoce, les he visto juntos en el hospital –sus venas eran arañazos en la cara–. ¿Está en casa? –preguntó.

Y Pietro dijo:

–Mi hijo no está en casa.

El viejo agachó la cabeza huesuda, ocultándola con la gorra.

–Ah, conque es usted su padre... dígame... –masculló–. Es un chico estupendo su hijo, no hay muchos como él. Ha ayudado a mi... Dígame a Luca que ha venido a buscarlo Mario Testi. También mi hijo es un chico estupendo, basta con mirarlo para darse cuenta de que es un chico estupendo –retorcía la solapa del chaquetón–. Dígame que hoy le espero aquí, se lo ruego.

–No creo que venga hoy.

La frente del viejo se ensombreció.

–¿No estará en el hospital? Porque esta mañana en el hospital no estaba...

–¿Qué necesita usted?

–Le esperaré aquí.

Pietro se alejó. Volvió a entrar en el edificio y cogió el trapo más desgastado, lo estrujó en el lavadero del patio. La Virgen asomaba entre la hiedra con la cara ennegrecida por el smog, ¿qué une a cualquier padre? Se encaramó para limpiarla, pero renunció. Dejó el trapo en el lavadero y colgó el letrero *Vuelvo enseguida* en el cristal de la garita. Salió a la calle y le dijo al viejo:

–¿Es que su hijo está enfermo?

El viejo tosió, se apoyó contra el muro y Pietro supo que era la impotencia. La

impotencia por la suerte de los hijos une a todos los padres.

–¿Está enfermo?

–Mi Andrea se parece al suyo, son dos chicos estupendos –se restregó las manos como debajo del agua, la alianza le bailaba en el dedo anular–. Con el balón es un rayo. Debería ver qué regates. ¿Luca le ha hablado alguna vez de los regates de mi Andrea? –asentía él solo–. El doctor fue a verlo dos veces y pudo darse cuenta de qué maravilla de regate tiene mi hijo –su respiración era incierta–. Andrea siempre pregunta por él.

–Le diré que ha pasado usted.

El viejo se puso en posición de firmes.

–A usted le gustaría mi Andrea.

Sacó de la cartera un recorte de periódico con un chico en un campo de fútbol, el balón debajo de un pie y los brazos cruzados.

A su lado estaba el viejo, años atrás, más metido en carnes, con el bigote castaño y el pelo echado a un lado. Llevaba un corbatín y una camisa remangada.

–Y estoy seguro de que también a mi Andrea le gustaría conocerle.

–Yo no soy médico.

El viejo dobló de nuevo el recorte de periódico con cuidado, lo pegó al carnet de identidad con un clip. Levantó la cara, sus ojos redondos estaban enrojecidos.

–Los hijos estupendos reconocen a los padres estupendos. Y viceversa –se quedó con las manos colgando junto a los vaqueros finos–. Ya me había dicho Sofía que el doctor vivía en una casa muy bonita –señaló el edificio–. ¿En qué piso vive?

–¿Sofía es la mujer que vino ayer?

El viejo asintió y de repente le aferró la muñeca.

–Estoy seguro de que mi Andrea querría conocer al papá del doctor –se quedó mirándole–. Se lo ruego.

Se encaminó solo, pero se detuvo al cabo de unos cuantos pasos esperándolo.

El viejo vivía en la casa de Blancanieves. Con el día se apreciaba la escarcha en los huertos que bordeaban las vías férreas, señaló el único cultivado.

–Es el nuestro.

Había varias hileras de coliflores y dos granados sin fruto. Sacudió la puerta de la verja.

–Esta cerradura no funciona bien. Imprecó hasta que consiguió abrirla.

Subieron por la escalinata exterior, Pietro se volvió hacia la fila de plátanos a lo largo de la calle, buscó el que le había ocultado cuando siguió al doctor, aparecía desnudo y, alrededor del tronco, las hojas engordaban la hierba. La estatua de Blancanieves velaba sobre el último escalón, con el pelo a lamparones debido a la pintura desconchada. Apoyó una mano en ella, entró.

Recorrieron las escaleras hasta el tercer piso, la puerta del viejo no tenía placa ni mirilla, solo un felpudo desgastado en el centro.

–Soy yo.

El vestíbulo era un cuadrado de baldosas en forma de rombo. Más adelante, se veía

una habitación pequeña con un sofá de dos plazas y el televisor apoyado sobre un carrito vacío de bebidas. Un olor a carne asada embadurnaba el aire. El viejo dejó el chaquetón y la gorra en un perchero del que colgaban un sobretodo de mujer y un casco de moto.

–Soy yo –repitió.

En la cocina se sentó el primero, la mesa cabía a duras penas y las sillas rechinaban bajo los cojines de gomaespuma. Sirvió dos vasos de vino.

–Sin cumplidos, hágame el favor. Siéntese.

Pietro se sentó y el viejo le tendió el vaso. Sobre el estante estaban las piezas desmontadas de una cafetera y un paquete de galletas cerrado con una pinza. Además de tres granadas secas sobre un plato en forma de tortuga.

–¿Sigue viva su mujer? –dijo el viejo.

Pietro jugueteó con el vaso, se bebió el vino.

–Es dura la vida sin la mujer –el viejo se retorció el anillo en el dedo–. Menos mal que nos quedan los hijos. Y el trabajo. La estación de servicio de la calle es mía, venga a visitarme cuando no tenga nada mejor que hacer –se sirvió otro vaso de vino–. Sofia –llamó–. Sofia.

Blancanieves apareció por la puerta, llevaba en la mano un libro abierto.

–Buenos días.

–Este señor es el padre del doctor.

–Ya nos conocemos –dijo Pietro.

El viejo gasolinero vació el vaso.

–Ya me quedo yo, Sofia. Vete si quieres.

La muchacha se quedó mirando a Pietro, esbozó una sonrisa. –Adiós.

Descolgó el abrigo del perchero y se marchó.

–Seguro que mi Andrea se ha enamorado de ella. En el Este de Europa tienen una clase que aquí en Italia ni nos imaginamos –golpeó con un pie como si estuviera pisando algo–. Mi Andrea tuvo una novia extranjera, suiza, me parece. Pero él solo pensaba en el balón y en las motos y ella, un buen día, se hartó –una tos insistente le sofocó la risa–. Venga a conocerlo.

El pasillo era un túnel que acababa en un baño azul, en las paredes había un espejo y un trípode con un teléfono encima. El olor a carne asada se debilitó, el zumbido de un televisor se iba aproximando.

–A estas horas se ve todos los programas para amas de casa. Le mantienen alegre –se quedó clavado en la puerta–. Andrea, ha venido a verte el papá del doctor. ¿Qué te parece?

Aguardó un momento, después invitó al portero a entrar.

El portero se asomó a la habitación. El hijo del viejo era una cabeza sobre una almohada levantada. La boca y los ojos, los de un maniquí. El cuerpo se ahogaba bajo una manta, corto e inexistente, rodeado por dos tablones de madera.

–Este es Andrea –el padre rodeó la cama, le acarició una mejilla–. ¿Verdad hijo mío que te hace mucha ilusión conocer al papá de nuestro Luca?

Levantó el respaldo.

El portero se quedó donde estaba, detrás de la cama había algunos aparatos y un pequeño tubo flexible que se metía por debajo de las sábanas.

—¿Sabes que el doctor tiene una casa preciosa? Vive por aquí cerca —el viejo metió una mano debajo de las sábanas y susurró—: Ahora me encargo yo de ti, no te preocupes.

El hijo tenía los ojos muy abiertos. Los párpados permanecían levantados, era la pupila la que subía y bajaba. Miraba un instante el televisor, un instante los tres carteles de futbolistas que tapizaban las paredes. Pietro reconoció a Roberto Baggio, al lado había una pizarra con una cartulina bristol garabateada.

—¿Un poco más de luz, Andrea?, ¿qué dices?

El viejo encendió una lámpara y la cabeza de su hijo pudo verse del todo. Era ancha, la carne laxa ahondaba la boca. El tubo flexible acababa en su cuello, bombeaba aire y aspiraba aliento. De los labios le salió un riachuelo de saliva, el viejo se lo limpió y dijo:

—Hoy está mi Andrea un poquitín enfadado, ¿verdad? Venga, Pietro, acérquese a presentarse como es debido.

Las pupilas de su hijo se alzaron.

—¿Sabe que Andrea y yo dibujamos? Lo de la pizarra lo hemos hecho juntos —sacó un bloc de debajo de un magnetófono de bolsillo y de una radio—. Estos, en cambio, los hizo él hace unos cuantos años.

Pietro hojeó el bloc, había unos esbozos de gaviotas. Y balones de recuadros blancos y negros. Otra gaviota, un dirigible. Las figuras eran agraciadas. Al lado de la acuarela de un balón leyó *Andrea*.

El viejo se afanaba debajo de las sábanas mientras sonreía a su hijo.

—Ya casi he acabado. El papá del doctor estará acostumbrado, quién sabe a cuántas personas habrá visto limpiar en el ambulatorio.

Estrujó una esponja en una palangana debajo de la cama, el portero retrocedió y el padre limpió a su hijo como es debido.

—La charlatana de la familia era mi mujer. Ella sí que sabía hacerle compañía. Yo solo sé meter la goma de la gasolina en el depósito. ¿Verdad, hijo mío? —sacó la palangana y un pañal enrollado—. Pero tú y yo somos como los delanteros de la Italia que fue campeona del mundo, somos como Rossi y Altobelli contra Alemania —silbó alegremente—. Les pillamos a todos por sorpresa.

Salió de la habitación. Andrea tenía las pupilas clavadas, el tubo de la garganta silbaba.

Pietro apoyó una mano en el borde de la cama.

—Me llamo Pietro.

La apoyó sobre la sábana y en un extremo del cuerpo del muchacho, que era carne echada a perder. Se la puso sobre la frente.

Las pupilas de Andrea se alzaron. El portero se quedó mirándolas y vio que vibraban.

—Me llamo Pietro.

Lo repitió, después salió de la habitación. El estómago se le contrajo, abortó el vómito inhalando con fuerza. Se secó la frente. No había ruidos en la casa, solo el olor a carne asada. Se encontró al viejo en la cocina, en la misma silla, el vaso de vino lleno y el pañal de su hijo en el regazo. De repente se le escapó un jadeo.

–Me alegro mucho de que se hayan conocido, me alegro mucho... –colocó el pañal como pudo–. Dígale a su hijo, por favor, por favor dígale a su hijo que venga a vernos. Bastará con una sola visita, mi Andrea me lo repetía siempre, antes de volverse como está. Decía «Bastará con una sola visita, papá».

El viejo rebuznó como un asno, se limpió los mocos de la nariz y se dirigió a la habitación de su hijo. Cogió el magnetófono de bolsillo y volvió a donde estaba Pietro. Le daba vueltas entre los dedos como si fueran naipes, lo puso en marcha. La voz de Andrea se arrastró entre el zumbido de la cinta, el viejo alzó el volumen: «Me llamo Andrea Testi, tengo treinta y cuatro años y soy un regateador estupendo. Hacen falta unos buenos tobillos para regatear bien, y yo tengo buenos tobillos. Hace falta tener también buen ojo, mirar de frente al adversario, mirarlo de frente. Después tobillo balón tobillo. El ojo bueno lo sigo teniendo. Yo sé hacer regates bruscos, yo quiero seguir haciendo regates».

El gasolinero interrumpió la cinta. La hizo retroceder y le tendió la grabadora a Pietro.

–Su hijo lo entenderá, de mí no la ha aceptado, su hijo lo entenderá si se la da usted – insistió–. Se lo ruego.

Pietro no la cogió.

–Mi Andrea quiere volver a regatear.

El padre permanecía con el brazo tendido.

El portero aceptó la grabadora, la dejó caer en un bolsillo. El viejo dijo gracias, se levantó y se acercó al estante.

–Mi mujer y yo llevamos aquí toda una vida. Lo primero que hice nada más llegar fue plantar los dos granados –vaciló ante el plato en forma de tortuga–. Decían que en Milán nunca darían fruto y, por el contrario, recogimos los primeros el otoño en el que nació Andrea –escogió una de las granadas. Irregular y con la cáscara estriada. Se la dio–. Es lo que queda de nosotros tres.

Tosió y el pañal se le cayó al pavimento.

Pietro aceptó con dos manos el fruto, áspero y violento, después se encaminó hacia la puerta sin apartar la mirada de aquel padre extenuado. Ahora estaba agachado por el suelo.

La madre de la bruja la buscaba entre las tumbonas y cuando la vio entre las cabinas dijo pero ¿qué estás haciendo ahí, Celeste?

El cura joven resbaló de la colchoneta, el pelo se le llenó de arena, se puso de pie.

La madre se percató de él y dijo:

–Que Dios le bendiga, padre, si es usted capaz de enderezar a esta hija mía, porque anda que no hay culpas en ella, a montones, y desgracias también.

Pero él ya estaba lejos, corría dejando atrás la playa y cruzaba la explanada de delante del Grand Hotel, hasta alcanzar la fuente de los cuatro caballos. Pasó a la carrera por la avenida de la estación y por la plaza, llegó a la iglesia, castígame, subió a su habitación.

El ama le preguntó:

–*Tot apost?* ¿Todo en orden? ¿Tiene hambre?

Él se quitó los zapatos y los pies patalearon. Se arrodilló, después empezó por los costados. Se los golpeó, prosiguió por la espalda y bajó hasta las piernas, golpeando. Se acurrucó, encogió los pies, los encerró en sus puños.

Pietro salió de la casa de los granados y buscó su plátano, la impotencia ante la suerte de los hijos une a todos los padres, apoyó la espalda contra el tronco. Los distingue la devoción. Se miró las manos que rodeaban la granada, él nunca había sentido devoción por nadie. Se aferró al fruto, era duro y no pesaba, lo arañó con una uña. Siguió arañándolo durante todo el trayecto de regreso y, cuando llegó a casa, lo dejó sobre la mesilla. Sacó la grabadora del bolsillo y la puso en marcha, me llamo Andrea Testi, tengo treinta y cuatro años y soy un regateador estupendo, la apagó y marcó el número de los Martini en el teléfono de la garita. No contestó nadie. Volvió a llamar, estuvo sonando en vano. Cogió las llaves y salió al zaguán con un trapo empapado.

El único ruido era el del tráfico de la calle, se dirigió a las escaleras y subió a la segunda planta. Del piso del abogado salía el murmullo del televisor. Se desplazó hacia la puerta de los Martini, llamó al timbre y esperó. Tiró el trapo al suelo. Volvió a llamar, esperó algo menos.

Abrió.

La casa estaba en orden. Del perchero en forma de árbol colgaba un impermeable, en el parqué faltaban los libros, las muñecas habían desaparecido de la *chaise longue*. Cruzó el salón y echó un vistazo a la cocina, sobre la mesa sin recoger había un paquete de cereales, dos tazas y la botella de leche medio llena. Cerró bien el tapón y la metió en la nevera, acarició la ecografía de Sara sobre la puerta. Se acercó hasta el despacho del doctor. Abrió el cajón de las fotografías, robó para Anita la de la mujer y la recién nacida. Se la escondió en el bolsillo de la camisa e hizo ademán de volver sobre sus pasos. Pero, en cambio, se quedó quieto, después tiró del cajón que contenía la agenda. La encontró esa vez también y la hojeó. Luca había escrito otras notas diseminadas. Y, en la fecha del día: *Mamá dame fuerzas esta noche también*.

Lo volvió a leer y guardó la agenda. Probó con el cajón que le faltaba, pero seguía cerrado. Buscó el maletín de piel. El escritorio estaba invadido de hojas, el ordenador asomaba junto a un pisapapeles y un plato con el corazón de una fruta y un cuchillo. Buscó en el sofacito y debajo de la ventana del despacho, en el salón y otra vez en la cocina. En el dormitorio, las sábanas estaban en desorden, los guantes de lunares pendían de una silla como harapos y la camisa rosa de una percha que colgaba del picaporte del armario. Pietro abrochó el botón del cuello, te está como un pincel, y miró a su alrededor. El maletín de piel no estaba allí. El portafolio sí. Al lado de la mesilla. Lo cogió y abrió la cremallera, las dos llaves estaban aplastadas entre un paquete de caramelos sin azúcar y el recetario. Se dirigió de nuevo al despacho.

La primera funcionó. El cajón que le faltaba se abrió y Pietro vio que contenía un

ramillete de cinco ampollas de un líquido transparente. En el vial leyó el nombre de un medicamento. Al fondo encontró un lazo hemostático, un estetoscopio, unas gasas, un paquete de jeringuillas. Había algo más. Dos mensajitos sujetos con un clip. Abrió uno, *Al amor de mi vida que si no fuera por mí seguiría aún asomado a la ventana. Viola.* Llevaba una fecha de hacía cuatro años. Abrió el otro, *Te adoro cuando dices que quieres tener un hijo conmigo, mientras tanto, déjate amar. Viola.* La fecha de este era aún más antigua. Siguió rebuscando y notó un sobre, de papel de arroz, idéntico al suyo. No llevaba sello alguno. Tenía las esquinas como nuevas y la solapa desgarrada. Le estuvo dando vueltas un rato entre las manos, *Hijo mío* estaba escrito en diagonal. Abrió, no lo leyó de inmediato, se quedó mirando la caligrafía.

Luca:

Encontrarás esta nota cuando yo ya no exista. Estoy a punto de morir y, si no tengo miedo, te lo debo a ti. Te he pedido que me ayudaras, fue lo que me resultó más difícil, me dijiste que sí por amor. Ahora estoy lista. Quién sabe si Dios será tan guapo como nos lo enseñan, yo creo que no tendrá barba y el pelo cano hace mucho que se le habrá caído. ¿Será tan bueno como dicen? Ya veremos. Ten paciencia, siempre he sido una chica curiosa. Cuando lo decidas, me iré, pero estaré siempre contigo. Sé feliz, te lo ruego.

Tu mamá

Cerró el sobre. Le costó volver a meterlo en su sitio, cuando lo estaba colocando en el fondo del cajón, palpó otra cosa, comprendió lo que era y sintió de nuevo frío. Era un Cristo pulido sin corona de espinas. Lo aferró, la punta de la cruz le desgarró la piel.

Cerró despacio la puerta de los Martini y oyó un estruendo que provenía del patio. Miró por la ventana del rellano. Fernando era un ramo de rosas y Paola un traje de chaqueta color lila que corría tras él. El muchacho extraño cargaba con las rosas, protegiéndolas contra el pecho, y brincaba con su boina delante de su madre.

El portero esperó unos instantes, el frío en los huesos era aún más frío, recogió el trapo y bajó por las escaleras. Se topó con el abogado en la entrada del patio. Estaba embutido en su gabardina y se presionaba la frente con una mano.

–Nunca había visto tanta vulgaridad.

Pietro lo saludó.

–Me refiero a las rosas. Si ya nadie regala rosas. Y lo más tremendo es que nuestro Fernando está a punto de dárselas.

–¿A Alice?

–Ay, Dios mío, sí –Poppi se dio la vuelta. La cabeza le brillaba con un bronceado fresco–. Se las acaba de comprar su madre. O sea: cómo enviar al hijo al matadero. He intentado convencerla, pero me hubiera hecho falta que me respaldase alguien como usted, amigo mío.

–Estaba limpiando las escaleras.

Arrojó el trapo a un rincón.

–Hay que ver lo que le gustan esas escaleras... –Poppi cruzó el patio–. ¿Qué pensáis hacer vosotros dos con esas rosas? Yo las metería en un jarrón de casa y santas pascuas.

–Vamos a regalarlas ahora mismo.

Paola tomó del brazo a su hijo, Fernando levantó las rosas y saludó a Pietro.

–Hoy me caso con Alice.

Se dispuso a salir.

Cruzaron la calle todos juntos. Fernando agitó el ramo de rosas para detener a los coches. El bar bullía de gente agolpada en la barra, las mesas y las butacas estaban vacías. Escogieron el rincón cercano a la fotografía de Sophia Loren en *Dos mujeres*. Se sentaron, Fernando pifaba y el abogado lo retuvo.

–No es con flores como se conquista a las mujeres.

–Con flores –contestó el muchacho extraño.

–Debes ser amable –dijo Paola–. Tienes el encanto de tu padre.

–Pues sí que estamos bien –el abogado se volvió hacia el portero–. ¿Tiene algún plan para la inminente catástrofe?

Pietro estaba a un lado, aplastado contra el borde del sofá. El frío se había convertido en hielo. Cogió el ramo de rosas de las manos de Fernando, estaba algo chafado, lo

arregló como pudo. Después se quedó mirando a Alice, que estaba preparando dos cafés detrás del mostrador.

Fernando se levantó.

Poppi intentó retenerlo.

El muchachote empuñó el ramo, se ajustó la boina y se lanzó. Superó la mesita y se dirigió hasta el fondo del bar.

–Alice –llamó.

Alice estaba de espaldas, ordenando las botellas de licores, llevaba una diadema plateada y dos pendientes de perlas.

–Ahí vamos.

El abogado se tapó la cara y miró por entre los dedos.

Fernando, de puntillas sobre sus mocasines, exhibió el ramo y lo mantuvo en vilo sobre el mostrador.

–Alice.

Ella se volvió. Buscó algo al fondo del bar, Pietro le hizo un gesto, la gente se calló de repente.

Alice aceptó las flores, Fernando apoyó los codos sobre el mostrador, aguardando algo que no llegaba. Siguió esperando, con la cara morada y los pantalones que le oprimían sus muslos de buey.

La chica le dio otra vez las gracias, mientras dejaba las rosas sobre el congelador de los helados, y siguió limpiando las botellas de los licores. Fernando no se movió. Gimoteaba algo, se balanceó arriba y abajo como si estuviera a punto de saltar al otro lado del mostrador, gruñó.

–Voy a por él –dijo su madre.

–Ya voy yo –dijo el abogado.

Poppi se levantó. Se acercó al muchacho extraño, que no quería saber nada de moverse de ahí, le estuvo hablando y, poco a poco, lo convenció. Fernando corrió hacia su madre.

–Ven aquí, amor mío. Tú solo quieres a tu madre.

Paola le hizo sitio y le dio un beso en la mejilla.

El muchachote no la escuchaba, tenía la mirada clavada en el suelo, Alice, resollaba por la nariz, Alice.

–Tú solo quieres a tu madre –repitió Paola.

Fernando la dejó allí. Se lanzó contra el sofá y se acurrucó entre el respaldo y el costado de Pietro. Se estremecía, con las manos tensas como agujijones y el gorro torcido que le devoraba la cara. El portero lo acarició, volvió a acariciarlo y le puso un brazo alrededor de los hombros, despacio, presionándole levemente, le rozó una mejilla y subió hasta la boina. La levantó con cuidado y ante los ojos incrédulos de Poppi se la colocó como era debido. Después le cogió tres dedos. Seguían como agujijones. Se los acarició y poco a poco los fue cerrando. Se los volvió a abrir y le desveló cómo debía colocarlos para formar la sombra de un papagayo bajo la luz del bar de su amada.

La cama estaba hundida en el centro, Pietro se arrellanó en el colchón y durmió toda la tarde. A última hora llamaron, él no lo oyó de inmediato. Volvieron a llamar.

Se despertó, se incorporó.

—¿Quién es?

No contestó nadie.

Pietro abrió la puerta, un ojo de carbón se metió dentro.

—Sara.

La hija del doctor iba fajada en su abrigo y llevaba el pelo suelto. Sonreía con un dedo en la boca.

—Espera un momento.

El portero entornó la puerta y se puso un jersey encima del chándal. Se calzó las zapatillas, un dedo gordo le asomaba por un agujero lateral. Abrió.

La niña se asomó al cuarto. Tenía una mano cerrada detrás de la espalda y miraba por todas partes.

Pietro le dejó sitio.

—Es una casa muy, muy pequeña, para una sola persona.

Ella señaló las dos plantas al lado de la nevera y entró. Dio una vuelta alrededor de la mesa y se apoyó en la silla de paja. No dijo nada. Seguía escondiendo la mano cerrada. Se la enseñó de repente, abriéndola. Había un bombón medio derretido y una nota pegada.

—¿Para mí?

La niña se lo dio y se agachó hasta el suelo, para apretar el dedo gordo que salía del agujero de las zapatillas. Se reía, se rio Pietro también y después abrió el bombón. Tenía un papel dorado y trozos de almendra triturada. Se lo comió de un solo bocado y abrió la nota. Leyó en voz alta la letra del doctor: «Señor Pietro, estás invitado a mi cumpleaños de pasado mañana. ¿Vendrás?». Levantó la cabeza.

—Claro que iré. Muchas gracias.

Pero ella estaba ya al otro lado de la sala de estar, sentada al borde del colchón. Se balanceaba, resbaló hasta la zona hundida. Echó un vistazo a la mesilla. El sobre de papel de arroz estaba tapado por la granada.

—Te acompaño a casa, vamos.

Pietro intentó pillarla, pero ella se le escabulló y metió primero la cabeza en el baño, después brincó delante del dormitorio.

Él la precedió y cerró la puerta.

—Iré sin falta a tu cumpleaños. Con un bonito regalo.

La niña intentó entrar en la habitación.

–Con un bonito regalo.

Pietro la tomó en brazos y se la llevó a la cocina, la puso de pie sobre la mesa.

Ella se quedó mirándole desde allí arriba. Después empezó a alisarle la cabeza, le aplastó un mechón en la coronilla y se lo planchó entre las palmas de las manos, subió hasta el pelo que desde hacía años le cubría la calva. Intentó peinárselo, mientras él la sujetaba por las caderas, era un trocito de queso con la cara de Viola. La apretó contra su pecho y la niña soltó un gáñido.

–Con permiso... –por la puerta asomó el busto del doctor–. Sara, ya me he cansado de esperarte –entró–. Perdona la invasión, Pietro. Pero con ella siempre es igual, se entretiene.

–Ahora estoy oficialmente invitado al cumpleaños.

–Ahora ya no te quedan excusas.

La niña se echó a un lado y señaló la habitación cerrada.

–Tiene un cuarto de los secretos –dijo. Su voz era un susurro.

–Lo único que nos faltaba era el cuarto de los secretos.

El doctor se acercó a su hija y ella empezó a peinar a su padre también. Volvió al pelo de Pietro. Y otra vez al del doctor.

–Mamá te está esperando.

Sara hizo que la bajarán y agitó la mano para despedirse.

–Adiós, cariño.

El doctor le dio un beso y, cuando ella salió, comprobó desde la puerta que subía las escaleras.

–Lleva todo el día empeñada en darte la invitación.

–Es una niña silenciosa.

–Es muy curiosa.

Luca se enderezó el impermeable sobre los hombros, sostenía el maletín con dos dedos. Lo dejó sobre la silla, lo abrió y sacó un ramito de cinco gerberas algo chafadas.

–Eran para Viola, pero no se las he dado –las metió en un jarro vacío. Su cara, entremezclada con la sombra, cérea, no dejaba de lanzar ojeadas a su alrededor, como la de su hija–. ¿Duermes ahí?

Señaló la cama al fondo de la sala de estar.

–Me gustan los nichos.

–Y los cuartos secretos.

–Todo sacerdote tiene uno.

Pietro se acercó a la mesilla, sacó la grabadora del viejo gasolinero. Cuando se volvió hacia Luca, vio que se había sentado y que en la base de las gerberas había pétalos arrancados.

–¿Turno de noche, doctor?

–¿Guardas en tu cuarto secreto los pecados de los demás?

–¿Cómo dice?

El doctor arrancó otro pétalo.

–Que si guardas en tu cuarto secreto... –volvió a arrancar nuevos pétalos– los pecados que escuchabas siendo cura.

–Los pecados de los demás se olvidan –el portero llenó dos vasos de vino–. Los que guardo son los míos.

Luca se bebió el suyo de inmediato.

–Entonces tendría que tener un cuarto secreto yo también –se quedó mirándole–. Bien grande.

Ahora se le veía la cara. Era incapaz de mantener los ojos abiertos.

Pietro sacó el magnetofón y lo empujó sobre la mesa.

–El viejo gasolinero ha estado aquí.

–¡Te había pedido que no le hicieras caso! –gritó, y la voz no era la suya. Era un estertor espantoso. Empujó con un dedo el lado del micrófono, el magnetofón giró como una peonza. Le dio otro golpe. Lo encendió, sonó la voz, lo apagó de inmediato. Escondió la cabeza entre las manos y se la apretó–. ¿Has oído la cinta?

–La he oído.

–¿Te ha llevado a verlo?

El portero asintió.

–He conocido a su hijo, sí.

Luca levantó la cara.

–Andrea... –una de sus manos se acercó a las gerberas y empezó a ascender por los tallos. En cuanto llegó a las coronas, comenzó a arrancar. Arrancaba los pétalos uno a uno–. Los pecados de los demás se olvidan, eso es lo que has dicho, ¿no? –deshojó una gerbera, pasó a otra. Siguió arrancando–. Son nuestros pecados los que se conservan –solo quedó el tallo. Pasó a otra flor; cuando acabó, quedaban cinco tallos desnudos–. Tengo miedo.

Los pétalos se encrespaban sobre la mesa.

Pietro lo miraba fijamente.

–Lo sé.

–No, no lo sabes.

El portero se puso de pie.

El doctor dijo:

–Tengo que irme –pero se quedó allí.

Pietro se acercó y Luca se tapó la cara. El portero le retiró las manos y puso las suyas. Luca estiró el cuello, de su boca salió el graznido de una corneja, tomó aliento.

–No es en el hospital donde me esperan esta noche, no es en el hospital.

Pietro se sentó a su lado.

El doctor le miró.

–Yo esta noche soy incapaz.

Pietro lo sujetó.

Aquella noche, el cura joven se metió en la cama mientras el *fiuuu* del faro entraba

desde fuera. Se pasó una mano por el pelo, ya no había rastro de arena, pero del rostro de la bruja sí.

Se dio la vuelta, se deslizó fuera de las sábanas. Se vistió con ímpetu, perdóneme Señor, abrió el portal y corrió por la plaza, *fiuuu*, corrió por la avenida de la estación, recorrió el camino hacia la casa de la bruja. Se acercó, las ventanas estaban apagadas, excepto una en la parte de atrás. La luz se reflejaba en el techo, allí vio la sombra de una silueta agraciada, reconoció el pelo recogido en la nuca. Junto a la silueta aparecieron dos manos, que se entrelazaban. La sombra de las manos se transformó en un perro con la mandíbula abierta, en un papagayo con la cresta erguida.

Cogió un puñado de gravilla del suelo, lo lanzó contra el cristal.

El papagayo se deshizo y la bruja se asomó. Se quedó mirándole.

–Te has puesto la camisa elegante.

El cura joven permaneció con los brazos pegados a las caderas.

El castigo empezó ahí, con un dedo de ella haciéndole gestos de que esperara.

El doctor le preguntó si podía entrar en el baño, se enjuagó la cara mientras Pietro escondía el sobre de papel de arroz en el cajón de la mesilla. Cuando Luca volvió, sus ojos estaban hinchados y miraban la puerta cerrada de la habitación. Se volvió para marcharse y solo en ese momento se percató de que Pietro se había puesto el chaquetón. El doctor le hizo un gesto de despedida, el portero no se lo devolvió y salió detrás de él. Salieron al patio, Luca iba delante, la grabadora del gasolinero le abultaba en el bolsillo y el maletín le torcía la espalda. La sombra de Pietro le pisaba los talones. Por la calle, Luca caminaba como si fuera solo, aunque se volviera de vez en cuando para comprobar si el portero le seguía. Recorrió la calle que pasaba bajo la puerta antigua de la ciudad, prosiguió en dirección opuesta a la del hospital. Pietro iba un par de pasos por detrás de él, se reunieron en el semáforo, no se miraron y aceleraron el uno junto al otro. Recorrieron la avenida y llegaron a la catedral, de marfil bajo el crepúsculo ya casi extinguido. Borearon un lado de la plaza, siguieron por una calle adoquinada que acababa en un cruce de seis arterias, el doctor tomó por la que giraba en torno al castillo. Se acercó a la placa de los telefonillos de un edificio señorial con la fachada recién restaurada. Llamó, el portal se abrió de inmediato. Pietro permaneció a un lado. Por encima de ellos, dos águilas de piedra estaban acurrucadas sobre el balcón principal, una mujeruca asomaba por detrás de la del pico más consumido. Observándolos.

Luca se detuvo en el umbral, un instante, después entró. Dejó entreabierto el portal.

Pietro lo siguió.

El patio interior era un arriate en forma de rombo con una palmera en el centro que parecía a punto de quebrarse. Había dos bicicletas aparcadas y en un rincón una fuente pequeña protegida por un murete de azulejos⁶. El portero se sentó allí, la fuente perdía gotas que acababan en un posamacetas ya desbordado. Goteó otra vez, el doctor se introdujo por una puerta de cristal y subió por las escaleras cubiertas con una moqueta roja. En el primer piso, dos ventanas se encendieron.

Veinte minutos después, el doctor bajó del piso y se apoyó con la espalda contra el portal. El maletín de piel le colgaba del dedo índice. Pietro no se había movido de la fuente de azulejos, fue a su encuentro y le sostuvo el maletín. En la primera planta, las dos ventanas se habían apagado. Lo acompañó a la calle, después por la plaza de la catedral, en cuya cúspide la *Madonnina*⁷ desafiaba el cielo ennegrecido. Subieron por la avenida uno detrás del otro, sin aminorar el paso hasta el hospital. Cuando llegaron, el letrero de *Urgencias* estaba encendido.

–Quiero despedirme de Lorenzo, desde mañana empezará a ser tratado en casa.

El doctor cogió el maletín y levantó la cara, que era toda aristas. Dio un paso hacia Pietro, seguía de soslayo y no lo miraba.

–La mujer del balcón es su esposa. Él fue profesor mío en el instituto. Tiene un cáncer en el intestino. Está cansado –se ajustó mejor el impermeable–. La mujer me ha preguntado quién eras.

Pietro se abrochó el abrigo.

–¿Y quién soy?

–Eres el cura que mañana lo confesará.

–Ya no soy cura.

–Mañana, sí –el doctor se quedó embobado con el letrero de *Urgencias*–. Porque mañana yo le ayudaré a morir.

En ese momento miró al portero y por primera vez lo vio de verdad. Pietro era un hombre diminuto que la noche era incapaz de cubrir. Luca lo buscaba con los ojos espantados, los entrecerró, cruzaron juntos la verja del hospital. Llegaron hasta la entrada del palacete.

–¿Vendrás? –le preguntó el doctor, y desapareció sin aguardar respuesta. Pietro no se movió. Buscó un apoyo, el aliento no lo sostenía, se sujetó en uno de los árboles. Después levantó la cabeza, las ventanas eran lumbres. Buscó la del primer piso, convencido de que lo vería, y, en efecto, lo vio. Lorenzo estaba pegado al cristal. Pietro tomó aliento y lo saludó con la mano colgando de la nariz, el niño se aplastó contra la ventana pero no se decidía. Al final, le correspondió, hizo el gesto de su trompa.

Pietro volvió a la calle sin entrar en el servicio pediátrico. Se detuvo en la acera, una ambulancia pasó a su lado y las luces de alarma lo tiñeron de azul turquesa. Cuando se apagaron en la rampa de urgencias, se encaminó hacia casa. Caminó sin prisas, el jadeo lo obligaba a detenerse, me necesita. El cansancio lo ahogaba, lo ahogó incluso cuando llegó a la garita y se sentó en su cocina. Palpó el cajón de la mesa y lo abrió sin bajar la

cabeza. Siguió palpando hasta que encontró una bolsita que contenía unos restos de pan. Estaba seco, lo dejó sobre la mesa. Cortó una rebanada tan fina que casi no se veía. La conservó sobre la palma de la mano mientras se servía medio vaso de vino de la botella que se había traído de la playa. Con el pan y el vino se dirigió al baño y delante del espejo vio cómo era su llanto. Dos riachuelos que acababan en el cuello de la camisa. Tomó el pan, lo partió, comió. Tomó el vaso y bebió. La papilla le hinchó las mejillas, me necesita, engulló.

La bruja abrió la ventana y salió por ella. Se agarró al canalón, ten cuidado, le dijo el cura joven. Ella empezó a bajar, las brujas vuelan, ¿es que no lo sabes? Él seguía encandilado, con las manos abiertas y listas para salvarla.

Ella fue bajando despacio, la falda se le subió antes del último salto y él vio dos piernas ahusadas con cuatro tiritas en una rodilla.

–Mi madre no quiere que salga.

Le tomó de un brazo, estaba frío. Se lo calentó restregándosele y a él se le escapó una mueca. Se lo restregó con más fuerza y él se rio.

–Ven... ¿Te llamas Pietro, verdad?

Le acompañó a la calle, ella corría sin hacer ruido, una libélula que arrastraba un caballo. Se apresuraron por el paseo y por el puente de Tiberio, lo cruzaron y prosiguieron por la cuesta de grava del parque. Había un farol y un banco, cuatro árboles oscuros que perdían sus hojas. Él no se sentó, la bruja sí, y las hojas dejaron de caer.

–¿No habías visto nunca unas piernas de Milán?

Levantó las manos hacia la luz de la farola. Sobre la gravilla apareció la sombra desenfocada de diez dedos. Se cerraron en un puño y se transformaron en un papagayo. Después un perro, que ladró.

–Muerde a los curas –dijo ella.

–¿Quién te ha enseñado?

–Mi padre.

La bruja le acarició los dedos, se los extendió desde la palma hasta la uña. Eran larguísimos y de hierro.

–Se ve que solo los utilizas para rezar.

Le acarició el dorso, los expuso a la luz. Y mientras él le miraba los labios, sobre el suelo se proyectó una especie de papagayo sin cresta. La bruja le extendió el medio y el anular, apareció la cresta.

–Mueve el pico –dijo ella.

Él movió el pulgar.

El pico del papagayo se entreabrió mientras el cura joven buscaba la boca de la bruja.

Esa noche, después de oír que su hijo volvía del hospital, Pietro enfiló por las escaleras y subió despacio hasta la puerta de hierro de la quinta planta. La abrió con esfuerzo y salió. De las cuerdas colgaba un muro de sábanas húmedas, todas blancas, pasó por en medio y notó el frescor en la cara, llegó a la balaustrada. La calle era un intestino desierto, el cielo una colcha sin luces. Mantuvo los ojos en lo alto, ¿iré mañana a casa del

profesor? Se lo preguntó al único padre que había tenido en su vida y que llevaba toda una vida mudo y cobarde. Se quitó el abrigo, se remangó la camisa. Caminó hasta el centro de la terraza y se metió entre las sábanas, extendiendo los brazos.

A la mañana siguiente, Pietro salió con la Bianchi y pedaleó lentamente hasta la tienda de Anita. Seguía cerrada aún. Esperó montado con un hombro contra el muro y los zapatos en los pedales.

–Pietro.

Se la encontró delante de repente.

Él sonrió y le quitó las llaves de la mano, para ayudarla con el cierre metálico.

–Estaba a punto de ir a verte, sinvergüenza. Siempre tienes el móvil apagado y...

–Quisiera preguntarte una cosa.

Le dio un beso en la cabeza y la acompañó dentro.

Anita llevaba un vestido con un lazo en la espalda.

–¿Qué ha ocurrido? –se puso detrás del mostrador y encendió los focos de la tienda–. Cuéntame.

Pietro alargó una mano hacia el mazo de cartas, que estaba rodeado por ovillos de lana.

–Baraja.

–Pero si nunca has creído en estas cosas.

–Baraja, te lo ruego.

Ella se rio, se contuvo, se rio. Barajó sin dejar de mirarlo, era un niño con los ojos devorados por el sueño y por la impaciencia.

–Nunca has creído en nada.

Le tendió el mazo. El portero cortó por la mitad.

Anita miró la carta del fondo.

–Lo estás desafiando.

–¿A quién?

–A Dios.

Ella le enseñó la carta, era una mujer que forzaba la quijada de un león. Descubrió también la del medio, un hombre en un trono.

–Lo estás desafiando por él.

–El Emperador.

–Tu hijo –desplegó el mazo sobre el mostrador, las cartas llegaban hasta los ovillos. Resopló–. Sea lo que sea lo que vayas a preguntarme... –se mordisqueó una uña–. La respuesta es no. No lo hagas.

–¿No?

–El Señor no perdona dos veces.

Pietro no hizo caso a las cartas de Anita. Se pasó el resto de la mañana supervisando los preparativos del cumpleaños de Sara en el patio del edificio, el mago Nicolini había empezado a montar un pequeño escenario para la función del día siguiente. El abogado se presentó hacia las once con un folleto en la mano y la cara de sus peores días.

–Menudo desastre, amigo mío. Parece ser que Fernando no quiere volver a pisar el bar.

–Ya se le pasará.

–Esperemos. Entre tanto... –le enseñó el folleto con dos jinetes a caballo– me he consolado con el regalo para Sara: un curso de equitación. Hay que educarlas desde el principio –soltó una risita–. ¿Usted en qué regalo está pensando?

Pietro se mordió un labio.

–Si se le ha olvidado, puede siempre sumarse al mío.

Poppi le dejó el folleto y se plantó en el patio para vigilar los preparativos. Permaneció allí más de una hora, no subió a su casa hasta que el prestidigitador se hubo marchado.

Pietro se quedó incluso después. Se puso a barrer hasta que vio al doctor bajando las escaleras. Entonces se reunió con él en el zaguán, le saludó. Le abrió el portal y le dijo voy con usted. Después, como la tarde anterior, se puso a su lado en el trayecto hasta la casa del profesor. Se detuvieron bajo el balcón señorial, la mujeruca estaba allí, arrebujada en su abrigo con la cara más gris que las dos águilas de piedra. Volvió a entrar en casa y Luca dijo:

–¿Por qué has aceptado?

–¿Por qué me ha pedido que viniera?

–Por mi madre.

El doctor se introdujo en el edificio. Pietro se demoró en la calle, intentaba frenarse las manos con las manos, después cruzó el patio. La fuente de azulejos seguía perdiendo agua, más adelante le estaba esperando Luca, era una zancuda en equilibrio sobre los escalones. Subieron juntos, se detuvieron ante una puerta con una placa de latón. Estaba escrito *Morelli-Lai*, la puerta se abrió sola.

–Buenos días.

La mujeruca de las dos águilas los recibió e inclinó la barbilla cubierta por una rala pelusilla. Era una ramita reseca por los años. Miró a Pietro, miró al doctor.

–Por aquí.

Señaló el salón a mitad del pasillo. Las paredes estaban forradas de litografías y de dos tintas chinas de Milán hechas en el siglo pasado. Sobre un arcón ardía un bastoncillo de incienso.

–Por aquí.

Alguien tosió al fondo del pasillo, los carraspeos se extinguieron en un estertor.

–Mi marido puede cambiar de idea, ¿verdad? –preguntó ella.

Luca mantuvo la mirada en el águila de piedra más allá del ventanal del salón.

–Puede cambiar de idea cuando quiera.

Dejó el maletín de piel sobre la mesa y vistió la silla con el abrigo.

–Mi marido no es creyente –la mujer se volvió hacia Pietro–. Yo sí.

–Me hace falta la firma del profesor –Luca le dio una hojita de papel–. También me hace falta un vaso.

Ella leyó la hoja y preparó lo que hacía falta, después salió del salón. Luca extrajo del maletín dos ampollas transparentes, un lazo hemostático, un frasquito. Pietro permaneció junto a un secreter adornado con una ensaladera repleta de bombones. Encima había una repisa con una fila de discos de los años setenta, De André, Venditti, Dalla; al lado, una mesa con un libro de poesía y un Evangelio desencuadernado. Tenía como marcapáginas un billete de autobús.

Luca se puso unos guantes de plástico y vertió en el vaso unas gotas del frasquito. Miró a Pietro.

–Lo hice también con mi madre.

Sacó una jeringuilla y un estetoscopio.

La mujeruca había vuelto con la hoja firmada, se apoyaba contra el marco de la puerta y, en cuanto Luca le hizo una señal de asentimiento, lo acompañó a ver a su marido.

–El doctor está aquí, Luigi –susurró, pero no entró con él. Siguió adelante y se metió en el baño.

La voz cansada masculló:

–Doctor.

–Ha venido conmigo un amigo. Su mujer me ha dicho que le gustaría intercambiar unas palabras con él.

Pietro se detuvo en mitad del pasillo y el profesor dijo no voy a hablar con nadie, explíqueme lo que he de hacer.

–Beba del vaso. Después vendré yo.

La mujeruca salió del baño, caminaba pegada a la pared y se acercaba a la habitación de su marido, entró.

–Ven aquí, amor mío –dijo el profesor.

Luca se apartó.

Y en la casa de las dos águilas se oyó el llanto de ella. Gañía como un animalillo, piénsatelo mejor, su lamento se le quebraba en un piar sordo. La mujer abandonó la habitación de improviso y comenzó a retroceder hasta Pietro. Él abrió un brazo y la acogió, retrocediendo juntos hasta el salón.

–Dígame que volveremos a vernos, padre.

Pietro no la miraba.

–Dígame que volveremos a vernos.

El doctor se reunió con ellos y se inclinó hacia la mujer.

–Si quiere, puede ir a hablar con él, señora. Acaba de beber.

–¿Qué ha bebido?

–Sedantes.

La mujeruca se marchó y Luca cogió las dos ampollas de la mesa. Las preparó y llenó la jeringuilla, volvió a la habitación del profesor mientras Pietro cogía un bombón con envoltorio rojo de la ensaladera. Se lo metió en el bolsillo y se encaminó hacia el pasillo. Escuchó la voz cansada silbar, la de la mujer se encalló.

–Te amo.

La respiración del profesor ascendía, se vació con un resoplido, volvió a ascender. Tuvo un arranque de tos. Después la respiración se apagó, y en la casa de las dos águilas ya no se oyó nada.

Luca salió con la jeringuilla apuntando al suelo, no miró a Pietro y desapareció en el salón. El portero dio unos pasos y se asomó a la puerta de la habitación. Lo vio. Un esqueleto con la barba recién afeitada. La mujer lo sujetaba con sus brazos cortos, acunándolo, y una pierna del hombre se deslizó hacia abajo. Las uñas de los pies estaban perfectas.

–Bendígalo –imploró la mujer–. Bendígalo –no dejaba de acunarlo.

Pietro se arrastró frente a aquel anciano con la piel verduzca y los ojos abiertos. Se los cerró.

–Bendígalo.

Y el cura lo hizo.

El cura joven buscó la boca de la bruja y la sombra del papagayo se deshizo. Ella se echó hacia atrás y él susurró perdóname, no sé lo que hago.

–Has intentado besarme.

–Soy un sacerdote.

–Pero tienes labios.

–Soy un sacerdote.

–Que baila claqué.

Él clavó los pies en la gravilla.

Y ella giró los suyos.

–Dicen que no tuviste elección al juntarte con Dios.

–Me encontraron delante de un convento. Soy un huérfano que no ha tenido otro padre –se restregó los labios–. ¿El tuyo dónde está?

–Y quién lo sabe...

–¿El novio sabe lo de tu hijo?

La bruja se acarició la tripa y meneó la cabeza. Después le cogió de la mano y corrió con él hasta el puente de Tiberio. Se detuvieron delante de una fonda con la verja metálica medio echada. La bruja llamó y un hombre con una escoba en la mano se asomó.

–¿No tendrá usted dos bombones? –dijo ella.

–*L'è cius, ta n vèd?*⁸

–Si pudiera ser de chocolate amargo...

El hombre agitó la escoba.

–*Un'è lavora tot e' dè e la sera u j toca parlè s'i mat*⁹.

Desapareció en el interior y volvió enseguida, le dio dos bombones.

Al cura joven le tocó el del envoltorio rojo, ella le miró masticar y tragar.

–¿Quieres el mío también?

Él asintió.

La bruja se lo desenvolvió y le dijo tienes la boca sucia. Le limpió una comisura de los labios con el dedo pulgar, al otro lado de la calle se oyó la voz de su madre gritando.

La mujer del profesor inclinó la cabeza para despedirse y ellos salieron del piso, en la calle se dieron cuenta de que estaba lloviendo. El doctor sacó del maletín un paraguas y se lo dio a Pietro, sacó también el magnetofón del viejo gasolinero.

—Con él no puedo. Devuélveselo tú, por favor.

Se puso en camino, se detuvo un momento y dijo gracias. Se lo repitió, gracias. Después giró por el paseo de los castaños de Indias y se confundió entre los paraguas de los demás. Antes de abrir el suyo, Pietro desenvolvió el bombón. Era amargo, el sabor agudo se le pegó al paladar mientras volvía hacia casa. Tardó bastante en llegar y, cuando ya estaba cerca de la calle de su edificio, fue en dirección contraria. Prosiguió hacia la universidad y bordeó las vías del ferrocarril hasta la casa del viejo gasolinero. Pasó por delante de la estatua de Blancanieves, mientras detrás de la verja los granados chorreaban lluvia. Siguió por la avenida principal, la estación de servicio estaba en la esquina. Había dos coches en fila y una marquesina de plástico que apenas lo protegía. El viejo estaba atendiendo, la manguera, a causa del peso, lo hacía inclinarse. Avistó a Pietro y se precipitó a su encuentro.

—Oh, qué sorpresa, qué sorpresa.

Se limpió la mano en los pantalones y se la estrechó al portero.

—¿Qué tal, Pietro?

El claxon del coche al que atendía empezó a sonar.

—Menudas prisas. ¿Es que no pueden esperar un momento? Entre tanto, pase usted, por favor.

Señaló una especie de vagón contenedor, con el nombre de la marca de gasolina, y corrió a acabar de servir. Tenía unos brazos como látigos, que movía como un molinete en torno al surtidor. Volvió hacia él tosiendo.

—Cuarenta años de cigarrillos —se tapó la boca—. Entre, Pietro, hágame el favor.

Pietro no entró.

El encargado entró solo, el contenedor estaba amueblado con dos taburetes y una hilera de latas de aceite para motores.

—¿Se acuerda de la historia del hombre que solo quería quedarse fuera?

—No, no la conozco.

Carraspeó.

—Pues está este hombre que desde que el mundo es mundo tiene pavor a que se le caiga algo sobre la cabeza, de modo que se pasa el mayor tiempo que puede fuera de casa, fuera de la oficina, fuera del bar al que va con sus amigos. Como mucho, se queda a medias, con un pie dentro y otro fuera, como usted ahora. No le importa que su mujer

esté a punto de abandonarlo, que estén a punto de echarlo del trabajo o que sus amigos le tomen el pelo. Se siente feliz porque nada puede caerle sobre la cabeza –el viejo sacó una botella de un mueblecito, sirvió un dedo de licor en dos vasos de plástico–. Un día transmiten un partido por la televisión y nuestro hombre va, como siempre, a verlo al bar, mejor dicho, desde fuera del bar, porque sus amigos colocan el televisor de forma que él pueda verlo por el ventanal. Ese día está lloviendo, pero él permanece con el paraguas sobre la cabeza y los ojos fijos en el partido. De repente, cae un rayo y lo alcanza de lleno –el gasolinero abortó una carcajada y se bebió el licor–. Un rayo que le deja seco, ¿lo entiende? Le da de lleno, ¿se lo imagina? –ofreció el otro vaso al portero–. Supongo que no querrá recibir un rayo en plena cabeza usted también...

Pietro apretaba la grabadora en el bolsillo. Cerró el paraguas y entró.

–He estado hablando con mi hijo.

En la pared del contenedor había un calendario del Inter, el viejo se levantó tambaleante y le dio un golpe.

–Ah, se lo ruego, cuénteme –empezó a toser tapándose la boca con la mano, cuando la retiró estaba velada de saliva. La ocultó–. ¿Ha escuchado su hijo la cinta de mi Andrea? Dígamelo, se lo ruego.

–Tendrán que tener un poco de paciencia –Pietro dejó la grabadora en el bolsillo–. Antes o después aparecerá.

–¿Está seguro? –el viejo se acercó a él, le sujetó por un brazo–. ¿Está seguro?

–Tendrá que tener un poco de paciencia. Y debe dejarle en paz.

–Claro, claro que sí, toda la paciencia que haga falta. No sé cómo agradecersele, a usted y a su hijo, toda la paciencia que haga falta, no sé cómo agradecersele.

Pietro salió del contenedor, cogió el paraguas y antes de abrirlo miró al cielo. Estaba despejado de rayos.

La madre de la bruja gritó ¡Celeste!, cruzó el puente y se acercó a su hija.

–Es culpa mía.

El cura joven dio un paso adelante.

–Usted, padre, manténgase alejado de este castigo.

La bruja se arañó el vientre y sus piernas de bailarina se cruzaron, de sus ojos cayeron dos gotas.

También de los ojos de la madre cayeron dos gotas.

Los de él permanecieron secos. La vieron alejarse de puntillas, arrastrada a empujones por quien la había traído al mundo. Desapareció entre la calima que venía del mar, mientras volvía a oírse el *fiuuu* del faro.

En la noche que los separaba del cumpleaños, Pietro se despertó a causa de la pesadilla que llevaba toda la vida persiguiéndole. Abrió los ojos y en lugar del barco sin mar vio la Bianchi centelleando a causa de los rayos. La pesadilla resistió y llegó un trueno. Aguardó al siguiente y, en cuanto explotó, se envolvió en la manta y se acercó a las dos plantas a la derecha de la nevera. Las sacó fuera y las colocó con las demás junto al escenario que había montado el prestidigitador. Aguardó la lluvia junto a ellas, con la manta sobre los hombros.

La lluvia no llegó, Fernando sí. Lo reveló un rayo, el muchachote iba en pijama y con su boina. Permanecía pegado al muro, como un ladrón, recorrió uno de sus lados y se detuvo bajo el nicho de la Virgen. Se puso de puntillas, intentando aferrar la estatua. No la alcanzaba, brincó, siguió sin alcanzarla, se arrodilló y mantuvo las manos en posición de súplica, cuando el cielo relampagueó, se tapó los ojos y se incorporó. Arrastró una pila de sillas amontonadas. Montó encima y cogió la Virgen por los brazos. Osciló, de la boca le salió un gruñido, osciló otra vez y se asió al velo de yeso.

A Pietro no le dio tiempo a nada, estalló un trueno y Fernando perdió el equilibrio. Aterrizó con la estatua sobre las cajas con los adornos para la fiesta del día siguiente.

–Fernando... –Pietro lo socorrió–. Fernando.

El muchachote estaba inmóvil. Apretaba a la Virgen contra su cuerpo y farfullaba.

–Mamá está llorando –tenía las gafas torcidas–. Mamá dice yo ya no me rio, yo ya no vivo. Es culpa tuya, hijo mío, culpa tuya.

Pietro le ayudó a levantarse.

–Ven.

Lo tapó e intentó llevarlo a su casa, pero él no se movió. Se quedaron en el centro del patio y la lluvia empezó a caer.

–Vamos, Fernando.

Se subió la manta por encima de la cabeza, el muchachote y él estaban temblando y se miraban los pies, cegados por los rayos, los calcetines de algodón en las zapatillas agujereadas de Pietro, las chanclas de playa de Fernando. En medio, la Virgen, con el velo descascarillado y la aureola torcida.

–Devolvámosla a su sitio –dijo el portero.

Fernando no la soltó.

Pietro se le acercó a un oído.

–Pídele lo que quieras por última vez, después la pondremos en su sitio.

El cielo tronó.

–Que mamá se ría.

La lluvia caía en diagonal sobre ellos junto a algo más que no era agua. Eran conchas de caracoles. Caían de la hiedra.

–Ahora déjala, Fernando.

Él no le obedeció.

–Tú también pídele lo que quieras.

El fragor de la lluvia se atenuó.

–Pídele lo que quieras –repitió Fernando.

La manta empezaba a pesar a causa del agua fría. Pietro se la quitó y vieron que la niebla se había extendido por todas partes. Los engulló, el portero avanzó con la estatua entre las manos y los restos de conchas bajo los pies, volvió a colocarla en el nicho, las hojas de la hiedra vibraban por el viento. La lluvia resbalaba por la cara negra de la Virgen.

Llevó a Fernando a su casa. Hizo que se sentara en la cocina y le dijo espérame aquí. El muchacho extraño tenía la cara roja y la boina empapada, cuando Pietro volvió con una toalla, se lo encontró curioseando en la nevera.

–¿Tienes hambre?

Fernando se ajustó las gafas.

–Tengo ganas.

–Pues subamos entonces a casa de tu madre.

–Tengo muchas ganas.

Lo acompañó al baño. Antes de entrar, el muchachote se quedó mirando la Bianchi entre la cama y el armario.

–Duerme contigo.

La señaló y se dirigió al lavabo.

Pietro volvió a la cocina. Puso a calentar una cacerolita de leche y sacó de la despensa unas galletas que le quedaban, las dejó sobre la mesa. Después se frotó la cabeza con la toalla mientras en el baño seguía gorgoteando el agua.

–Fernando, ¿has acabado?

Fue a ver, el baño estaba abierto. Su habitación, con la puerta de par en par. Se acercó rápidamente, el agua corría en el lavabo, Fernando no estaba. El portero cerró los grifos y salió, entró en la habitación. El muchachote había encendido la lámpara y permanecía embozado delante de la maleta.

–Tres, cuatro... –estaba contando las cajas.

Pietro lo zarandó, intentó sacarlo de allí.

–Vámonos, que es tarde.

–¿Son tus tesoros?

El portero le ajustó el pijama y le ató los zapatos.

–Vámonos.

Fernando se quedó mirándole.

–Los has robado en casa del doctor Martini.

Después rozó la caja abierta e hizo ademán de coger algo de ella. Tocó el timbre

oxidado, las notitas, los sobres, el envoltorio rojo del bombón que había conservado desde aquella tarde.

–Te llevo a casa, Fernando.

Entonces el muchachote cerró el puño y estiró tres dedos como había aprendido a hacer en el bar de Alice. Los colocó delante de la lámpara, sobre la pared apareció una sombra emborronada.

Pietro le enderezó el dedo índice y el borrón se transformó en un papagayo renqueante. El muchachote lo deshizo y abrazó a Pietro con toda su fuerza de toro, el olor a leche requemada les llegó desde la cocina.

Hasta primera hora de la tarde, Pietro permaneció encerrado en casa. El abogado llamó y dijo solo quería advertirle de que hay un energúmeno apartando sus plantas porque no encajan en su esquema de cumpleaños, Pietro, ¿me oye?

Pietro lo oía, tenía un pañuelo en la nariz que le chorreaba y el bolígrafo ante un crucigrama, uno horizontal, *palabra leída de izquierda a derecha y al revés*, diez letras. No contestó al abogado, igual que no había contestado a los del montaje que esa mañana le habían estado buscando para los adornos. Se había quedado en la cama hasta que oyó al doctor decirle a Viola: «Voy a la pastelería a preguntarlo, tú vigila que coloquen las sillas en forma de espiguilla».

Pietro escribió *p* en la primera casilla del uno horizontal y estornudó, después se acercó al chiscón. Por las rendijas de la cortina vio llegar al primer invitado. Era un niño entrado en carnes que no se arriesgaba a adelantarse, iba con un regalo más grande que él y dos padres recién salidos de la sastrería. Viola estaba en el zaguán, se agachó y tras haberle acariciado hizo que se pusiera un sombrerito en forma de cono.

–Subid si queréis al segundo piso, están mis padres, yo subo enseguida, después ya bajamos, que por suerte ha vuelto a salir el sol.

Se quedó en un rincón y, en cuanto los invitados subieron, se apoyó contra la pared. Envuelta en una capa oscura, sujetaba el montoncito de sombreros de las gomas, y al dejar caer los brazos por los costados, los sombreritos golpearon contra el suelo.

Pietro se acercó a la mesa y abrió el cajón, sacó el brazalete de cuero de Riccardo y salió de la garita. Se volvió hacia el patio, el prestidigitador Nicolini estaba ensayando sobre el escenario delante de las plantas amontonadas en un rincón. El portero le enseñó el brazalete a Viola.

–¿Tiene idea de quién ha podido perderlo? –estornudó.

Viola se quedó mirándole.

–¿Es un resfriado de bicicleta?

–De la lluvia de ayer por la noche.

Ella cogió uno de los sombreros de papel y se lo ofreció a Pietro.

–¿Vas a venir al cumpleaños? A Sara le hace mucha ilusión.

Él insistió con el brazalete.

–Hay una fecha grabada: *14-9-2008*, ¿tiene idea de quién ha podido perderlo?

Ella se puso el sombrerito en su sitio, le quedó torcido, se le deslizó sobre la cara. No se lo colocó, seguía apoyada contra el muro con aquel cono de papel brillante que le tapaba el rostro. Cuando lo enderezó, sus ojos relucían. Se lo colocó mejor y una lágrima manchada de maquillaje le resbaló hasta el pómulo. Se limpió.

–Perdóname, es una época un poco particular.

De repente le cogió un faldón de la camisa. Pietro la había visto por primera vez dos días después de su llegada al edificio. La mujer del doctor se había presentado tomando una de sus manos entre las suyas. No le dijo nada, se limitó a sonreír. Paola le había advertido de que el doctor Martini estaba enamorado de una coquetona con el corazón solo para sí misma y vestida con papel de regalo.

Le quitó el sombrero.

–Fernando y yo tenemos una sorpresa para Sara.

Viola soltó de repente el faldón de la camisa y escondió el brazo detrás de la espalda. Miraba fijamente algo a espaldas de Pietro.

El portero se dio la vuelta.

El doctor estaba en la entrada.

–Ya vienen para acá con los manjares, dentro de diez minu...

–Perfecto.

Viola se apresuró escaleras arriba mientras el prestidigitador sacaba de la chistera un bastón con la empuñadura de plata. Luca se acercó a Pietro, vio el brazaete en su mano. El portero se lo tendió. –Debe de haberlo perdido Riccardo. –Pues que venga él a recogerlo.

Una vez que el doctor entró en casa, Pietro fue a buscar a Fernando. No le hizo falta llamar, Paola estaba en la puerta con unos zapatos color púrpura. Se colocó el fular de seda en cuanto lo vio.

–Han invitado a media ciudad.

El portero pidió permiso para entrar, ella se apresuró a cerrar la puerta que separaba el salón de la zona de noche.

–Adelante.

–Quisiera preguntarle una cosa a Fernando.

–Se ha puesto malo. Siempre duerme destapado y ayer por la noche se pilló un resfriado de campeonato –le miró la nariz morada–. ¿No me digas que te has puesto malo tú también?

Del piso de los Martini llegaban las voces de los invitados, Pietro se introdujo en el vestíbulo que olía a flores marchitas. Llegó al salón-cocina, la habitación rebosaba de bagatelas de bisutería y había un belén perenne sobre musgo sintético.

–¿Por qué no subes a cenar una de estas noches? –Paola dio dos pasos hacia él–. Fernando te quiere mucho. Ha cambiado desde tu llegada.

–Me gustaría hablar con él ahora.

–Todos hemos cambiado un poco desde tu llegada.

–Me gustaría hablar con él.

Paola bajó la mirada y desapareció en la zona de noche, los invitados empezaban a bajar al patio. Pietro se acercó a la mesita donde había visto rezar a Fernando. Las mantas estaban apiladas sobre el sofá.

Ella regresó.

–Está descansando. Ahora viene...

No había terminado de decirlo cuando un repiqueteo resonó en la puerta de cristal, el muchachote tenía la cara aplastada contra una de las ventanillas. Paola se le acercó.

–Vuélvete a la cama, que estás hecho papilla.

–No estoy hecho papilla.

Fernando abrió y pasó por debajo del brazo de su madre, saludó a Pietro. Tenía los ojos tumefactos a causa del resfriado. Se había vestido con un cárdigan y mocasines. Arrastró al portero a dar una vuelta por la casa.

–Elige un tesoro mío.

–No empieces, Fernando –dijo Paola.

El portero se inclinó hacia él.

–¿Te acuerdas del regalo para Sara?

–El regalo.

–¿Qué regalo? –Paola alargó el cuello entre los dos.

El muchachote estiró tres dedos, se los enseñó a su madre.

–Pietro, dime que no tiene nada que ver con esa pobre chica del bar.

Cuando salieron al descansillo, Fernando se precipitó escaleras abajo, Paola fue detrás de él.

–¡Tápate, que estás malo!

Pietro se detuvo ante la puerta de los Martini, estaba medio abierta y dentro se entreveían las mesas puestas con los manteles color rosa y las pilas de vasos de plástico. La voz del doctor llegaba débil. Decía:

–¿Cuáles son los valores de la hemoglobina? ¿Las plaquetas aguantan? ¿Hay blastos en la fórmula?

Pietro bajó, los invitados se habían sentado y ocupaban las sillas dispuestas en diagonal. Viola estaba junto a su madre, saludó a Sara en la primera fila, circundada por otros niños y por Fernando. Riccardo estaba hablando con Paola entre el escenario y una especie de tumbilla que servía de sostén para un altavoz.

–¡Muy buenos días a todos, niños y niñas, señores y señoras!

El prestidigitador Nicolini llevaba un esmoquin con una pajarita amarilla y una chistera reluciente. Enseñó las manos vacías al público, las cerró y las abrió tres veces, a la cuarta apretaban una empuñadura de plata. La sacudió y de ella surgió un bastón. Los invitados aplaudieron y aplaudió también el abogado, Poppi se hallaba al otro lado del patio con Teo Morbidelli en brazos.

–Vamos a ver, ¿quién quiere ser mi ayudante mágico?

Nicolini señalaba al público con el bastón, todos los niños agitaban los brazos para que los eligiera. Incluso el abogado los meneó. El prestidigitador escogió a la agasajada.

–Un fuerte aplauso para Sara, una maga muy especial.

La niña buscó con la mirada a su madre y se echó a reír, buscó a su padre pero no lo vio. Después subió al escenario con expresión tímida.

Luca bajó al patio cuando su hija estaba haciendo el gran encantamiento. El doctor

tenía el móvil en un oído y miraba cómo Sara agitaba una varita mágica que le había dado el prestidigitador. La dirigía contra la chistera, repetía abracadabra y todos los invitados corearon también abracadabra hasta que Nicolini extrajo de la chistera una paloma que se acurrucó sobre el hombro de la niña. Ella cerró los ojos del susto, los invitados estallaron en aplausos. Luca apartó el teléfono e incitó a su hija, después hizo un gesto a Viola para que se acercara. Le dijo algo, hablaron un momento en voz baja, él se alejó solo y subió las escaleras.

Pietro abandonó la función al darse cuenta de que el doctor no volvía. Se metió en el zaguán y levantó la cabeza hacia el hueco de las escaleras, no había nadie. Solo se oía al mago Nicolini que anunciaba el número de los pañuelos voladores. Subió hasta el segundo piso. La puerta de los Martini seguía entreabierta, Luca iba y venía en el salón con el impermeable sobre un hombro, afanándose con el maletín de piel.

Pietro llamó.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Lorenzo... —el doctor jadeaba—. Ha empeorado, me han llamado los médicos que le tratan en su casa. Tengo que ir inmediatamente —desapareció en la cocina y volvió con tres bandejas de pastelitos que colocó al tuntún sobre una de las mesas—. Sara no me lo perdonará nunca... pero por lo menos que se lo encuentren todo listo —decía—. Todo listo.

Iba tan deprisa que una bandeja casi se le resbala, pero la cogió al vuelo. La apoyó sobre la mesa y quitó el envoltorio.

—Ya me encargo yo.

Pietro le quitó de las manos el otro azafate.

—Sara no me lo perdonará nunca.

—Ya me encargo yo. Usted váyase.

—Al diablo todo —el doctor recogió el maletín y el impermeable, se detuvo en el umbral—. ¿De verdad no te importa?

El portero asintió y, nada más salir Luca, permaneció un instante en el centro del salón. Habían agrupado los muebles y retirado la fotografía del campo de espliego. Empezó por las bandejas más largas, las colocó sobre la mesa de la derecha y las desenvolvió. Pastelitos mixtos y de mazapán. Trajo las otras bandejas de la cocina, una era de merengues con nata, la otra de *cannoli* sicilianos. Quedaban aún las tartas empaquetadas y otros azafates. Lo siguiente fue una tarta de fresa, dejó caer el papel y los lazos por el suelo. Por último destapó los petisúes y el pan de azúcar. Los apiñó en el lado exterior de la mesa, alargó un dedo hacia un petisú de chocolate. Desprendió un pedacito y se lo comió. Le costaba deglutir, Lorenzo había empeorado, se agachó para recoger los envoltorios de las bandejas, no le dio tiempo. Se oyeron pasos en el descansillo.

—Ha dejado abierto.

La voz era la de Viola.

Pietro miró a su alrededor, se escabulló hacia la zona de noche, retrocediendo hasta la habitación de Sara. Se pegó a la pared mientras los pasos entraban.

—Pero mira qué follón ha dejado Luca —bufaba Viola—. No se puede contar nunca con él, menudo follón.

El portero se acurrucó detrás de la cama de la niña. Por encima y por debajo, todo estaba repleto de muñecas, los pasos continuaban, se acurrucó entre la pared y un peluche de Winnie the Pooh, lo apartó para poder ver.

–El niño debe de haber empeorado esta noche.

La otra voz era de Riccardo. Recogió los envoltorios de las bandejas y se los dio a Viola.

Pietro se tumbó y encogió las piernas. Aplastó una mejilla contra el parque, respiró polvo.

–A Sara le habrá sentado fatal –Viola iba y venía de la cocina–. Luca le había prometido estar presente.

El hocico de Winnie the Pooh ocultaba la cabeza de la mujer, Pietro se deslizó por detrás de la cama y la vio mejor. Viola se quitó la capa, tenía los brazos cruzados y el pecho se le marcaba por un lado. Las manos de Riccardo seguían pegadas a sus costados.

–Viola, escúchame –se le acercó–. Yo ya no puedo aguantar más.

–Sara quería que estuviéramos todos, hoy.

–No estoy hablando de hoy.

Pietro se deslizó hacia delante.

Viola dejó caer los brazos.

–Sara quería que estuviéramos todos.

–Sara llama padre a un hombre que no es su padre –Riccardo sofocó un grito.

El portero permaneció inmóvil.

–No vamos a hacer nada, Riccardo. Ahora no.

–¿Es que quieres seguir engañándolo? –ella dio un latigazo con la mano en el aire–. Yo no puedo seguir así.

Pietro aferró el pie de Winnie the Pooh.

–Qué sentido tiene decírselo ahora... –Viola hablaba con voz tan baja que apenas se la oía–. Qué sentido tiene, dímelo.

–Una hija –dijo el hombre–. Nuestra hija.

Ella se apoyó en Riccardo y él le rozó una cadera, le acarició la tripa, y el pecho. La mano le desabrochó un botón de la blusa, se deslizó dentro, apretó. Se le salió un pecho, blanco y majestuoso. La mano lo aferró, se besaron.

El portero se dio la vuelta, había un escritorio en miniatura con unos lápices al pastel en un envase gigante de Smarties. Se quedó mirando el envase, coloreado en sus bordes, las voces del salón se apagaron y volvieron después, la de ella dijo ahora no, te lo ruego, tenemos que volver abajo.

Salió primero Riccardo, Viola se ajustó la blusa y volvió a ponerse la capa. Ella también salió.

Pietro se llevó una mano a los ojos.

La madre de la bruja hizo como su hija. Esa noche lanzó un puñado de gravilla contra los postigos del cura joven, este salió de la cama y la vio entre las rendijas. Corrió a

abrirle, la mujer se quitó el jersey por la cabeza, tenía la cara roja por la brisa y los ojos amoratados.

–No podía esperar, padre.

Le hizo un gesto para que entrara en la iglesia.

La mujer se encaminó al confesionario.

–Pido perdón por mis pecados.

–¿Qué pecados?

–Los de un marido.

–Los pecados no se transmiten.

–Durante años los estuve cubriendo. Ahora son míos –los dedos de la mujer royeron los orificios de la celosía–. Y son de mi hija.

Él notó el olor a vino de su aliento.

Y ella dijo:

–Mi hija induce a la tentación.

El cura joven se tocó los labios con los que había besado a la bruja.

–No es culpa de su hija.

–¿Y de quién es, entonces?

Él se alejó de la celosía, se ocultó en las sombras del confesionario.

–De Dios.

Antes de que acabara el cumpleaños, los invitados se sentaron en el salón de los Martini y el abogado anunció:

–Este es el regalo de Pietro y de Fernando para nuestra homenajada.

El portero había dirigido la lámpara contra la pared y dispuesto dos sillas delante de la luz. Había bajado las persianas, después había vuelto a la cocina. Salió con Fernando poco después, el muchacho extraño mantenía los dedos tal como le había enseñado Pietro, se sentó en una de las sillas y el portero en la otra.

Los invitados aplaudieron, Fernando estornudó y dijo tengo miedo, tengo miedo. Miró a Pietro, miró a su madre, ella estaba de pie junto a la puerta. Paola lo animó junto a Poppi y le lanzó un beso.

De esta forma, la sombra del papagayo de Fernando apareció en la pared, tenía el pico cerrado y se le había olvidado la cresta. Las manos del muchachote vibraron, el papagayo era un garabato que no sabía volar. Estiró el dedo índice, no le salió, el papagayo cayó. Se repuso cuando se le acercó el de Pietro. Era más pequeño y sí que tenía cresta. Se juntaron, las manos del portero rozaron las de Fernando. El pico se abrió, la cresta también.

Los invitados aplaudieron y Fernando se volvió hacia su madre. Su madre reía.

Pietro le dijo: ahora sal volando.

Fernando movió los pulgares y desplegó las alas. El portero hizo lo mismo, volaron.

Pietro buscó su mirada, en aquel momento. Viola era una silueta entre las demás que pellizcaba una tarta de manzana, apartó los ojos para que no se cruzaran con los suyos.

Pietro volvió del cumpleaños con un beso de Sara en la mejilla y una bandeja de pastelitos. Estaba envuelta con un papel arrugado y por una rendija se veía la espuma de un merengue. Deslizó dentro un dedo, buscando la nata. Lo humedeció y se lo metió en la boca mientras miraba el ficus al lado de la nevera, renacido completamente con la lluvia de la noche anterior. Cogió las tijeras de la mesa y se agachó. Podó una hoja viva y otra más, podó todas las hojas excepto las de las conchas, el caracol dejaba una estela de baba sobre las nervaduras.

Apoyó la bandeja de pastelitos sobre el manillar de la Bianchi y se metió en el bolsillo la fotografía de la mujer y la recién nacida, salió al patio con la bicicleta. Sobre el escenario quedaban los restos de unos globitos. Y Riccardo.

Se confundía con el ocaso, un cigarrillo le ardía en la boca. El portero se dio la vuelta e hizo ademán de marcharse.

–Enséñame a hacer sombras –el hombre estaba sentado al borde del escenario, con las piernas colgando–. Enséñame a mí también a hacer un papagayo.

Pietro se apoyó en el cuadro de la Bianchi.

–No me sale muy bien el papagayo.

–Pues entonces la sombra que tú quieras... –tiró el cigarrillo y bajó del escenario–... basta con que sea distinta de la mía.

El farol del patio lo proyectaba en el suelo con una silueta puntiaguda.

–No me sale bien ninguna sombra.

El ecografista se acercó y acabó colocándose bajo el farolillo del patio. De esta forma, Pietro pudo verle bien. Y se reconoció. Riccardo era un huérfano. En los gestos corteses que ocultaban un azoramiento eterno, en el afán de los ojos asustados. Se los descubrió entre los rizos.

–Yo tropiezo con mi propia sombra.

Hizo una mueca que no era una sonrisa.

–Yo también.

Pietro asintió, igual que había asentido la primera vez que lo había visto. Sabía que el azoramiento de aquel hombre amable era su propio azoramiento. Estar solo desde siempre. Le aferró un brazo, fue un instante, y se lo apretó. Después cogió la Bianchi y, cuando retrocedía hacia el portal, se percató de que había un dibujo colgado del cristal del chiscón. Era un garabato de un hombre montado sobre una bicicleta roja. Sobre el garabato planeaban dos pájaros deformes con unas puntas en sus cabezas. Lo despegó y al fondo leyó *Fernando y Sara*. Se dio la vuelta. Fernando y Sara estaban medio escondidos detrás de la pared del zaguán.

–¿Es para mí? –preguntó el portero.

La niña corrió hacia Pietro y le tiró del faldón de la chaqueta, riendo desdentada. Fernando avanzó también.

–Es un tesoro.

Señaló el dibujo.

–Muchas gracias –el portero le pasó una mano por el pelo–. Lo colgaré encima de mi cama.

Riccardo se acercó a ellos.

–No sabían cómo darte las gracias, así que se han puesto a dibujar en cuanto se han marchado los invitados.

Cogió en brazos a la niña.

Pietro se quedó mirándoles. Y buscó en el uno, en la otra. Sara tenía algo de su madre en la nariz y los ojos. En las manos, en cómo se reía.

–Tengo sueño –susurró ella.

El portero siguió buscando, la niña apoyó la cabeza en el hombro de Riccardo y Pietro encontró la marca del engaño. Estaba en las orejas en punta. Un trozo de cartílago afilaba la oreja de ella y la oreja de él. Con la misma curva, de la misma manera. Riccardo la besó.

–Todo el mundo a la cama.

Pietro acarició la espalda de Sara, encaramó su mano hasta la cara. Le rozó la oreja en ese punto, después dijo: –Buenas noches.

Ellos subieron y él lanzó una mirada a la Virgen en su nicho. Fue entonces cuando se lo pidió. Que protegiera a su hijo.

Durante todo el viaje, Pietro condujo con una mano sola, con la otra sostuvo la bandeja de pastelitos sobre el manillar hasta que llegó a la verja de Anita, que estaba entornada. Llamó, no contestaba nadie. Entró de todas formas y tras haber dejado la Bianchi en el soporte para bicicletas subió al primer piso. Volvió a llamar, la chica joven salió del piso de al lado.

–Anita vendrá enseguida.

–Gracias.

Pietro aguardó en una silla junto a la barandilla del rellano. La chica joven se había quedado en el umbral de su casa y se entretenía con un móvil, retocándose una y otra vez con el pintalabios igual que la primera vez que la había visto. Llevaba un flequillo que le llegaba a los ojos y dos aros de plata en las orejas. Pietro apoyó la bandeja sobre las rodillas, por el agujero del paquete miró los pastelitos. Se habían volcado todos. Los desenvolvió y empezó a enderezarlos, cuando llegó a los pastelitos de fresa levantó la mirada, la muchacha sonreía.

–¿Le gustan los de fruta?

Pietro le tendió la bandeja y la muchacha escogió el pastelito con la fresa más pequeña. Mordisqueó la masa y se dejó la fruta para el final.

–¿Hace mucho que conoce a Anita?

–Toda una vida.

Le sonó el móvil y, sin responder, la muchacha se dirigió al telefonillo, apretó el pulsador mientras se terminaba el pastelillo. Después miró hacia abajo, por el patio había entrado un hombre de unos cincuenta años, con el cuello del abrigo levantado. El hombre subió al primer piso y entró sin vacilar en la casa de la muchacha. Ella lo siguió y, antes de cerrar, dijo:

–Me llamo Silvia.

–Yo Pietro.

–Encantada.

Cerró con llave y echó la cortinilla de la única ventana que daba al corredor con la barandilla. En realidad, era un visillo y por detrás se la entreveía a ella ayudando al hombre a quitarse el abrigo y la corbata. Pietro dejó de mirar y se puso de pie.

Anita sonreía en las escaleras.

–¿Has sido amable con Silvia?

–¿Dónde estabas?

Le enseñó un abrebotellas.

–Se lo había prestado a la vecina de arriba. He estado disfrutando de tu galantería –bajó la voz–. Ese hombre es el tercer cliente de hoy. Pobre mujer. Y pensar que la he visto convertirse en lo que es solo en un año, antes estudiaba y nada más.

Pietro envolvió la bandeja y se la dio.

Anita le dio un beso en la mejilla.

–¿Qué ocurre?

El portero aguardó a que abriera la casa y, en cuanto entraron, la abrazó. Hundió la nariz en sus cabellos, el olor de Anita era estupendo.

–Ha pasado algo con tu hijo, ¿verdad?

El portero sacó la fotografía de la mujer con la recién nacida. La puso sobre la mesa.

Anita la levantó hacia la luz.

–Es ella, qué guapa –se acercó a Pietro y silabeó cada una de sus palabras–. Dale la carta a tu hijo. Dile la verdad.

Le tomó de la mano. Lo acompañó a la habitación, le quitó el jersey y los pantalones, le desabrochó la camisa. Entró en el baño, cuando volvió, él estaba tal como lo había dejado. Se tumbaron juntos sobre la cama, se apoyaron sobre la almohada. Ella se apretó contra su cuerpo y él notó su pecho caído, se miraron. Pietro se dejó besar, también los labios de Anita sabían a bueno, la desnudó despacio. La empujó contra la almohada. Déjame a mí, dijo Anita, yo me encargo, él la sujetó y se puso encima, sus brazos se movían con torpeza, volvieron a los costados y ya no se movieron. Ella le aferró el sexo, lo envolvió con sus manos, lo agitó blando y rendido, mientras Pietro le acariciaba el cuello. Empezó a apretar, ten cuidado, dijo ella, Pietro se lo apretó y soltó, se retiró de entre sus piernas y le enmarcó el rostro ancho con las palmas de sus manos. Le besó los ojos.

También Anita le besó los ojos.

–Te mereces a tu hijo.

Pietro se retrajo.
-Él se merece a su hija.

Abandonó la casa de Anita al alba. Antes de marcharse, mientras ella dormía, Pietro puso dos pastelitos de mazapán en un platito y le preparó un café. Apagó el fuego en cuanto borbolleó la cafetera, después bajó al patio y empuñó la Bianchi. Siempre le había gustado ir al encuentro del alba. En Rímini se despertaba al final de la noche y caminaba por la avenida que desde el centro llevaba al puente de Tiberio y bajaba hasta el barrio de los pescadores, con sus casas de color pastel y tejados bajos. Salía al otro lado del barrio y veía la primera tajada de dársena. Rímini, al alba, se pone de puntillas, y se ponía de puntillas él también. Aguardaba el sol allí, con los talones en alto, mientras la luz iba alargando las sombras de la única madre que tenía, su ciudad.

Desde la casa de Anita, el camino era todo cuesta abajo, la Bianchi corría por la explanada con los relojes en los rascacielos y fue bordeando los restos de las viejas murallas de Milán, llegó al edificio justo cuando Alice levantaba el cierre metálico del bar. Lo saludó ella antes, con los ojos adormilados y las entregas del pastelero amontonadas ante la entrada. Pietro la ayudó a meterlas dentro.

Alice encendió los focos del local.

–La otra noche te vi con el doctor.

Se ató el delantal en el cuello y se hizo la remolona ante la caja registradora.

La miró, era una muchacha llena de garbo. Se movía rozando las cosas, desempaqueté la bollería y la colocó en las vitrinas, como si no las tocara.

–También el doctor tiene algo de Mastroianni... Los tres os parecéis –se sopló el azúcar en polvo de las manos–. Cruasán y chocolate, ¿qué te parece, Marcello? Invita la casa, son mis últimos días de trabajo.

Pietro le sonrió, retrocedió. Salió del bar y, en cuanto llegó a la calle, se pasó una mano por la cara, sobre la nariz y la boca, metió la Bianchi en el edificio y subió las escaleras, se tocó las orejas y la frente, el pelo, llegó al primer piso y al segundo, siguió subiendo y los dedos no dejaban de buscar en su rostro las semejanzas con su hijo. Recorrió las escaleras hasta arriba, la puerta de hierro estaba entornada, la abrió del todo y salió a la terraza. Se deslizó entre las sábanas y esperó el sol como lo esperaba desde hacía años. Cuando nació, golpeó con los talones en el suelo y se puso de puntillas, volvió a golpear con los talones, un claqué al que no le hacía falta música. Acabó de golpe y en el momento en el que se detuvo alguien aplaudió. Pietro miró a su alrededor, no había nadie, pasó por debajo de una sábana. El abogado estaba sentado en la balaustrada.

–Ya me había hablado Celeste de ese ritmo de sus zapatos.

El cura joven volvió a ver a la bruja en misa. Estaba en la tercera fila con su madre, la

cabeza inclinada y las manos entrelazadas sobre la tripa. Desde el altar él la miró, después levantó la sangre y el cuerpo de Cristo, se los tomó y empezó a repartir el pan en las bocas de los fieles. El órgano tocaba aleluya, aleluya, la bruja era la última de la fila. Él siguió embocando a los fieles, a la madre, y después vio a la bruja delante. Tomó el pan y se lo dio, a cambio recibió un trocito de papel. Lo miró mientras volvía hacia el altar, aleluya, aleluya, leyó *Esta noche a las once. En la fuente de los cuatro caballos*.

El abogado se levantó de la balaustrada de la terraza, estaba en batín y fumaba.

–No se asombre, amigo mío –el rostro, sin artificios, se le veía viejo–. Yo soy un espíritu de confesión y Celeste uno de confidencias.

Pietro permaneció inmóvil, de repente se escondió tras una sábana de franela, el aroma a suavizante estaba por todas partes. La voz no le salía, le salió y se le oyó apenas:

–¿Qué confidencias, cuáles?

–Yo lo olvido todo, lo siento –Poppi avanzó con sus babuchas de raso–. La pasión por el baile, eso sí que lo recuerdo.

–No sé bailar.

Pietro se lo encontró delante.

–Yo tampoco –las babuchas se elevaron–. Excepto cuando tengo miedo. O cuando añoro a mi Daniel.

Desfiló por entre las sábanas hasta una especie de chimenea en el centro de la terraza. Sostenía dos antenas parabólicas, señaló la base de cemento.

–Veníamos aquí a fumar, no quería que lo hiciéramos en casa –en el cemento había un letrero escrito con tiza, *Giovanni Poppi y Daniele Izzo*–. El recuerdo hace que se muevan los pies, ¿no es así?

El portero le miró.

–Dígame por qué Dios se llevó consigo al amor de mi vida, Pietro –le vibraban los labios, tiró el cigarrillo–. Dígame qué nos queda después. Pregúnteselo a su dios, vamos.

–No es mi dios.

–¿Qué nos queda, Pietro?

El portero se asomó a la balaustrada. En la calle, Alice había encendido el rótulo del bar, ya había gente en las mesitas.

–Nos queda el recuerdo.

–Una inmensa mentira, eso y no otra cosa es el recuerdo –Poppi se protegió los ojos de la luz–. Que venga el Señor a mantenerse de memorias. Entonces sí que conocerá lo que es el castigo –y de repente se acercó a Pietro, le cogió de las manos, se las levantó y se movió con él en un vals cansado. Lo arrastró entre las sábanas–. ¿Sabe lo que dicen los judíos, amigo mío? *Mazel tov*. Buena suerte –proseguía con su torpe danza–. *Mazel tov* a nosotros los supervivientes.

Se detuvo y el portero notó su colonia. Poppi le rozó la oreja con la boca, sus manos aún en las manos de Pietro.

–Vaya a visitar a Celeste, yo le diré dónde está. Tres palmos de tierra no pueden separarles.

Lorenzo murió esa mañana. El teléfono de la garita sonó alrededor de las diez. Pietro no lo oyó. Estaba trabajando en el patio con la radio de fondo, arreglando el desorden del cumpleaños. Cuando llamaron por segunda vez, había vuelto a casa para cambiarse, se puso una toalla encima y salió para contestar. ¿Sí?, dijo, la toalla se le cayó al suelo y él se quedó con el torso desnudo y el auricular en la oreja.

Paola pasó por allí en aquel momento, le echó un vistazo y abrió uno de los periódicos que acababa de comprar, fingiendo leerlo delante del chiscón.

El portero estaba de espaldas.

–¿Qué dirección es? –preguntó por teléfono, y la anotó en el folleto de un supermercado–. Voy enseguida.

Colgó. Paola entró en la garita.

–Ah, discúlpame... quería saber si había llegado algo para mí, no te había visto.

–Ha sonado mientras me estaba cambiando.

Pietro recogió la toalla y abrió en su lugar el buzón, le dio tres sobres.

Ella los guardó en el bolso, había un olor áspero. Inspiró, se quitó el sombrerito, volvió a inspirar.

–Eres un cielo, gracias por enseñarle las sombras a mi Fernando.

–Tengo que irme, Paola.

–No había vuelto a verle así desde que su padre aún vivía.

Le apoyó una mano sobre el hombro desnudo.

–Tengo que irme.

La dejó allí, volvió a entrar en su casa y acabó de cambiarse a toda prisa. No le hacía falta la Bianchi, cuando salió de nuevo, la garita estaba vacía y el olor áspero se mezclaba con el de la laca.

Salió a la calle y aguardó en el semáforo. Pasaron dos taxis ocupados, detuvo el tercero. Montó y leyó la dirección que había transcrito.

La casa de Lorenzo estaba desierta. Pietro bajó del taxi y se acercó al palacete modernista, la verja se abrió antes de que llamara. El doctor salió enseguida y fue a su encuentro.

–Ayer empezó a empeorar –le puso las manos en los hombros–. Ayer empezó a empeorar.

Pietro lo miró. Luca estaba exhausto. Una rama combada. Lo siguió al jardín, los postigos del palacete estaban cerrados y el césped perfectamente cuidado.

Entraron, una criada los esperaba junto a un jarrón de lirios de agua frescos. Le cogió

el abrigo a Pietro y los acompañó por un pasillo en penumbra, tras recorrer tres cuartas partes había un sofá con patas de perro y una mesita inundada de revistas. Las paredes, recién pintadas, olían a viejo. Dos médicos salieron de una habitación, llamaron a Luca para hablar con él en un aparte.

–Espérame aquí, Pietro.

El portero esperó delante de una chimenea eléctrica, el fuego ardía tras un cristal. Encima colgaba un cuadro al óleo, Lorenzo posaba con su madre y un dálmata tan alto como él.

Luca regresó.

–Vamos –y se encaminó hacia el fondo del pasillo.

Ella estaba allí. Apoyada contra el quicio de la puerta, más hermosa que en el retrato con el dálmata. Llevaba el pelo recogido y un chal que arrastraba por el suelo, sostenía un osito en las manos. Miraba hacia abajo, una muñeca con los ojos vacíos y el cuello inmóvil, se quedó mirando a Pietro y no dijo nada. Apenas se giró.

Luca la rozó.

–Giulia, este es Pietro.

La muñeca entreabrió la boca, no llevaba carmín.

–No está bautizado –la aflicción apenas la desfiguraba, su gracia resistía en los gestos asustados. Acarició el osito–. Mi hijo no está bautizado.

Luca abrió la puerta de la habitación. En medio había una cama con dosel cubierta por una tela de *chiffon* azul. En las paredes, un cartel de leones, otro de monos. En un rincón, un payaso de tela; más allá, una mesa con ropa doblada encima y el libro de cartón: *Los animales de la sabana*. Por las ventanas medio bajadas se veía un prado de hierbajos, la luz vacilaba.

Lorenzo no era más que una cosita debajo de una manta azul. Se había ido boca abajo. La manta dejaba al descubierto media cara, la palidez se había vuelto rosa. Luca apartó la tela de *chiffon* y se sentó sobre la cama. Pietro permaneció de pie y miraba a su hijo mientras acariciaba a otro hijo. El doctor le pellizcaba el contorno de la pierna y lo sacudía despacio, pequeñín mío, bajó la sábana y le liberó la cara. Le rozó con los dedos desde la frente a la barbilla, después lo puso boca arriba con los brazos en los costados. Dejó su sitio a Pietro.

El cura dio un paso adelante. Se sentó al borde del colchón y acarició a Lorenzo en la mejilla, igual que lo había hecho en el lago y, al igual que aquel día, le envolvió los dedos de la mano izquierda con los suyos, el pequeño corte del pulgar estaba casi cicatrizado. Se lo restregó y se volvió hacia la madre.

Ella seguía en la puerta, con las manos alrededor del osito, raídas en los dedos, raídas en los nudillos, gastadas de restregarse. El rostro de porcelana. Era una mujer que costaba percibir, transparente de la misma forma que su hijo.

–Estoy aquí –susurró, y en el mismo momento en que lo dijo, volvió a retroceder.

El cura reclinó la almohada y acomodó a Lorenzo en el centro, solo entonces lo vio: el elefante que le había regalado asomaba entre el cabecero y el colchón. Patas arriba y con la trompa hundida entre los pliegues de la sábana. Lo puso a su lado.

–Aquí está –dijo y lo colocó de manera que una pata tocara al niño, porque ese es el destino del elefante y de cada uno de nosotros, los padres, la devoción por todos los hijos. Se abrazó a Lorenzo, sosteniéndolo en el cuenco de sus brazos, lo estrechó y tuvo miedo de hacerle daño.

Los otros médicos llamaron a Luca y el doctor se alejó, también la madre se alejó, ahora era una sombra de porcelana en la puerta. Tenía los ojos clavados en la ventana de la habitación y abrazaba al osito. Cruzó su mirada con la del sacerdote, la apartó mientras la boca del niño se destapaba. El sacerdote se la cerró y dijo admítelo a tu lado, oh, Señor, porque tú eres el Padre que él desea y él el hijo que tú desees. Le persignó la frente, y mantuvo la mano sobre sus ojos.

La madre de Lorenzo se apoyó en el marco de la puerta. Caminó hacia delante despacio, el vestido le obstaculizaba el paso. Dejó resbalar el chal y apartó la tela de *chiffon* del dosel, extendió un brazo y tocó el cuello del pequeño, estaba tibio. Le tocó un brazo y las costillas bajo el pijama, tan duras. Entonces reconoció a su hijo.

–Chiquitín mío.

Tenía la voz exhausta, la gracia extraviada. Se descalzó y se sentó allí. Lo sacudió y se tumbó a su lado. Le dio el osito mientras apoyaba la mejilla contra la cabeza glabra.

–Dios arrebató a los ingratos.

Pietro retrocedió.

La madre se arrojó sobre su hijo.

Del día apenas quedaba una franja azulada. Pietro salió del palacete modernista antes que Luca y ya en la calle rebuscó en el abrigo. Sacó el elefante, se lo había llevado mientras la madre velaba a su hijo y le decía chiquitín mío. Lo custodió con las dos manos, se dio cuenta de que la trompa y las patas estaban mordisqueadas, notó las marcas de los dientes de Lorenzo. Montó en el coche. Luca ya estaba dentro y aguardaba con la cabeza apoyada contra la ventanilla. Puso en marcha el motor y recorrió lentamente la calle, dio la vuelta a la manzana, siguió girando hasta llegar al sitio del que venían. El farol del palacete modernista se había encendido, también las ventanas de la casa estaban encendidas. Luca se quedó mirándolas.

–Para sobrevivir, basta con un recuerdo decente. A su madre le quedará algún recuerdo decente.

Pietro protegió el hocico del elefante encerrándolo entre sus dedos. Volvieron a arrancar. Recorrieron la calle que bordeaba el parque y llevaba al aeropuerto, las hileras de casas recortaban el cielo como un tablero de ajedrez. Luca se daba golpecitos en la nuca contra el reposacabezas, era una marioneta sin hilos, se inclinó hacia delante y volvió a incorporarse, se desinfló.

–Cada vez que moría uno de mis niños iba a ver a mi madre.

No conseguía llorar, se restregó las órbitas y tocó el claxon ante los coches que bloqueaban la entrada en el paso elevado. Cruzó por en medio, aceleró.

–Iba a verla –estiró el cuello y entrecerró los ojos–. Ahora voy a ver a la única que me queda.

Pietro reconoció la calle.

–Viola.

Ahora Luca asintió y, cuando iban por la mitad de la avenida, aminoró la marcha. Siguió aminorando mientras acariciaba el volante de arriba hacia abajo con sus manos de madera. Las dejó caer sobre las piernas y levantó el pie del acelerador. De la boca le salió un borboteo, bajó la ventanilla y dio un volantazo hacia el lado de la calle. Le costaba respirar, carraspeaba. Por fin llegó el llanto, era un sollozar sin lágrimas. Intentaba decir algo, murmuraba. Volvió a murmurar:

–Siempre he sabido lo de ellos. Lo de ella y Riccardo. No quería perderlos.

El coche se detuvo del todo.

Pietro miraba el parabrisas, la noche había devorado la franja azulada, miró a Luca. Se parecían allí, con la barbilla en el pecho y un único hoyuelo en la mejilla derecha, el mismo revuelo de la frente.

Luca tenía plácido el rostro, el gorgoteo del coche tapaba su respiración larga. Se

limpió los ojos y confió un brazo al portero.

Pietro notó la madera, le dio calor entre sus manos.

El cura joven llegó en bicicleta a la fuente, la bruja lo estaba esperando sentada como los indios. Los cuatro caballos resollaban agua por las fosas nasales, esculpidos grupas contra grupas. Él frenó delante de ella.

—¿Qué querías decirme?

Una música de sala de fiestas venía de la playa, la bruja se levantó y esbozó un paso de danza.

—En un adiós no hay mucho que decir.

—¿Esto es un adiós?

—Pertenece al Señor. Y yo tengo ya una culpa más grande —se tocó el vientre—. Estoy hecha de remordimientos.

—Yo de añoranzas.

Él se retrajo y montó en la bicicleta.

Ella sujetó el manillar, en las fosas nasales de los caballos el agua se terminó.

—Párate aquí, por favor —dijo Luca.

Pietro aparcó delante de un adosado con la fachada amarilla. Había sustituido al doctor en la conducción cuando este le dijo que no podía más. Echó una ojeada a la casa por la ventanilla.

—¿Quién vive aquí?

Luca se arregló el pelo y la camisa, antes de bajar se miró las manos, que le temblaban. Salió del coche y llamó a la puerta, abrieron, él desapareció en su interior. Salió al cabo de un rato con Sara agarrada a su cuello, ella le daba besitos en la cabeza y le abrazaba con fuerza.

—¿Te lo has pasado bien con tus abuelos, amor mío?

Luca la sentó detrás y regresó a su sitio. La niña no prestó atención al portero y se estiró hacia el asiento de su padre. Lo observaba, agitó el dedo índice como si fuera una varita mágica, abracadabra. Le tocó primero un ojo, después el otro.

—¿Has visto que ha venido Pietro?

Pero ella no dejaba de observar el rostro demudado de su padre, lo abrazó. Cuando el coche arrancó se echó hacia delante y lo abrazó mejor. Y su padre le dijo:

*No tengas miedo
Solo es la oscuridad
Un poquito de color
Grande ancho y oscuro
No tengas miedo
No es más que el sol
Que bosteza*

Porque el sueño lo llama

Sara la canturreó junto a él, y siguió canturreándola mientras se reclinaba sobre el asiento un instante antes de quedarse dormida. Luca la repitió solo, no tengas miedo solo es la oscuridad un poquito de color grande ancho y oscuro, hasta que dejaron el coche delante de casa. Después tomó en brazos a su hija y entró en el edificio, subió las escaleras.

El portero los acompañó al segundo piso.

–Me quedaré despierto por si le hace falta algo.

Luca se aclaró la voz.

–Hay un hombre... –hablaba despacio–. Hay un hombre... a quien tengo que ir a ver dentro de tres días. Vive en tu ciudad. Me haría falta alguien que conociera la zona.

Pietro no dijo nada.

–Acompáñame a Rímini.

Sara levantó la cabeza del hombro de su padre.

–Son cosas de trabajo, amor mío. Tú te aburres con el trabajo de papá –Luca le rascó la nuca–. Acompáñame, Pietro. Veremos también ese mar tuyo.

El portero los observó juntos. Un padre y su hija. El llanto había marcado el rostro de Luca, casi tumefacto, el sueño ajaba los ojos de ambos. Sara apretaba la mejilla contra su mejilla, tenían las orejas pegadas. La punta de cartílago solo la tenía ella, nada más.

Luca aguardaba la respuesta, no llegó, de modo que entró en casa y dijo:

–Perdóname, Pietro.

Cerró la puerta.

–Buenas noches.

El portero regresó a la garita, se sentó ante el cristal y levantó la cortina. Sacó el elefante, lo dejó en el centro de la mesa.

La bruja daba brincos al borde de la fuente, hizo una pirueta.

–Las brujas bailan en los adioses, los curas lloran.

El cura joven se tocó los ojos secos.

–Si no estoy llorando.

–Es que tú no eres un cura.

Los pies de él se deslizaron hacia el suelo, repiquetearon. La bruja se rio.

–¿Es así como desafías al cielo?

Pietro se acercó a ella y la levantó despacio, colocándola sobre la Bianchi. Montó él también y empujó los pedales.

–Así.

Durante la noche, el doctor bajó al zaguán del edificio, Pietro dormitaba sobre la silla de mimbre de la garita. Se despertó cuando Luca dejó caer la bolsa en el suelo. Se levantó y vio a su hijo cargado con otra bolsa de viaje, el maletín de piel y una bolsa con

una colcha blanda y unas sábanas anaranjadas. El rostro del doctor era de papel arrugado y sus ojos, dos bolas de cristal. Los tenía muy abiertos, los cerró y se volvió hacia las escaleras:

–Viola, entra en casa.

Se oyeron unos pasos ligeros subiendo mientras el ruido de un coche llegaba de fuera del portal. Luca cargó con las dos bolsas de viaje, salió.

–Tengo más cosas, espere.

Del resto de las cosas se encargó Pietro. Sacó la bolsa y el maletín de piel. Los metió en el maletero del taxi aparcado con los cuatro intermitentes puestos.

–¿Adónde irá usted, doctor?

–Aquí cerca.

Luca se inclinó hacia el portero y le puso un brazo alrededor de la espalda, montó en el taxi. Pietro aguardó a que se marchara quieto en la acera, después volvió a entrar.

Viola era una sombra en las escaleras.

–Nos ha abandonado... ¿No te ha dicho adónde iba?

Él meneó la cabeza.

Ella subió los escalones.

–¿Qué voy a decirle a mi niña?

Fffsssss, Pietro notó que le soplaban al oído, *fffssss*, abrió los ojos y levantó la cabeza de la mesa de la garita.

–Se han peleado.

Fernando sopló una última vez y le acarició la frente.

Pietro comprobó la hora y se aplastó el pelo. Al otro lado del chiscón estaba Paola.

–Me he quedado dormido –le dijo.

–Yo tampoco he pegado ojo esta noche. Le has visto marcharse, ¿verdad? –Paola hizo tintinear los brazaletes de la muñeca–. Santo cielo.

–Santo cielo –repitió como el eco Fernando.

–Cuando les oí llorar casi se me para el corazón.

Paola se echó el pelo hacia atrás y estrujó el bolsito de mano. Miró a Poppi, que venía de las escaleras, el abogado se quitó el sombrero. Tenía una expresión sombría, esquivó la mirada de Paola y buscó al portero. Había perdido su mueca habitual, intentó hablar, renunció.

–Pietro ha visto marcharse a Luca. Es terrible.

Paola abrazó a su hijo y se encaminó hacia la salida. Cuando iba a abrir el portal, el portal se abrió solo. Entraron una cabeza llena de rizos y una mano con una bolsa. Era Riccardo.

Pietro se giró hacia el cristal del chiscón, el ecografista era un reflejo deforme que se estaba acercando.

–Cruasán de chocolate para el ciclista.

Le dejó el paquetito sobre la mesa y enfiló las escaleras.

–Ya os alcanzo en el bar, adelantaos si queréis.

El abogado se encendió un cigarrillo.

Ella lo miró, sin acabar de decidirse. Cuando salió con Fernando, Pietro le pasó el cenicero a Poppi.

–Me hace falta un día de permiso. Pasado mañana –hizo una pausa–. Tengo que acompañar al doctor a Rímini.

Poppi se aflojó la corbata, enarcó una ceja.

–Tiene que ir a ver a un paciente, le hace falta alguien familiarizado con la zona –dijo el portero.

El abogado expulsó más humo y le dijo que se acercara.

–Ahora usted y yo vamos a subir a mi casa. De inmediato.

–¿Para qué?

–Tengo una planta a la que le pasa algo.

–¿Y no podemos dejarlo para esta tarde?

–De inmediato.

Subieron. El abogado abrió la puerta y lo invitó a entrar, recorrió todo el cuarto de estar y arrastró la maceta de una palma de iglesia al vestíbulo. Las hojas estaban afiladas y con las puntas secas.

–Ya me encargo yo –dijo Pietro.

Poppi aplastó el cigarrillo en la tierra de la planta. Lo retuvo ahí, sin decir nada, sin hacer nada y, cuando Pietro intentó hablar, le señaló la pared que lindaba con los Martini. Se oía la voz confusa de Riccardo.

Después habló Viola. Dijo que se había marchado esa noche, al final lo había hecho. Se había marchado sin decir mucho. Luca lo sabía todo.

Luca siempre lo había sabido todo.

Pietro se inclinó sobre la palma de iglesia e intentó levantarla, el abogado se lo impidió poniendo un pie sobre la maceta.

Ahora tenemos que hablarle de Sara, Viola.

Ahora no. Yo quiero protegerlo.

Poppi acarició la máscara tribal de la pared, agachó la cabeza. El cráneo era un pomo reluciente.

¿Protegerlo como lo has hecho hasta ahora?

Luca necesita a Sara en estos momentos, hoy irá a recogerla a la guardería y esta noche dormirá con él.

¿Cuándo vamos a decírselo, Viola?

El abogado metió dos dedos en las órbitas de la máscara, apretó.

Cuando Pietro bajó del piso del abogado, se metió en la garita y revisó el registro de la comunidad. Fue a la página con las notas útiles que había apuntado la antigua portera. Los Martini tenían cinco, la penúltima era: *Sara, guardería Crivelli preguntar por la maestra Rita*. También estaban la calle, el número de teléfono y el nombre de la responsable. Miró la hora y buscó la calle en el callejero, salió con la Bianchi. Se quedó clavado en la acera.

El viejo gasolinero estaba delante de la placa de los telefonillos.

–No me atrevía a llamar –llevaba su ropa más elegante, una chaqueta de lana y dos zapatos recién embetunados–. No quería pasar sin saludar.

Le tendió una mano. El portero se la estrechó.

–Mi hijo no está en casa.

–No quería pasar sin saludarle a usted –el viejo gasolinero tosió. Se tapó los labios con un pañuelo y aguardó quién sabe qué. Después masculló–: Dígale solamente al doctor que a mí no me queda mucho tiempo. No deje de decírselo, por favor.

Se alejó despacio, desapareció tras una esquina.

El portero montó en la Bianchi y se lanzó a la calzada, pedaleó con dificultad durante todo el trayecto, cuando llegó se dio cuenta de que estaba sin fuerzas. Apoyó la Bianchi contra un árbol y se restregó la cara. La guardería de Sara era una casa con jardín, tenía

una verja forrada con paneles de plástico, con la imagen de Pepito Grillo en cada panel. Enfrente había un grupo de personas, esperando. Luca permanecía apartado, yendo y viniendo por la acera, dio una patada a una piedra y la devolvió a la posición inicial. Volvió a lanzarla, saludó a un hombre con un puro. Hablaron un momento, se unió a ellos una chica con un perro atado a una correa.

La verja se abrió y Luca entró junto con la chica y el hombre. Salió con Sara cogida de la mano, a la niña le costaba seguir a su padre, de modo que él le quitó la cartera y se la colgó del hombro. Caminaron bajo los castaños de Indias y entre la hojarasca de la acera, dejando el rastro de su paso, llegaron a la zona de la universidad y giraron por un callejón empedrado. Se detuvieron ante un pequeño edificio con balcones alicatados.

Sara fue la primera en ver a Pietro. Hizo que su padre la dejara en el suelo y se acercó brincando al portero.

El doctor se quedó con las llaves colgando del dedo meñique.

–Pietro...

–He pasado por la guardería y les...

–¿Qué ocurre?

–Iré con usted a Rímini.

El doctor esbozó una sonrisa, se ajustó la cartera en el hombro.

–También el abogado me ha dicho que viene. Lo ha sabido por ti.

Pietro contrajo la boca, se quedó en silencio.

–Se me escapó al pedirle un día de vacaciones. Lo siento.

Luca permanecía absorto, no se movía, después invitó a Pietro a seguirlo al edificio.

El zaguán tenía frescos en el techo, al fondo había un patio angosto y, justo detrás, el jardín de una casa independiente. Luca abrió las dos hojas de una puerta que, al lado de la principal, llevaba a un entresuelo con tres apartamentos. Intentó meter la llave en la cerradura del primero, la mano le temblaba, no conseguía acertar con el hueco.

Pietro le ayudó.

–En otros tiempos, mi padre se los alquilaba a los estudiantes.

Luca bajó la manilla. La niña corrió entre el equipaje amontonado. Miró a su alrededor. Era un estudio austero, blanco, con una mesa alta y cuatro taburetes cerca de la cocina americana, un sofá azul contra la pared. Tres paredes de cristal rodeaban un altillo con la cama matrimonial. Las ventanas daban a la calle, pasó un tranvía y el parqué empezó a vibrar. Sara se encaramó a la escalerilla que llevaba al altillo y empezó a explorar.

–Me estaba preguntando, Pietro... –Luca se inclinó sobre las maletas, empezó a rebuscar al azar. Hurgaba en las bolsas sin coger nada, sin ver nada. Tenía los ojos vacíos, se los tapó con una mano y se acercó a la ventana. La cabeza de los transeúntes asomaba por la parte inferior del cristal–. Me estaba preguntando si tuviste miedo cuando abandonaste a Dios.

Sara bajó hasta mitad de las escalerillas y llamó a su padre, quiso que se sentara en el escalón de debajo. Empezó a peinarlo con las manos.

El portero hizo ademán de marcharse.

–No he dejado nunca de tener miedo.

Luca cerró los ojos mientras Sara le estiraba los mechones de la frente.

–Para lo del mar, ¿nos vemos aquí pasado mañana a las ocho?

Pietro asintió.

–¿Y yo? –preguntó la niña.

El cura joven se alzó sobre los pedales, la bruja se acurrucó sobre el tubo superior de la bicicleta y el fular le revoloteó por detrás de la nuca. A él le daba en la cara, las brujas huelen a flores frescas. La bicicleta chirrió, *ñic, ñic*, iba hacia la música que provenía de la sala de baile. Ella se sujetaba del manillar.

–¿De qué marca es esta bici?

–Es una Bianchi.

Aceleró más.

–¿Y no tiene frenos?

Él no los tocó y la Bianchi pasó corriendo por delante de las instalaciones de la playa, una neblina los ocultó, *ñic, ñic*, iban deprisa y la bruja contó los números de los establecimientos, número cinco, cuatro, él hizo sonar el timbre ante un hombre que caminaba renqueante, y el hombre solo vio pasar neblina. El cura joven soltó una mano del manillar, la apoyó en el vientre de ella, establecimiento número uno, playa pública. La mantuvo así hasta que llegaron a la ensenada contigua al muelle, cuatro hileras de luces recortaban un retal de arena atestado de gente dando vueltas. El único lugar al que no había llegado la neblina.

Él aminoró la marcha.

La Bianchi tenía buenos frenos, Pietro se detuvo bruscamente en un stop. Al otro lado de la avenida tres coches estaban en fila en la estación de servicio, el viejo estaba atendiendo al primero. Pietro se irguió sobre los pedales y prosiguió, giró en una perpendicular y volvió a girar, llegó a la calle paralela a la avenida. Dejó la bicicleta apoyada en uno de los plátanos y siguió andando por el sendero que llevaba a los huertos abusivos de las vías del ferrocarril. El del gasolinero estaba rodeado por una verja medio desmoronada, la saltó y hundió los pies en la tierra. Los dos granados estaban deshojados y sin frutos. Se acercó, a ambos lados quedaban las hileras de coliflores y lechuga. El silbido de un tren de mercancías se aproximaba, el granado más pequeño era tan alto como el portero. Pietro se acercó a él y aferró las dos ramas que se bifurcaban del tronco. Apretó y notó que la madera era serrín, se le deshicieron entre las manos. Volvió a apretar y levantó la cabeza hacia la casa. La ventana de Andrea estaba iluminada.

El cura joven frenó a treinta pasos de la sala de baile, un retal de playa con cinco linternas rojas y las ráfagas de música que venían de un cobertizo de aglomerado. La bruja se bajó del cuadro y dijo:

–Nos van a ver –y se acercó a él.

Se acurrucó y le acarició los tobillos, le quitó un zapato y después el otro. Se levantó, dejó en su lugar la Bianchi apoyada contra un árbol, y se quedó mirando las hojas.

–¿Qué has visto? –le preguntó el cura joven.

La bruja acercó los ojos a la planta.

–Mamá dice que es el fruto de la Tierra Prometida.

Arrancó una granada verde, la golpeó contra el manillar y el fruto se partió.

–Tiene 613 semillas, como las reglas del Señor. En parte sacrificios, en parte gracias. ¿Nos las comemos? –le dio la mitad del granado al cura joven y se apoyó contra el árbol–. Si es dulce es una gracia, si es amargo, un sacrificio –chupó una semilla y dijo buena, otra y dijo buena, una tercera y dijo buena–. Tres gracias.

Él se metió una en la boca, le quemó la lengua. La escupió.

La casa del viejo gasolinero estaba cerrada. Pietro llamó al timbre *Mario y Andrea Testi*.

–¿Quién es?

La voz de Blancanieves zumbó en el telefonillo.

–Soy Pietro, el padre del doctor Martini.

–Señor Mario no está.

–Me gustaría saludar a Andrea.

Solo se oía el zumbido del telefonillo.

–Me gustaría saludarlo.

Sonó el chasquido del portal y Pietro subió. Blancanieves le estaba esperando delante del piso.

–Andrea está muy contento de ver al papá del doctor.

Llevaba el pelo suelto y un chándal ajustado. Lo invitó a pasar.

En el vestíbulo había olor a limpio. Pietro se quitó la chaqueta y la dejó doblada sobre un brazo, pidió permiso para pasar.

–Está despierto. Está viendo la televisión, que le hace reír.

La muchacha le acompañó a la habitación del fondo del pasillo, le dijo que esperara fuera. Entró sola y bajó el volumen del televisor.

Pietro solo podía ver la mitad de la cama, la manta de rombos ocultaba las piernas resacas.

Blancanieves salió y le hizo un gesto al portero para que pasara, le detuvo en el umbral.

–Contesta «sí» si ojo se pone blanco una vez, «no» si ojo se pone blanco dos veces. Párpado no baja nunca o casi nunca.

Pietro se acercó a la cama. Andrea tenía un aparato debajo de la nuca que le inclinaba hacia la pantalla. Estaban poniendo dibujos animados.

–Hola, Andrea.

Tenía el pelo peinado y la cara recubierta de mador. Las pupilas se alzaron una vez, miraban una cartulina en la pizarra. Había dos hileras de gaviotas y una franja de mar

garabateadas.

Pietro señaló la cartulina.

–Muy bonito ese dibujo.

El ojo se volvió blanco dos veces.

–Te digo que es bonito.

Había un sillón junto a la cama, Pietro retiró una revista de moda y se sentó.

–Yo vengo del mar, conozco bien a las gaviotas.

Blancanieves acarició a Andrea.

–Voy a la cocina. Paso dentro de un rato para ver si todo va bien.

La oyeron caminar por el pasillo. Pietro entornó la puerta. La cama tenía sendos tablones a los lados. Por uno pasaba el tubo que acababa en la garganta del muchacho. Silbó, el portero lo cogió. Era de plástico y vibraba a causa de la respiración.

–Sé que te gusta mucho el fútbol.

Las pupilas se pusieron una vez en blanco.

Pietro miró por la ventana, había caído una capa de niebla. Cruzó la habitación, la pizarra tenía una lamparilla a los pies.

–Sé también que te gustan mucho las motos –Pietro le hizo una caricia desde el codo a la mano, el brazo era un bastón olvidado–. Tu padre me lo ha contado todo. Anda que no le gusta hablar.

Los ojos se levantaron una vez.

Pietro sonrió. Le rozó un poco más el brazo, el hielo no abandonaba la piel. Lo tapó con la sábana y encendió la lámpara. La dirigió contra el armario, puso las manos delante. Las sombras del papagayo y del perro le salieron menos renqueantes de lo habitual, ya no temblaban. Se volvió, Andrea le estaba mirando.

–Me enseñó a hacerlo una mujer.

Retiró uno de los tablones y se sentó en el colchón, volvió a coger el tubo en la mano, lo aplastó y uno de los aparatos empezó a silbar. También silbó la respiración del muchacho. Pietro soltó el tubo y ya no hubo más ruidos.

Blancanieves se asomó a la puerta, dio dos pasos hacia delante.

–No puede estar sobre el colchón, señor Pietro.

El portero volvió a colocar el tablón en su sitio. Blancanieves asintió y volvió por donde había venido.

–Es muy guapa esta Sofia.

Rodeó la cama hasta los pies, en el punto al que miraban los ojos de Andrea.

Pietro lo miró también.

–¿Quieres morir, hijo mío?

Los ojos, muy abiertos, se levantaron. Una sola vez.

Esa noche, en el estudio, Sara dijo ¿por qué no viene mamá aquí también?

Luca cuchicheó entre suspiros amor mío así te quedas dormida enseguida, no tengas miedo solo es la oscuridad un poquito de color grande ancho y oscuro no tengas miedo no es más que el sol que bosteza porque el sueño lo llama, cantaron juntos y ella susurró:

–¿Me llevas a la playa?

–Tienes que ir a la guardería, ya iremos este verano a la playa, ahora hace frío.

La acunó y ella dijo quiero ir contigo a la playa fría.

Solo se oía su respiración pero ninguno de los dos se quedaba dormido en el estudio, como tampoco en la casa de los granados. El gasolinero retiró un tablón de la cama y se tumbó al lado de su hijo, tú y yo somos como Rossi y Altobelli contra Alemania, unos campeones del mundo, como Rossi y Altobelli, los pillamos a todos por sorpresa. El padre cerró los ojos y tosió, el hijo levantó las pupilas una vez. Su voz resonaba en la garita de Pietro, la grabadora decía a duras penas: «Me llamo Andrea Testi, tengo treinta y cuatro años y soy un regateador estupendo. Hacen falta unos buenos tobillos para regatear bien, y yo tengo buenos tobillos». Pietro volvió a escucharlo, una y otra vez, con los ojos clavados en la carta de papel de arroz sujeta por la granada y el elefante. Se quedó dormido, después la voz de Andrea se apagó y Pietro durmió hasta la mañana siguiente.

Le despertó Riccardo al llamar a su puerta.

El portero abrió, Riccardo estaba allí delante con un peluche en la mano y un impermeable negro abrochado hasta el cuello, sonrió apenas.

–Perdóname, estarías durmiendo.

Pietro asintió.

–Hoy es el funeral de Lorenzo, si quieres te llevo. La iglesia queda un poco apartada.

El portero le hizo un gesto para que se sentara en la silla de paja y entró en el baño. Se lavó la cara, se veía afilada y había perdido su grisura. De Mastroianni resistían las ojeras y el revuelo alrededor de la boca. Se vistió deprisa, metió el elefante en la chaqueta, procurando que la trompa asomara por el borde del bolsillo. Antes de salir, colgó de la cama el garabato que Fernando y Sara habían dibujado para él. Los dos papagayos eran unos adefesios y la Bianchi, un triciclo con las ruedas pinchadas. Lo aplastó bien contra la pared, después sacó el brazaletes de cuero de la mesa de la cocina y volvió a la garita. Riccardo estaba leyendo un crucigrama ya hecho, se levantó de la silla de paja, salió. Pietro colgó el cartel de *Vuelvo enseguida* del cristal de la garita y se reunió con él fuera.

Montaron en el todoterreno aparcado delante del portal. Una raqueta de tenis en

miniatura se balanceaba colgada del espejo retrovisor, en el salpicadero había algunos recibos apilados, recubiertos de ceniza. Riccardo dejó el peluche en su regazo, puso el motor en marcha y, en cuanto arrancó, el muñeco se echó a un lado, lo enderezó.

–Se me ha ocurrido que Luca no te habría dicho nada –su rostro era duro–. Cuando pierde a un niño, no quiere saber nada del mundo.

–Sucede lo mismo cuando se pierde a una mujer.

El todoterreno aminoró la marcha, Riccardo conducía sin apartarse del parabrisas, se aferró al hocico de peluche y lo acarició. Dejó de hacerlo, cogió el volante con dos manos, aceleró y carraspeó. Entonces se volvió.

–Estamos enamorados, Pietro.

El portero miró por la ventanilla, la ciudad estaba encallada en el hielo.

–Entiendo.

–¿Entiendes?

Asintió.

–Las personas se dejan porque en determinado momento deciden probar con alguien nuevo –rozó el elefante–. Es el amor mínimo.

Riccardo miraba la calle, miró de nuevo al portero.

–¿Y cuál es entonces el amor máximo?

–Defender el amor por una sola persona.

–A veces no se puede.

–Porque no se quiere.

–Hablas como un cura.

–Hablo como un viejo.

Riccardo tamborileó con los dedos en el volante.

–Así que el tuyo con Dios era mínimo.

–No era amor.

–¿Entonces por qué te hiciste cura?

–Porque no llegué a conocer nada más.

El peluche golpeó con el hocico contra el claxon, Riccardo se lo encajó entre las piernas y el todoterreno cruzó un semáforo en ámbar.

–Tampoco yo conocí nada más después de perder a mis padres.

Recorrió un tramo de la carretera de circunvalación interna, no conseguía aparcar por muchas vueltas que daba, al final ocupó una plaza para residentes. Por la ventanilla se veía el inicio de la zona peatonal, un grupo de personas bien arregladas entraba en una iglesia púrpura. Riccardo se estiró hacia el lado de Pietro y abrió la guantera, asomaban un callejero de la ciudad, la guía Michelin de restaurantes, un navegador vía satélite. Rebuscó a bulto.

–¿Dónde lo habré metido? –decía.

Había también un recetario médico y una funda de plástico con la documentación del coche. La abrió y de ella cayó boca abajo una polaroid. Se le metió debajo del asiento, Pietro la recogió. Riccardo se la quitó de las manos.

–Quiero volver a tener una familia, Pietro.

La guardó y siguió rebuscando con calma, del fondo de la guantera extrajo un distintivo de médico. Lo colocó cerca del disco horario.

–A Luca le bastará con su hija.

Pietro le dio el brazalete.

Riccardo le miró extrañado, lo cogió y lo retuvo en la palma de la mano.

–Las cosas no están exactamente así.

Se lo ató en la muñeca.

–A Luca le bastará con su hija.

Cuando el portero quiso bajar, Riccardo lo sujetó de una manga.

–¿Dios me absolvería?

–Dios no entiende de estas cosas.

–¿Y tú me absolverías?

–Yo no soy más que un hombre.

Pietro lo precedió camino de la iglesia, la gente no paraba de entrar, dos mendigos sacudían sus escudillas pidiendo limosna junto al rincón destinado a las flores. Riccardo dejó el peluche entre dos coronas de rosas blancas, el portero siguió a un grupo de mujeres que se amontonaba a la entrada. De pronto se detuvo. Luca asomaba en medio de ellas, con una gruesa cazadora ceñida y zapatillas de deporte.

También Riccardo se había dado cuenta.

–Luca –le llamó–. Luca.

El doctor se alejó y se metió en el patio de la iglesia, cinco árboles desnudos y un retal de tierra. Riccardo volvió a llamarlo, haciendo ademán de ir tras él. Esta vez fue el portero quien lo retuvo.

–Tengo que hablar con él, Pietro.

El portero no lo soltó. Lo acompañó a la iglesia y, cuando entraron, Riccardo se zafó para ir a saludar a la madre de Lorenzo, que se hallaba junto al féretro. Ella tenía la mano puesta en el ataúd blanco, estaba diciéndole algo a un cura larguirucho, con la sotana demasiado corta.

Pietro se situó en un extremo de la nave lateral, junto a un Cristo menor que le miraba en diagonal. No había vuelto a entrar en una iglesia desde el día en el que abandonó la suya. Se restregó las manos, el frío le había vuelto a los huesos. Bajo los talones del Cristo menor vibraban las llamas de los cirios, las súplicas se derretían sobre el hierro oxidado.

Todos se sentaron, la madre de Lorenzo, no. Permanecía inmóvil, con una mano se toqueteaba un pendiente de perlas, con la otra acariciaba el ataúd.

–Oremos –anunció el sacerdote.

Pietro inclinó los ojos hacia el mármol del suelo, contó las manchas de argamasa mientras el sacerdote elevaba las manos al cielo, oremos. Oró la madre de Lorenzo, oró Riccardo en la segunda fila y la gente reclinada sobre los bancos. Oró el doctor, sentado en el patio de la iglesia, con las zapatillas de deporte clavadas en la tierra. Luca se llevó las manos a los ojos, las dejó allí y lo mismo hizo la madre de Lorenzo. Ambos dijeron: por qué a mí.

La hora de salida hacia Rímíni eran las ocho. Pietro llegó al estudio con diez minutos de antelación, los postigos del apartamento estaban echados. Aguardó delante del portal, con la mochila en la mano y una chaqueta que lo protegía del frío. El día anterior, después del funeral, se había pasado por la tienda de Anita para avisarla: vuelvo al mar durante unas horas. Con mi hijo. Ella le había sonreído, cuando estés allí, ¿te importaría hacer una cosita por mí? El portero había aceptado y Anita le había dado un tarro de mermelada vacío.

Pietro comprobó que se había traído el tarro, cuando dejó de rebuscar en la mochila se percató de su presencia. El doctor y la niña estaban sentados tras el escaparate del bar de enfrente. Sara le estaba limpiando la boca a su padre, él hacía lo mismo, en una mano tenían dos mitades de bollos rellenos y los dedos manchados de azúcar glas. Cruzó la calle y llamó al cristal, un segundo después, un microbús plateado con el rótulo Furgoneta Deluxe aparcó delante del estudio. Miró la hora, eran las ocho en punto.

El abogado bajó del asiento del conductor, agitando un colbac con una pluma de pavo real, miró a su alrededor, caminó hacia Pietro y le hizo una pequeña reverencia. Paola bajó la ventanilla de la furgoneta y saludó.

–No salgas, Fernando –dijo, meneando la cabeza con su permanente recién hecha. Pero Fernando ya estaba fuera con su boina y una máquina fotográfica colgando del cuello, sacó una foto a la escena del abogado que se inclinaba ante el portero, a sus espaldas aparecieron Luca y su hija.

Poppi frunció una comisura de la boca y se acercó al doctor.

–Nosotros también nos vamos a la playa.

Le estrechó la mano, el colbac torcía su cuello de jirafa.

Luca dejó resbalar la cartera de Sara y el maletín de piel, tenía las llaves del coche colgadas del dedo índice.

–Yo voy a trabajar, abogado.

–Somos una familia, doctor.

–Voy por razones de trabajo, ya se lo dije por teléfono.

–Me dijo también la hora a la que se marchaba. Y a eso yo lo llamo inconsciente-pide-apoyo. No se preocupe, mientras usted trabaja, nosotros respiraremos yodo –Poppi inspiró a pleno pulmón, después se dirigió a la niña–: Ya verás lo bien que nos lo vamos a pasar, princesa.

–Sara tiene que ir a la guardería.

–No sea usted cruel.

–No sea usted cruel –repitió Fernando y abrazó a la pequeña.

Luca y Pietro se miraron. Después, el doctor volvió a entrar en el estudio y regresó con una bolsa más y sin la cartera.

–Vale, de acuerdo.

Sara corrió hacia su padre y brincó a su alrededor, era incapaz de quedarse quieta de la alegría.

El abogado esperaba delante de la furgoneta, sujetaba en el puño cerrado las extremidades de dos cerillas.

–*And the winner is...*

Se lo tendió a Pietro. El portero sacó la cerilla más corta.

–¿Y con esto?

–Con esto conduzca con cuidado porque yo sufro del estómago.

Poppi se sentó al lado del conductor.

Luca colocó a Sara junto a Paola.

–Cariño, yo estoy aquí detrás –dijo y se sentó al lado de Fernando.

–¿Vamos ahora a ver a mamá? –murmuró Sara.

Paola la acarició.

–¿Sabes que en el mar hay delfines que saltan muy pero que muy alto?

El abogado se volvió desde el asiento delantero, se quitó la pluma de pavo real del colbac y se la dio a la niña.

–Es como tu varita mágica. Frótatela tres veces por debajo de la nariz y verás los delfines.

Sara la sujetó en la mano sin hacer nada mientras Pietro ponía el motor en marcha.

–Esperad –Paola abrió el abrigo y sacó un pequeño rosario de coral. Se estiró hacia delante e intentó colgarlo del retrovisor–. Las carreteras son peligrosas.

–¿Ha visto, Pietro? Se fía más de Dios que de usted –Poppi le arrancó el rosario de las manos–. No sabe que el Señor no tiene carné de conducir. Vamos a hacer lo siguiente, que decida el que conduce: ¿dejamos la serpiente en el espejito o la extinguimos?

El portero se puso el cinturón, quitó el freno y dijo: la dejamos.

El cura joven y la bruja se acercaron a la pista de baile, la gente dijo *u j é e' prít, u j é la strèga*¹⁰. Corrieron a un rincón oscuro de la playa, debajo de una planta trepadora de hiedra entre dos casetas.

–A tus pies de cura no los mueve la música –ella unió los tobillos y levantó una pierna de lado, se agarró a la hiedra y giró sobre sí misma–. Tampoco a mi cuerpo de bruja lo mueve la música.

Él se quitó un rosario de la muñeca y taconeó, despacio, con más fuerza, taconeó un claqué que desafiaba al Cielo.

–Es el miedo al Señor lo que los mueve.

La hiedra vibró por encima de ellos y dejó caer lo que ocultaba entre sus hojas, conchas de caracoles incrustadas de sal.

–Es el miedo.

Se acercaron, el cura joven le apoyó una mano en el vientre, la bruja dijo yo a mi hijo

lo he visto cuando vino al mundo, era tan pequeño como estos caracoles.

Los pies se pararon de repente, los aplacó aquel beso.

Al cabo de media hora de autopista, el abogado se volvió hacia los pasajeros. Fernando iba sacándole fotografías a todo. Poppi metió un dedo en el agujero de un cedé y lo hizo girar alrededor del índice, lo introdujo en el reproductor. Reguló el volumen y la canción arrancó, *El mar en invierno no es más que una película en blanco y negro vista en la televisión*, Fernando fotografió a Luca adormecido contra la ventanilla con un gorro calado en los ojos fingiendo que dormía, *y hacia el interior algunas nubes que desde el cielo se dejan caer*. Fotografió a Paola mientras le contaba a Sara una historia de sirenas y Sara que se frotaba su pluma de los deseos, quiero ser una sirena que nada con los delfines. Se fotografió a sí mismo, sus ojos enamorados de Alice en su rostro regordete. *Mar mar aquí no viene nunca nadie a llevarme consigo, mar mar aquí no viene nunca nadie a hacerme compañía*, el abogado y Pietro salieron desenfocados, los separaba el rosario de coral mientras la canción los relataba *Pero ya de noche un extraño concierto y una sombrilla que sigue abierta, me lanzo perplejo a momentos que he vivido ya*.

La furgoneta Deluxe se acercó al puente sobre el Po. Pietro aceleró y Paola dijo ten cuidado, siguió acelerando y el rosario golpeó contra el parabrisas. Adelantaron a dos coches y se colocaron a la derecha, las barreras de protección habían sido derribadas y parcheadas con barras móviles.

–Dios mío –se tapó la boca–. Más despacio, te lo ruego.

Pietro se quedó mirando el hueco del quitamiedos que desfilaba a su lado.

–¿Sabéis jugar al alfabeto? –preguntó el abogado.

Entraron en el puente y nadie contestó, el río bajaba crecido, una barca en mal estado lo cruzaba de una orilla a otra.

–¡El mar!

Fernando dirigió la máquina fotográfica hacia el cristal. La niña se frotó la pluma debajo de la nariz tres veces.

–Es el río, tesoro. Aquí no hay delfines –Paola la acarició–. ¿Qué decía del alfabeto, abogado?

–Gana el que completa el alfabeto desde la a hasta la zeta con las iniciales de las señales de tráfico. Primero la a, luego la be, la ce y así seguido. Solamente las iniciales. Sara, el doctor y yo nos quedamos con el lado derecho de la carretera, Pietro, Fernando y Paola con el de la izquierda. ¿Queda claro? Pues empezamos.

–¡Viola! –exclamó Fernando.

–¿A qué viene ahora la uve? –Paola se volvió hacia su hijo, todos se volvieron. El muchachote observaba la pantalla del móvil que estaba sonando en la mano del doctor.

Pietro echó el coche hacia el carril de emergencia sin poner el intermitente y Luca dijo por teléfono:

–Estoy yendo a Rímini, Sara va conmigo...

Poppi le hizo un gesto a Pietro para que acelerara, Luca seguía farfullando por teléfono, dijo solo vamos a estar unas horas y nos volvemos.

La furgoneta Deluxe prosiguió por el carril de emergencia hasta la explanada de un área de servicio, aparcaron.

–Desayuno doble para todos.

El abogado abrió la puerta corredera.

–Capuchino –Fernando fue el primero en bajar.

Dentro de la furgoneta se quedaron Luca y su hija. Él le pasó el teléfono y ella habló repiqueteando con un dedo en el cristal, después le devolvió el móvil a su padre y salió fuera.

–¿Qué te ha dicho tu mamá? –Paola se la llevó consigo.

El abogado se acercó a Pietro.

–Los amores de nosotros los maricones se deshacen más que los vuestros, desde luego. Pero ¿sabe cuál es la diferencia? Que no hay niños de por medio. El útero genera infelicidad, amigo mío.

–De esa forma, ni usted mismo existiría, señor abogado.

–Exactamente.

Se colocó el colbac y acompañó a los demás al bar.

El portero aguardó en el centro del aparcamiento y se palpó los bolsillos del abrigo. Notó el elefante. Y la grabadora del gasolinero.

Luca se reunió con él.

–Quiere hablar conmigo en cuanto volvamos.

Cuando se terminó la autopista, la última letra del juego del alfabeto había sido la eme. El abogado leyó en voz alta *Maravillate en el Grand Hotel* en un cartel que precedía a la salida de la estación de peaje de Rímini Norte.

–Nosotros, la eme, vosotros, la ge, hemos ganado –Poppi extendió los brazos–. Y ahora maravillémonos todos en este Grand Hotel escogido por mi tarjeta de crédito.

–Yo quiero volver esta noche –dijo Luca.

–Nos sentará bien –el abogado se lo repitió en voz baja–. Nos sentará bien.

Fernando levantó la mano, Sara lo imitó y también Paola alzó un dedo sonrojándose.

–Cuatro contra dos. Y además, ya he reservado. Tres suites, el desayuno en la habitación y vistas al mar incluidas. Invité yo, a la tumba solo quiero llevarme recibos.

El portero detuvo el vehículo en el arcén.

–¿Adónde vamos, doctor?

–Todo el mundo al Grand Hotel –contestó el abogado.

–¿Adónde, doctor?

–Adonde ellos digan, Pietro. No tengo ganas de motines.

La furgoneta exultó, el portero permaneció con el motor en marcha y el rosario de coral bailando en el retrovisor.

–Vámonos –dijo Poppi.

Él no arrancó.

–¿Qué ocurre, Pietro? –Paola le puso una mano en el hombro.

El portero metió la marcha y arrancó. Lentamente al principio, recorrió un trozo de carretera estatal hasta una rotonda, donde casi se detuvo, después giró por la calle que atravesaba la ciudad y llevaba al mar. Rímini estaba desnuda, gris a causa del frío, gris a causa del abandono que las ciudades de veraneo se conceden en el otoño. Luca bajó la ventanilla, el aire salado entró y Pietro tosió, se apretó la nariz contra la manga mientras rodeaban las fortificaciones y pasaban al lado del puente de Tiberio, bordearon la dársena y llegaron a una avenida con una retahíla de chalés. Al fondo había una plaza y, en el centro, una fuente con cuatro caballos de piedra que expulsaban agua por las fosas nasales.

–Están resfriados –Fernando los señaló.

El portero no apartó los ojos del volante y los demás dijeron: merece la pena que bajemos, merece la pena. Él prosiguió por una rotonda en cuyo centro estaba la estatua de una cámara fotográfica, aparcó y Paola dijo:

–Ahí está el mar.

Ahí estaba el mar. Faltaban las olas, faltaban las sombrillas. La arena estaba consumida

por las huellas, allá al fondo el faro callaba.

–Todos abajo –dijo el abogado.

Salieron uno detrás de otro, Luca cogió en brazos a la niña y cruzó la acera a largos pasos, el abogado se descalzó, Fernando hizo lo mismo y Paola le dijo:

–A ver si vas a coger algo, ponte los zapatos enseguida.

Fernando le sacó una foto y no se puso los zapatos, corrió hacia la orilla. Pietro echó a andar también, con la nariz tapada por un pañuelo. Siguió las huellas de su hijo hasta el bar del establecimiento playero, con los postigos echados y el rótulo de hojalata de los helados.

Paola se reunió con ellos.

–¿Qué tal va el regreso?

–No he llegado a irme nunca.

Pietro liberó la nariz del pañuelo y el aire le ardió en los pulmones. Cruzó el bar y se encaminó hacia la playa, la arena se le aferraba a las piernas. Avanzó, y Paola tras él, se acercaba al mar, seguía acercándose, llegó a la orilla. Había una capa de conchas rotas que Fernando y el abogado se entretenían en recoger, el portero se detuvo y el agua le rozó los zapatos, hijo mío, te protegeré, rozó también los de Paola, haz que Pietro se enamore de mí. Mojó los pies desnudos del abogado, esta es mi familia, y los de Fernando, ¿estás en el fondo del mar, papá?, acarició los zapatos del doctor, ¿qué voy a hacer?

El agua se retiró, y Luca le dijo a Pietro:

–Tenemos que irnos.

Sara se despidió de su padre mientras se frotaba la pluma debajo de la nariz.

–¿Qué deseo has pedido, amor mío?

Ella habló y casi no se oyó.

–Que vuelvas pronto.

–No tardaré mucho. Ya verás lo bien que te lo pasas con los demás.

–Que vuelvas pronto a nuestra casa –dijo un poco más fuerte.

Luca confió la niña a Paola y prosiguió con Pietro por la playa. Regresó al paseo marítimo por el establecimiento playero número cuatro. Un grupo de turistas estaba con la cara hacia el sol, el Grand Hotel era una catedral de marfil.

–Cojamos la furgoneta.

El portero sacó las llaves, el doctor no contestó y siguió andando. Cruzó el área peatonal que llevaba a la fuente de los cuatro caballos, el fragor del agua era tan fuerte como si estuviera allí. El portero se puso a su lado.

–¿Dónde tiene la cita?

–Es curiosa esta fuente.

Pietro le enseñó el pinar a los lados.

–En verano, aquí abajo había una pista de triciclos en forma de animal. Me traían los curas del orfanato.

Luca se sacó una moneda del bolsillo.

–Es una fuente para enamorarse.

–Para turistas.

–Para enamorados, decía mi madre. Pero ella siempre fue una sentimental.

Lanzó la moneda al agua, expresó el mismo deseo que su hija.

Recorrió la avenida con la retahíla de chalés a los lados y bajaron al paso subterráneo de la estación. Prosiguieron por una calle adoquinada que desembocaba en una plaza con una cúpula de cristal, que protegía los restos de una *domus* romana. Se detuvieron.

Pietro bajó la vista hacia el empedrado.

–¿Cómo le localizan para las visitas?

–A través de las asociaciones de enfermos terminales –sacudió el maletín de piel–. Hay también casos aislados.

–El hijo del gasolinero.

–El gasolinero, no su hijo. Si acepto, se llevará a Andrea consigo. Si acepto, esta vez correré un gran riesgo.

Estaban muy cerca, se rozaban los zapatos.

–¿Por qué lo hace?

El doctor callaba, se apartó levemente.

–Sus ojos. Basta con mirarles a los ojos.

Se apartó un poco más. Cuando llegó al final del cruce, levantó la cara hacia el letrero con el nombre de la plaza.

También Pietro levantó la vista hacia el letrero.

–No hay ningún paciente en Rímimi, ¿verdad?

Del mar llegaba la neblina. La arrastraba el aire salobre, los muros de las casas se perdieron en la palidez. Padre e hijo se buscaron, permanecieron uno contra el otro en la plaza que custodiaba el pasado. Luca hizo un gesto para que lo siguiera.

–Yo me paro aquí.

El portero se apartó.

–Cuando mi madre se estaba muriendo, me reveló que había tenido una sola pasión en su vida. «Papá», le dije yo. «No», dijo ella.

–Yo me paro aquí.

–«Fue un encuentro antes de la boda», dijo mi madre. «El único secreto bueno de mi vida. Los demás son horribles o insípidos y solo el Señor los conoce.»

–Es preferible que se detenga usted también aquí, Luca.

–«Fue al final de un verano en la playa. Fue un encuentro que nació a causa de un gato y una bicicleta.»

El rostro del doctor afloró de la calima. Al fondo de la plaza estaba la iglesia dieciochesca, a su lado una casa de dos plantas con los postigos echados. La fachada había sido pintada hacía poco, ya no de color amarillo sino verde claro.

Luca se acercó a Pietro.

–Le pregunté a mi madre por qué razón se había casado con mi padre. Me dijo: «Papá es el amor para una vida, hijo mío». «Y el otro ¿qué es, entonces, mamá?» «El otro es el amor de una vida» –el doctor se aplastó el pelo de la nuca–. ¿Y sabes lo que me dijo

mi madre cuando quise saber por qué había acabado el amor de una vida?

Pietro lo miró. Luca era una silueta recortada en lo blanco.

–Mi madre me dijo: «Hace falta valor para arrancarle un amante al Señor. Y yo siempre he sido una cobardica» –Luca se giró hacia el fondo de la plaza–. Añadió también una cosa sobre mí: dijo que fui yo quien mantuvo unidos a mi padre y a ella. Admitió que haber tenido un hijo juntos había reforzado su relación –se detuvo de repente–. ¿Era esa la iglesia, Pietro?

Él no contestó. Y el doctor prosiguió:

–Yo sabía que mi madre había pasado sus vacaciones en Rímìni hasta los veinticinco años. Cuando comprendí de dónde venías y que habías sido sacerdote, pensé que podías ser tú ese encuentro.

–¿Qué más le dijo?

–Nada más –echó a andar–. ¿Qué otra cosa debía haberme dicho?

–Esa es la iglesia, efectivamente.

La neblina se elevó y Luca dijo:

–Cuéntame cómo es el amor de una vida, Pietro.

–¿Por qué?

–Porque yo acabo de perderlo.

Pietro abandonó el centro de la plaza, rodeó la *domus* romana y se dirigió hacia los soportales de delante de la iglesia.

El doctor iba con él.

–¿Fue aquí donde os encontrasteis?

Un cura de mediana edad salió de la casa y se apresuró a abrir la iglesia. Pietro permaneció detrás de las columnas.

–Padre Paolo –dijo un hombre que estaba ya allí–. Ayer por la noche soñé con Dios.

–¿Y qué tal estaba?

–Algo cansado –se rio–. Me dijo que después de morir hay algo y que todos volveremos a reunirnos.

El hombre se despidió y dobló la esquina.

El cura de mediana edad asintió y, en cuanto se quedó solo, dijo:

–*Cert che se dop un n'jè gnint a sèm frighed dabòn*¹¹.

Pietro se agachó, apoyó una mano donde el gato había sido atropellado por la bruja, había un montoncito de hojas secas. Se le desmigajaron entre las manos.

–¿Le basta con eso, doctor?

Luca meneó la cabeza.

–¿Por qué quisieron volver a verse al cabo de tanto tiempo?

–¿De verdad quiere saberlo?

El doctor asintió. Pietro se puso de pie y dejó caer las hojas.

–Nadie me dijo nunca que después de morir me reuniría con ella.

La calima se transformó en niebla cuando padre e hijo llegaron a la casa de la bruja. Ahora tenía los muros alisados y un revoque jaspeado. Una vieja estaba sentada en el jardín, con los tobillos cubiertos por las hojas de una higuera. Pietro se echó el sombrero sobre la frente y ella murmuró: «*A m arcord ad vò. Ch'um saluta e' Signurèin*»¹².

Rodearon la casa, el patio estaba vallado y en la parte de atrás había un quiosco. Por la ventana se veía un póster de un cantante y una lámpara cuadrada.

–Volvamos con los demás.

–¿Era esta la casa de mi madre?

–Volvamos con los demás.

Retomaron la calle que llevaba al mar. Luca telefoneó y la voz del abogado resonó en el móvil:

–¡Venid, que los delfines han escogido a Fernando, venid enseguida!

–Están en el delfinario –dijo Luca.

El portero sonrió.

–¿Sabes que fue Poppi quien te quiso a toda costa?

Asintió.

–Erais once candidatos para el puesto. Todos con experiencia, excepto tú y otros dos. El abogado insistió mucho con los demás propietarios, tienes las vibraciones justas, eso decía.

–Las vibraciones justas.

–Hubiera hecho de todo por mi madre. Eran grandes amigos.

El faro silbó por primera vez y ellos fueron al encuentro del eco del pasado. Se hallaron frente al monumento del ancla, al principio del muelle, mientras, algo más atrás, los pesqueros se balanceaban atracados en el embarcadero. El faro volvió a silbar y Pietro se tapó los oídos, cruzó la calle en dirección al delfinario, un cilindro de cemento entre la playa pública y el establecimiento número uno. No había cola en la taquilla, compró dos entradas y, en cuanto llegó Luca, le dijo:

–Nos están esperando.

Solo les esperaba Paola. Era la única persona sentada alrededor de la pecera de los delfines con la cara vuelta hacia la entrada, con sus rodillas sujetaba los pies de Sara que agitaba los brazos ante el murete. El abogado iba y veía corriendo y sacando fotografías.

Fernando estaba en una canoa arrastrada por un delfín, con las gafas en la punta de la nariz y la boina hacia un lado. Dos delfines saltaron por encima de él, el chapuzón lo empapó y él protegió su sombrero. No dejaba de observar a los espectadores, asustado, saludó a Sara. Buscó a su madre. Saludó al público, después un hombre con traje de

submarinista cogió el micrófono y dijo:

–Un aplauso para Fernando, un fuerte aplauso.

Las escasas personas presentes aplaudieron, Paola apretó los tobillos de la niña. Volvió a apretar y por debajo de las gafas de sol le bajaron dos regueros.

–¡Un último aplauso para Fernando!

El muchacho extraño acabó su paseo en barca, después lo acompañaron a escoger un pescado de un cubo. Con él en la mano se acercó a uno de los delfines que aguardaba al borde del agua. El animal se lo arrancó de los dedos, Fernando dio un salto hacia atrás, asustado. El hombre con el traje de submarinista le dio un recuerdo envuelto con un lazo y dijo ahora puedes volver con tus amigos.

–Ya viene, Paola.

Pietro la ayudó a levantarse. Ella se limpió la cara, abrió los brazos y corrió al encuentro de Fernando, el abogado sacó una fotografía de la madre con una sonrisa a medias y del hijo que la apartaba.

La música de la pista de baile finalizó y la niebla acabó por tragarse también ese retal de arena. Algunos decían *l'è ora d'andé a chèsà*¹³, otros ya hacía rato que se habían ido a casa. Todos se habían olvidado de la bruja y del cura, la hiedra entre las casetas los escondía.

–Mi hijo era así de pequeñito –se agachó y cogió una concha de caracol–. Lo enterré debajo de un árbol. Al día siguiente volví y el árbol ya no tenía hojas.

Se bajó una hombrera del vestido y la otra, la niebla se deslizó entre la hiedra y el vestido resbaló.

El abogado decidió el reparto de habitaciones, Fernando protestó cuando supo que dormiría con su madre. Prefería estar con Pietro, lo abrazó. Solo se calmó al ver a una camarera del bar del Grand Hotel, de pelo azabache y con las trenzas recogidas encima de la cabeza. Ella lo saludó, ¿le apetece tomar algo, señor? Él se sentó a la barra, ¿te llamas Alice?

El doctor retiró la llave y subió enseguida con su hija a la habitación 316. Cuando entraron, Sara se encogió de estupor. Había unas flores preciosas en la mesilla y unos bombones en forma de estrella sobre la cama, había una bandeja de fruta con una cinta rosa a su alrededor. Y las sillas eran doradas y el mar estaba justo enfrente. Inspeccionó la habitación con sus piernas, que parecían zancos, desapareció por el baño y reapareció en el balcón, un fantasma que no cabía en sí de gozo.

Al portero le tocó, junto al abogado, en la 318. Y el abogado dejó las cosas claras desde el principio:

–No se haga demasiadas ilusiones. Soy difícil de conquistar –empezó a sacar la ropa de las maletas–. Mi Daniele tardó dos días en hacerme suyo –guiñó un ojo y se dejó caer en el sillón–. No le bastó una vida entera para abandonarme. Ahora las historias mueren como moscas, basta con ver a Luca y a Madame. Y pensar que ella no tenía ojos más

que para él.

–El doctor ya se había dado cuenta de lo de ella y el otro.

–Válgame Dios, pero si hasta Fernando y su cactus se habían dado cuenta. Luca padecerá de vértigo pero menudos saltos pega. Y además siempre ha sabido cómo es su mujer.

–¿Y cómo es?

–¿Viola? Belleza no le falta, cerebro e ironía tampoco, sensualidad le sobra, ¿fiabilidad? Eso depende.

–¿De qué?

–Del deseo de reproducirse, amigo mío. Y de lo que otee en el horizonte. Moscas más rápidas, moscas más estables.

–Es distinta de lo que parece. Es solo muy frágil.

–«Es-distinta-de-lo-que-parece-es-solo-muy-frágil» –Poppi se rio–. Podría ser usted guionista, Pietro. O cura. Piénselo... –apoyó los pies sobre la mesa–. Esa chica podría ser igual a lo que parece.

El espejo de la pared devolvía el reflejo de las dos camas con dosel y el ramo de hortensias sobre la mesa del salón. El reflejo del portero curvado sobre sí mismo.

–Cuénteme lo que sabe de esos dos, abogado.

Poppi inspeccionó la bandeja de fruta servida con los mejores deseos del Grand Hotel.

–Una mujer mataría por ser madre –titubeó ante una manzana–. Estuvieron intentando tener un hijo durante años. Yo oía cada mes su desesperación cuando no lo conseguían.

–¿Qué sabe usted?

–Para mí, la niña siempre será hija de Luca y de nadie más. Lo que cuenta son los afectos, no los testículos.

Escogió un racimo de uvas y se lo aproximó a la boca.

Pietro miró hacia fuera, el mar era una plancha de acero que absorbía el último sol.

–Dígame lo que sabe... –se dio la vuelta–, lo que sabe usted de mí.

Poppi dejó el racimo de uvas y se acercó a la ventana, la abrió.

–Que es un portero muy distraído al que no le gustan los gatos. Pero un hombre más que atento.

–¿Y qué más?

Lo siguió al balcón.

–Soy un invertido, Pietro. Y soy un histérico. Estoy solo y tengo una lengua viperina. Sin embargo, amigo mío, hay algo que no haría nunca: revelar los secretos de una vida.

–Celeste.

–Celeste me pidió que le mandara una carta y que le tuviera en consideración si usted daba señales de vida. Y punto. Celeste me dijo que era usted un hombre de quien podía uno fiarse con cuatro saltos de claqué a sus espaldas –se peinó las cejas con el pulgar–. A todo lo demás llegué por mi cuenta: usted, Pietro, sabe lo que significa vivir con el recuerdo de la persona a la que se ama.

–En determinado momento, hasta eso se acaba.

Las farolas del paseo marítimo se encendieron. Desde la playa, un grupo de viejos

señalaba un transatlántico que refulgía a lo lejos. La niebla cayó de nuevo y los viejos dijeron es el *Rex*, el *Rex*. El abogado volvió a entrar y empezó a rebuscar en una de las maletas, sacó un traje envuelto en celofán.

–Para usted, Pietro. Es demasiado fascinante para no merecerse algo de azul.

Se quitó el jersey de cuello vuelto, se despojó de los zapatos y los pantalones. Se golpeó con los puños en los costados.

–¿Es esta carne la que me separa de mi Daniele?

El portero se quedó mirándole a los ojos, le agujereaban la piel.

–Solo debe esperar.

–¿A morir? –el abogado se encaminó hacia el baño–. Siempre me ha aburrido esperar –abrió la puerta–. ¿Conoce al poeta Prévert? Es un melifluo con cerebro: *Les feuilles mortes se ramassent à la pelle, les souvenirs et les regrets aussi*. Las hojas muertas caen a puñados, como los recuerdos, como las añoranzas –se encerró dentro–. Yo estoy sumergido en ellos hasta el cuello.

La niebla entró en la y Pietro ya no vio nada. Apoyó una mano contra las costillas, se golpeó.

Celeste sujetó el caracol en la palma de la mano, dejó caer el vestido hasta los tobillos y acarició las manos de Pietro, que solo sabían rezar. Le ayudó a quitarse el jersey, la camisa. Volvió la luz del faro y ella le vio los moratones en los costados.

Pietro rebuscó en los bolsillos de los pantalones. Sacó el rosario de piedra y se lo ató a la muñeca, era una serpiente que le estrangulaba.

–No sé nadar muy bien.

Se quitó los pantalones.

–Porque siempre llevas pesos encima.

Le sacudió el rosario y acabó de desnudarlo, lo arrastró fuera de la hiedra.

Corrieron desnudos hasta la orilla, se encaramaron a las rocas que bordeaban el muelle. Pietro se tapaba el sexo y observaba los tobillos de bailarina de la bruja.

El agua borboteó y se la llevó a ella, borboteó y se lo llevó a él. Sumergió los pies, las piernas, el cuello. Celeste mantuvo el caracol a ras del agua.

–Perdóname, hijo mío.

Lo dejó caer y lo siguió bajo el agua. Pietro miró a su alrededor, notaba que la bruja se movía en el fondo. Aguardó y en la espera se le desató el rosario.

Pietro se puso el regalo del abogado y vio que le quedaba perfecto. Poppi cantaba la canción del coche bajo la ducha, el portero vestía de azul por una vez en su vida. Se miró al espejo, ahora de Mastroianni tenía el revuelo y la chaqueta a medida. Se la abrochó y cogió el tarro de Anita de la mochila. Cogió también la grabadora y se la metió en el bolsillo, me llamo Andrea Testi, tengo treinta y cuatro años y soy un regateador estupendo, salió de la suite 318 y del Grand Hotel. El paseo marítimo estaba impregnado de niebla. Los rótulos de los establecimientos se difuminaban, se veía el resplandor

amarillento de las farolas y el faro de una bicicleta que pasó a su lado. No había vuelto a pisar el muelle desde una noche de treinta y cinco años atrás. Siguió el paseo y superó el delfinario con la taquilla oculta tras una valla, pasó el monumento del ancla, al otro lado del puerto, la pista de baile se había convertido en un atracadero para embarcaciones de lujo. La única música provenía del bullicio del agua. Se sujetó al muro que separaba la playa del muelle de los pesqueros, en el medio había una ensenada. Se metió por allí. Se arrodilló y abrió el tarro, empezó a llenarlo con puñados de arena gélida, lo llenaba como le había pedido Anita, poco a poco. Lo cerró y lo calentó entre las manos, protegiéndolo, lo llevó sujeto así hasta que llegó al final del muelle.

Después levantó los ojos. El agua se henchía, se hinchó y él fue a su encuentro. Subió a la primera roca, a la segunda. Bajó a la tercera y el agua sumergió el azul de los pantalones a la altura de los tobillos. Los pies repiquetearon una vez, la niebla los cubrió y en el blancor empezó con el talón, prosiguió con la punta.

Pietro regresó junto a la brisa que deshacía la niebla y amasaba las hojas, la hojarasca cubrió la playa y el jardín del Grand Hotel. En el vestíbulo, había dos músicos de etiqueta ante un contrabajo y un violín, y un pianista tocaba con el pelo revuelto a causa de la corriente que entraba por una puerta. La sala estaba muy transitada. Pietro los vio en la primera mesa. Paola tenía un vaso de vino en la mano y la mirada fija en su hijo sentado a la barra. Fernando, de punta en blanco, se inclinaba de vez en cuando sobre el taburete y se ajustaba la chaqueta, sin apartarse de la camarera.

–Los mejores llegan siempre los primeros, la moda ha cambiado –el abogado lo recibió en esmoquin, se inclinó y notó los pantalones de Pietro, mojados en los talones, y el tarro con la arena–. Ya me explicará algún día a qué dedica el tiempo libre –después le susurró al oído–: Concédale un baile a Paola, en toda la tarde no ha esperado otra cosa.

Lo llevó a la mesa, en el medio había un cartoncito con el escudo del Grand Hotel en el que estaba escrito *Reservado furgoneta Deluxe*. Luca, sentado aparte, columpiaba a su hija sobre las piernas. Sara se percató del portero y le enseñó el delfín de plástico que le había regalado Fernando después de su paseo en canoa. Luca no se volvió hacia él en ningún momento.

–Noticias frescas sobre nuestro doctor... –el abogado se acabó una copa de champán–. En vez de Madame, le ha llamado Riccardo, pero él no ha contestado. ¿Bailamos?

–No.

–Venga.

Le quitó el tarro de las manos y lo dejó sobre la mesa, arrastró al portero hacia la pista. Lo colocó en la posición del vals, Pietro intentó apartarse, pero acabó por ceder y dejarse guiar. Poppi lo llevó durante unos pasos, después le hizo una señal a Paola.

Ella se puso en pie, su vestido largo rozaba el suelo y le cubría a duras penas el pecho marchito. Se le acercó, era un amasijo de bucles, se siguió acercando. Pietro se encontró con ella en lugar del abogado. Paola lo estrechó con sus manos frías, el olor a maquillaje subía de su cara apergaminada, tiró de él.

–Es muy fácil, tú sígueme –lo condujo siguiendo las notas del pianista despeinado–. Tú sígueme.

Pietro la siguió. Por encima de los bucles veía a Fernando que bajaba del taburete de la barra y se acercaba a un jarrón de flores de la recepción. Paola reclinó la mejilla sobre el rostro del portero, inspiró largamente y dijo ves qué fácil es, es solo cuestión de entendimiento. Fernando robó una rosa del jarrón del vestíbulo y volvió hacia el bar mientras su madre susurraba al oído de Pietro:

–Y entre nosotros dos lo que no falta desde luego es entendimiento.

Paola le acarició la nuca, lo mismo que había intentado hacer Fernando con la camarera del pelo azabache, que se apartó sonriendo. Sonrió Paola también, me siento tan protegida por ti, extendió los labios hacia el cuello de él. La camarera retrocedió, Fernando había saltado la barra, quiero casarme contigo, Alice, el muchachote se apretaba las gafas en la frente y le ofrecía la rosa, eres mi amor. Otro camarero medió y rechazó a Fernando. Se interpuso entre ambos, el muchachote dijo Alice, Alice, mientras su madre decía Pietro, es hermoso envejecer juntos, Pietro, hay tantas cosas que podemos hacer tú y yo. Fernando desafió al camarero y lo azotó con la rosa, logró esquivarlo y se lanzó contra la chica. Hizo que resbalara, resbaló él también y arrastró consigo el estante de las botellas. El portero se volvió hacia el bar, todos se volvieron hacia el bar excepto Luca, que dejó a Sara con el abogado y se lanzó escaleras arriba.

El pianista vaciló, se alisó el pelo desarreglado y dijo a los otros músicos debemos distraer a los huéspedes. Empezaron otra vez a tocar, pero nadie se distrajo de aquel muchacho extraño arrollado por dos camareros.

Pietro abandonó la pista cuando Fernando ya se había puesto en pie y era socorrido por Paola. Se dirigió a las escaleras y subió a la planta de las habitaciones, las ventanas del pasillo estaban abiertas de par en par. El viento arrastraba hacia el interior la arena, Luca estaba al fondo y decía por teléfono, todo muy bien, Sara está bien. ¿Qué ibas a decirme antes? Dímelo ahora, dímelo ahora, por Dios. Te he dicho que me lo digas, ¿qué más da que sea mañana o ahora? Se inclinó en el alféizar y el viento le hinchó el pelo. Dímelo, seguía al teléfono, no quiero saberlo en persona, quiero saberlo ahora, oye, Viola, ¿me oyes? ¿Me oyes? Se apartó del móvil, lo miraba, lo dejó caer y se percató de la presencia del portero. Se pasó una mano por el pelo y la detuvo en la cara.

—¿Volvería a asomarme a esa ventana para enamorarme?

Su voz era un silbido.

—Lo haría.

—¿Por mi hija?

—Por lo que ha llegado a ser.

Luca recogió el móvil y pasó a su lado.

—Un médico que le disputa las almas a Dios. ¿Qué más?

Pietro sacó la grabadora del gasolinero y se la tendió.

—Un padre.

El rosario acabó en el fondo y se mezcló con la arena, por el fondo nadaba también Celeste. Pietro la notaba cerca de las piernas, pataleó, ella le acarició los pies y emergió. Le puso las manos en las costillas heridas y dijo:

—No es más que una plegaria, la nuestra.

Cruzó las piernas por detrás de él.

—Nuestra plegaria.

Pietro dejó de agitar las piernas. Las brujas tienen acento de Milán y unos ojos

asustados que son más hermosos aún. Se quedó mirando el cielo, después se llenó las manos de lo que nunca había tenido, llegó al pecho majestuoso, a las caderas, llegó a las piernas y subió.

Celeste le detuvo las manos en el vientre, su plegaria dio comienzo cuando él la tomó.

El doctor volvió al vestíbulo del Grand Hotel, Pietro se asomó a la ventana del piano. El transatlántico iluminaba una franja de mar. En la punta del muelle el faro estaba apagado y la única claridad seguía siendo la de las luces de un restaurante sobre unos pilotes.

–Luca me ha dicho que estabas aquí.

Pietro se dio la vuelta, Paola avanzaba desmañada sobre los tacones altos, tambaleándose. Tenía las mejillas embadurnadas de maquillaje y los labios reseco en las comisuras.

–¿Qué tal, Fernando?

Ella le apoyó el rostro en el hombro, el aliento le olía a vino.

–Está con Poppi.

Lo abrazó. Desde el vestíbulo llegó de nuevo el sonido del piano y Paola respiró profundamente.

–No sé qué hacer con él –lo abrazó de nuevo–. Nunca lo he sabido.

También las luces del restaurante sobre los pilotes se apagaron.

Paola le retorció un faldón de la chaqueta.

–¿Vienes conmigo a coger las pastillas para Fernando?

–Te espero aquí.

Ella le sujetó una mano y buscó las llaves en el bolsito, lo arrastró hasta la habitación 314. Abrió y lo empujó hacia dentro, entornó la puerta. Le apoyó la frente en la barbilla como si siguieran bailando, el aliento le olía a vino.

El portero la sujetó.

–Los demás nos estarán esperando.

Intentó sacarla de la habitación, pero Paola volvió a colocarle las manos en su sitio. Suspiró una última vez y se deslizó hacia abajo. Se arrodilló, le desabrochó el pantalón, aferró. Pietro retrocedía, la boca de ella fue más rápida. Le devoró el sexo. Prosiguió, el rímel se le corrió de los ojos, prosiguió hasta que Pietro le alejó el rostro.

–Los demás nos estarán esperando.

Ella se dejó caer hacia atrás, extendió los brazos sobre la moqueta y ya no se movió. El portero la levantó, Paola farfullaba. La tumbó sobre la cama mientras desde el pasillo llegaba un murmullo, el abogado llamó a la puerta. Entró con Fernando colgado del cuello, las gafas torcidas y una tirita en la sien.

–Una y uno, dos, *en plein* –dijo cuando se percató de la mujer aturdida por el vino. Colocó al muchacho extraño al lado de la madre y le besó en la frente antes de salir.

El portero salió con él.

–Debe de ser el yodo.

Poppi lo cogió del brazo.

–Ya decía yo que bajo esa apariencia se celaba un humorista.

Pietro dormía en la habitación 318, su cara asomaba de las sábanas que le cubrían hasta la barbilla. Tenía las piernas entumecidas y roncaba suavemente. Antes del sueño, Poppi le había tenido despierto un momento más.

–Buenas noches, amigo mío. Y gracias.

El portero se había quedado dormido enseguida, el abogado no llegó a pegar ojo, con las manos cruzadas sobre el batín de seda y las mejillas pálidas a causa de la crema antiarrugas. Se quedó en la cama, inmóvil, y de repente había susurrado *Mazel tov*, después ya nada hasta mediada la noche.

Mediada la noche, Poppi hizo rechinar los dientes. Suspirando, sacó las manos de debajo de las sábanas y se las llevó a la nariz. Por una vez, ya no sentía miedo, solo vergüenza. Se levantó despacio, su pijama de seda estaba manchado en su parte inferior, el viejo se desabrochó la parte de arriba y descubrió que los pantalones estaban empapados de orina. Se encerró en el baño mientras Pietro abría los ojos hacia la ventana, el *fiuuu* del faro estaba ahí otra vez. Los abrió también Fernando en la habitación 314, su madre lo abrazaba y el muchachote intentó zafarse de aquellos brazos que eran más de esposa que de madre, *fiuuu*, el faro silbó y el último en oírlo fue Luca en la 316. Se despertó sobresaltado, Sara era un hatillo que se apretaba contra sus costillas. Dormía, él le apartó el pelo de la cara. Se incorporó y se acercó al ventanal, Rímimi en invierno es una señora. La chaqueta colgaba del perchero, rebuscó en un bolsillo y en otro, encontró la grabadora y salió al balcón. La puso en marcha, el eco del faro volvía a empezar. Bajo aquel resoplido, cada uno de ellos encontró el valor que nunca antes había tenido.

Me llamo Andrea Testi, tengo treinta y cuatro años y soy un regateador estupendo. Hacen falta unos buenos tobillos para regatear bien, y yo tengo buenos tobillos. Hace falta tener también buen ojo, mirar de frente al adversario, mirarlo de frente. Después tobillo balón tobillo. El ojo bueno lo sigo teniendo. Yo sé hacer regates bruscos, y quiero seguir haciendo regates. Preguntádselo a Daniele Bucchi. Es el capitán y, como defensa, es un oso. Es mi capitán. Cuando tienes la pelota se te echa encima, a todos los para menos al aquí presente. Puedes jurar que en los entrenamientos nunca ha podido con el aquí presente. Yo le decía, te reto, y él me decía mucho cuidadito contigo. No consiguió quitarme la pelota ni una sola vez. Daniele Bucchi dice volveré a hacerle regates y se está entrenando por partida doble para cuando me levante de la silla de ruedas y vuelva al campo. El capitán no dice más que gilipolleces. De la silla de ruedas paso a la cama. Eso es lo que pone en el papel del hospital. Está escrito también que no volveré a hablar. Si

es así, Dios tiene suerte de no ser defensa. Si es así, tobillo balón tobillo, mirar de frente al adversario. Es mejor palmarla. Lo digo yo y esta es mi voz, Me llamo Andrea Testi y soy un regateador estupendo. Palabra de honor, es mejor palmarla.

Ganó el equipo del abogado. Seguían aún en la autopista cuando el alfabeto se completó con la zeta del letrero *Zapis Termas*. Poppi fue el único que jugó, Paola permaneció pegada a la ventanilla con el fular tapándole los pómulos y Fernando estuvo cataléptico todo el rato. Del equipo de Pietro nadie lo intentó siquiera, Luca viajó con su hija en las rodillas, ¿te han gustado los delfines, cariño? Ella había asentido, ¿me llevas a dar un paseo en canoa?

Pietro los observaba por el retrovisor, el rosario osciló mientras la furgoneta Deluxe cruzaba el puente sobre el Po, junto a los carriles en sentido contrario, el quitamiedos seguía hundido. Paola se santiguó, Fernando guardó la funda con la cámara fotográfica dentro. La última instantánea era la de Alice en el Grand Hotel, aunque en realidad se llamaba Nicole y tenía un novio socorrista en verano y animador de discotecas en invierno. Ella le había guiñado un ojo y Fernando había sacado la fotografía, eres mi amor, yo ya tengo un amor, lo siento mucho.

El móvil de Luca sonó al final del puente, había sonado en cuanto salieron de Rímini y otras dos veces más, él no había contestado. Contestó a la salida del peaje de Milán.

–Vente mañana por la mañana a las nueve y media y así me dices lo que tengas que decirme, ya llevo yo a Sara a la guardería.

La niña se quedó mirando a su padre y se restregó la pluma por debajo de la nariz, pero la soltó cuando llegaron al estudio. Bajó y agitó tres dedos para despedirse, Fernando le correspondió con tres dedos en el cristal.

–Se me encoge el corazón al ver al doctor así –Paola soltó el rosario del retrovisor y se lo dio al portero–. Quédatelo tú, lo prefiero.

Pietro se lo guardó en el bolsillo y antes de llegar a casa se lo ató a la muñeca. Tuvo que aparcar a un paso de la parada del tranvía, el todoterreno color petróleo ocupaba los dos sitios al lado del portal.

–Ricitos de oro no pierde el tiempo.

El abogado señaló a Riccardo, que descargaba con esfuerzo una bolsa de la compra del maletero. Tenía la pierna derecha escayolada hasta la rodilla y eso lo desequilibraba hacia un lado.

–Cuánto lo siento –rio Poppi, sarcástico–. Se ha hecho daño, pobre criatura.

Nadie bajó de la furgoneta.

–Está ella también –dijo Paola.

Viola se entreveía en la entrada con otras bolsas.

–Todos abajo –ordenó el portero.

Fernando fue el primero, cargó con las maletas y entró sin saludar. Paola fue la última.

Después de que el abogado bajara habló con el fular en la boca.

–Siento lo de anoche, Pietro.

–¿Puedo salir con Fernando esta noche?

–¿Con él?

–Con él.

Paola suspiró.

–Ya te lo diré, a ver si no está cansado...

El portero le devolvió las llaves al abogado y se acercó a Riccardo, cogió la bolsa que quedaba en el maletero. Rebosaba de peluches, vio también un pijama y útiles para el baño.

–¿Qué le ha pasado a la pierna?

–Que el fútbol sala no está hecho para los casi cuarentones.

El portero cerró el maletero.

–Lo acompaño.

Lo acompañó escaleras arriba, Riccardo se ayudaba con unas muletas y al final de la primera rampa se apoyó en el hombro del portero.

–¿Qué tal ha ido el regreso al mar?

–Aire sano para todos.

–¿Para Luca también?

Pietro lo ayudó a reemprender la subida.

–Vamos.

Lo sostuvo hasta el segundo piso. Viola estaba en el umbral.

–Pietro.

Riccardo hizo ademán de darle un golpe con la muleta.

–De no haber sido por él... –sonrió.

–Ya estaba bajando –le cogió la bolsa al portero–. Pasa, pasa.

–Yo tengo que irme, acabo de darme cuenta de que se me ha olvidado el recetario en la consulta.

Riccardo se encaminó por el descansillo y Viola lo siguió.

–¿Y cómo vas a ir, perdona?

–Tomaré un taxi.

Ella lo despidió titubeante, después invitó de nuevo a Pietro a entrar.

–¿Te apetece un café?

–Ya me he tomado dos durante el viaje.

Entró tras pedir permiso y se quedó mirándola. Tenía el pelo recién cortado, escalado. Se mordisqueaba los labios, su rostro tenía los huesos marcados.

Ella cruzó los brazos debajo del pecho y los senos se le resaltaron.

–¿Qué tal todo en la playa?

–Hemos llevado a Sara al delfinario. Se lo ha pasado muy bien.

Viola no sabía hacia dónde mirar, miró un trozo de sofá, los guantes de lunares estaban arrebujados entre el respaldo y un cojín. Los recogió y los alisó entre las manos, varias veces, los dejó sobre la mesita.

–Ya sé lo que estás pensando, Pietro.

–¿Y qué es lo que estoy pensando?

Él buscó la fotografía del campo de espliego, ya no estaba en su sitio, sustituida por una mancha rectangular.

–Que lo estoy mandando todo a paseo.

–A Luca le basta la niña.

Pietro habló a quemarropa. Viola lo invitó a sentarse.

–La cosa es más complicada.

Él no se sentó. Localizó la fotografía del espliego detrás de la puerta, asomaba en un amasijo de cajas. Se la señaló.

–¿Qué queda de eso?

Ella seguía mirando los guantes, las arrugas resistían, los alisó otra vez.

–En determinado momento, yo dejé de amarlo.

Después se tocó el bolsillo.

–¿Qué queda de eso? –Pietro señalaba el espliego.

Viola seguía tocándose el bolsillo.

–Al final no son más que cosas, Pietro –sacó un móvil que vibraba. Leyó el mensaje–. Lo sabía... –contuvo la respiración–. Riccardo ha ido a ver a Luca.

Pietro y Celeste permanecieron uno dentro del otro y él dejó de jadear, ella también jadeaba y sus piernas ya no eran de bailarina.

–Me tiemblan –Celeste le rozó los moratones del costado–. Me tiemblan las piernas porque Dios se siente ofendido –se apartó de él y desapareció debajo del agua, volvió a aparecer con el rosario–. Mamá dice que Dios está en las cosas.

Se lo dio. Pietro lo rechazó.

–Las mías han dejado de temblar.

Viola salió de casa con el portero.

–Riccardo es capaz de pasarse toda la noche esperando si no me lo llevo de allí –sacó las llaves del todoterreno–. ¿Te ha dicho Luca adónde iba?

Él le dijo que no y ella se apresuró escaleras abajo.

Pietro se detuvo en el rellano. La puerta del abogado estaba entreabierta y por la rendija Poppi lo estaba mirando, con su cráneo opaco en penumbra. Tenía una sonrisa plácida y la mano abierta en un gesto de saludo eterno. Pietro se lo devolvió y bajó dos escalones, cuando se volvió de nuevo, el abogado ya no estaba ahí.

Siguió bajando y se metió en la garita. Descolgó el teléfono y marcó el número del móvil del doctor. No estaba disponible. Llamó a Anita, le dijo que esa noche le llevaría el pequeño recuerdo de Rímini, le pidió también un gran favor. Colgó el auricular y buscó la Bianchi. Tenía un dedo de polvo en el cuadro. La embrazó.

Pietro había acertado. Encontró a Luca en el hospital mientras hablaba con dos

enfermeras y tenía a Sara en brazos.

–¡Cómo ha crecido! –decía una de las dos.

Sara no se movía, absorta en un niño que jugaba en la habitación, detrás de una puerta de cristal. El niño estaba inclinado sobre una mesa de plástico y buscaba una pieza para formar un puzle en forma de alce.

El doctor le dijo algo a la niña y ella asintió, la dejó en el suelo, las dos enfermeras la acompañaron a la habitación del niño. Cuando Pietro se acercó, Luca fue a su encuentro.

–¿Qué ocurre?

–Te buscan en casa.

Sara se había sentado al lado del niño y escogía las piezas del puzle. Las enfermeras echaban una mano, el alce tenía uno de los cuernos despuntado y el hocico sin nariz.

–Conque me buscan en casa –Luca suspiró–. ¿Ves el niño que está con Sara? Se llama Davide y está obsesionado con los tractores y las hormigoneras. Sobre todo con los camiones de remolque doble. Está al límite, igual que Lorenzo –hizo sitio a Pietro–. Si te fijas bien, te darás cuenta de que es un niño feliz, por más que intuya el final.

Davide cogió una de las piezas del puzle y la encajó en su sitio.

–Sara, en cambio, no está al límite. En vez de las hormigoneras, prefiere los hechizos. Y ahora, los delfines. Ella, con todo, también intuye un final. El de su familia. Si te fijas bien, te darás cuenta de que no volverá a ser realmente feliz –Luca apoyó una mano sobre la puerta de cristal–. En cierto modo, ambos son hijos míos.

–Lo sé.

–Sara llegó como por milagro. Lo llaman astenozoospermia: espermatozoides perezosos. No me faltan pelotas para dar muerte, pero sí para dar vida.

Davide encontró la pieza que le faltaba. Intentaba colocarla. Sara lo ayudó y los cuernos del alce se afilaron.

–Te buscan en casa.

–Habían dicho mañana por la mañana a las nueve y media –Luca abrió la puerta de cristal–. Sea lo que sea eso que quieren, no será tan importante como esto.

Cuando Pietro volvió del hospital se dio cuenta de que la garita estaba hecha un desastre. El correo atrasado se acumulaba sobre la mesa y una capa de polvo velaba el suelo. Los neumáticos de la Bianchi marcaban las baldosas, y proseguían en el interior de la casa. También el patio parecía un almacén de morralla. Las plantas amarilleaban y las hojas secas atascaban los desagües. A la Virgen se le había puesto otra vez la cara de color carbón, las conchas de caracoles tenían oculto el pedestal y caían al suelo.

Empezó por la garita. Distribuyó en los buzones el correo que había llegado en los días de Rímini, dejó aparte el de Luca y amontonó la suciedad en un rincón con la escoba. Al contenedor de la comunidad fueron a parar las conchas vacías y las hojas secas, le quedaban las plantas. Arrancó de las macetas las ya moribundas, y se salvaron dos. Trasplantó un ficus florido y una ramita convaleciente a la franjita de tierra al lado del seto. Pasó a la cristalera del chiscón, salpicada de marcas de dedos como lunares. Fue empañándola con el aliento y limpiándola con un paño de algodón. Formaba pequeños círculos de aliento cálido y los borraba deprisa, una y otra vez, hasta que vio un reflejo nítido. Llenó el cubo con agua tibia y amoniaco, el trapo lo tenía ya. Empezó por el cuarto piso, sacó brillo a las escaleras y a los rellanos y, cuando llegó al segundo, oyó que Viola y Riccardo ya estaban de regreso. Bajó al primer piso, al vestíbulo después, se metió en la garita y limpió también el suelo de su casa. Las marcas de la Bianchi le costó bastante eliminarlas, los azulejos del dormitorio nunca los había tocado. Eran grasa y polvillo de revoque. Cambió el agua pútrida por agua hirviendo y se agachó. Amasó el trapo con las manos, tenemos un hijo del que podemos estar orgullosos. Empezó a restregar, restregó con esas manos estriadas por los tendones, es nuestro hijo, raspó, apretaba sin pausa y la grasa empezó a deshacerse. Recorrió a gatas el perímetro de la habitación eliminando las pústulas de revoque, las rodillas se le enrojecieron, no cejó, las emanaciones del amoniaco le hinchaban los ojos, él se los secó contra un hombro, aminoró el ritmo para recobrar aliento y volvió a empezar. Encorvado, era un hombrecillo aún más diminuto, exhausto, desengrasó las últimas baldosas ya casi sin resuello. Había llegado a la maleta. La apartó y limpió los ocho baldosines sobre los que descansaba. Es nuestro hijo. La liberó de las cajas, de todas las cajas, y cuando acabó la cerró. Ató las hebillas, primero una y después la otra. Se quedó mirándola. Lo protegeré, Celeste, te lo prometo.

Se incorporó con el trapo que goteaba pez, lo arrojó al cubo, también el agua del cubo era pez.

Fue a tirarla al lavabo del baño y se desvistió. Los brazos le palpitaban y la piel relucía de sudor. Estaba empapado. Entró en la ducha y vació el gel, se restregó igual que con

las baldosas. Se enjuagó. En cuanto acabó de secarse se puso la camisa blanca y los zapatos espigados, se anudó el corbatín. Después se puso la chaqueta, lo protegeré, por último se colgó la mochila con el tarro de Anita, te lo prometo.

Pietro subió al segundo piso. De la vivienda del abogado salía el ruido apagado del televisor y de la de los Martini la voz de Viola. Llamó a la puerta de Fernando.

Paola abrió enseguida.

–Al final no me has dicho nada –dijo Pietro.

–Vas a ver lo elegante que se ha puesto.

Ella pisó el felpudo e incitó a su hijo a salir.

Fernando apareció en el descansillo con pantalones de vicuña y camisa blanca, con su boina, y una trenca de una talla mayor. Se tocó la tirita de la sien.

–De paseo con Pietro.

–No volveremos muy tarde.

Paola ajustó la trenca a su hijo.

–Pásatelo bien, yo me daré a las cartas con el abogado –lo besó–. ¿Cómo vais a ir?

–En taxi.

Pietro se despidió y bajó con Fernando cogido de la mano al zaguán del edificio. La Bianchi estaba apoyada contra el canalón, reluciente.

–En taxi –Fernando la señaló y se rio.

Pietro montó en el sillín y le ayudó a colocarse sobre el cuadro, el muchacho extraño cabía a duras penas, se encogió todo lo que pudo, después se agarró al manillar. Se marcharon de inmediato, Fernando se sujetó la boina que amenazaba con salir volando, el trasero empezó a dolerle en cuanto la Bianchi rodó por el empedrado. Se aplastó.

–¡Más rápido! –dijo y la Bianchi se metió entre dos coches y bajo un semáforo en ámbar–. ¡Más rápido!

La Bianchi aceleró y quienes la veían pasar veían una centella y escuchaban el rugido de un muchachote. Pietro apretaba los pedales, le faltaba el aliento, Fernando se caló la boina y apoyó sus dos manos sobre las del portero, se las estrujó al tiempo que farfullaba:

–¡Más despacio, más despacio, más despacio!

Pietro no aminoró, cuesta abajo por la calle de la explanada, el muchachote apoyó la mejilla contra el manillar y se volvió más ligero, Pietro se agachó y le clavó la barbilla en la cabeza para el esprín final, se levantó sobre los pedales y corrió como nunca había corrido en su vida.

–¡Hemos ganado! –dijo cuando llegó–. ¡Hemos ganado, Fernando!

La Bianchi frenó delante de casa de Anita.

–¿Y qué hemos ganado?

Pietro llamó al telefonillo.

–Aquí vive una amiga mía que quiere conocerte.

Fernando se masajeó el trasero, después se aplastó contra el costado del portero.

–No tengas miedo.

Metieron la Bianchi en el aparcamiento de bicicletas y subieron al piso, la puerta de Anita estaba abierta. También el piso de al lado estaba abierto. De él salió Silvia.

–Buenas noches –tenía dos coletas y el pintalabios de siempre, se guardó el móvil en el bolsillo de los vaqueros–. Hola.

Fernando se ajustó las gafas en la nariz.

Silvia le sonrió.

–Me llamo Alice, y tú, ¿cómo te llamas?

A él se le ensombreció el gesto.

–Esta es mi amiga. No seas tímido.

Silvia se acercó, le acarició un hombro.

–¿Cómo te llamas?

El muchachote se volvió hacia Pietro.

–Me llamo Fernando.

Se rio sin ninguna razón.

–Qué nombre más bonito.

Silvia le hizo un gesto al portero y, cogiendo de la mano a Fernando, lo acompañó al umbral de su casa. Eran pasos tímidos, él se sujetó a la barandilla del descansillo, indeciso, al final se fío. Antes de entrar se ajustó la boina, se quedó mirando a Pietro una vez más.

Pietro hizo un gesto de asentimiento.

Y él entró.

A través de la ventana se le seguía viendo, en el centro del saloncito con la espalda achicada por la enorme trenca, por el cuello encamisado hasta la papada. Ella le ayudó con el abrigo, le dijo ponte cómodo y él supo así que su Alice era una muchacha muy amable.

–Cuánta ternura inspira –Anita miraba de reojo desde su comedor, abrió y llamó a Pietro–. No me lo esperaba tan...

Pietro entró pidiendo permiso.

–... tan indefenso –Anita frunció los ojos curiosos–. Ahora cuéntame cómo es el mar con tu hijo.

De repente, Pietro la abrazó. La abrazó fuerte, mantuvo sujeta a su Anita del cuello y la besó en el pelo, en las mejillas, en la frente. Se restregó contra ella y ella se dejó restregar mientras le decía que el mar le había sentado bien.

Pero él seguía sin palabras, torpe, con los brazos de hierro y los dedos duros que nunca llegaron a aprender a acariciar, desmañados, que nunca llegaron a aprender a sentir.

–Se lo has dicho a tu hijo, se lo has dicho.

Las manos sintieron. La piel suave de Anita, y todo lo que puede faltarle a uno en la vida. Se apartaron de ella, un instante, para sacar el tarro de la mochila. El pequeño favor que Anita le había pedido.

Ella abrió la tapa del tarro.

–Mi tierra.

La arena se había quedado gélida. Introdujo dos dedos, los introdujo hasta los nudillos y Pietro con ella. Su tierra se volvió más tibia.

Se buscaron en la arena.

–Dale la carta, te lo ruego.

Se entrelazaron en la arena.

El mar levantó a Celeste, ella hizo el muerto mientras Pietro le colocaba una mano bajo la espalda y otra entre el pelo. Las olas la alejaban, él la retuvo y dijo:

–No te cases.

–Mañana me marcho.

Le apretó la nuca.

–No te cases, ahora yo soy libre.

Encontró una horquilla en el pelo, se la quitó y las olas le arrebataron a la bruja, se la arrastraron mar adentro, donde él no sabía nadar.

–Ahora soy libre.

Pietro nadó de todas formas hacia ella, braceando, y acabó debajo del agua, se impulsó y tomó aliento, la buscó con los ojos que le ardían a causa de la sal. Ya no estaba en el agua. Solo había mar, y la luz del faro que cegaba. Después la vio, nadando hacia la orilla, saliendo del agua. Era una sombra en las rocas.

Pietro abrió el puño, de ella le quedaban una horquilla de cobre y tres cabellos quebrados.

Fernando salió del piso junto a su Alice, la camisa blanca tenía un botón desabrochado. Pietro le esperaba en el descansillo, Silvia asintió al portero y acarició la nuca del muchacho extraño, le pellizcó la mejilla y volvió a entrar en su casa. Él le dijo eres mi amor. Su cara amoratada expresaba aturdimiento.

Pietro le dio la mano y notó que estaba sudada. Le masajé el enorme hombro, lo atrajo hacia él. Le cerró bien la trenca y le puso la bufanda como se la ponía Paola. Lo acompañó al patio, se sostuvieron el uno al otro hasta el aparcamiento de las bicicletas. Fernando se quedó embobado, el portero empuñó la Bianchi y alzó la cabeza hacia las viviendas del balcón corrido del edificio. La ventana de Silvia estaba ya a oscuras, Anita estaba asomada a la suya, con el pelo suelto y una mano apoyada en el cristal. Pietro esperó a llegar a la verja y, por primera vez, le mandó un beso.

Hizo montar a Fernando sobre el cuadro, lo sujetó con un brazo porque se inclinaba hacia un lado. La Bianchi arrancó despacio y avanzó despacio durante todo el viaje, no hubo necesidad de pedalear. Los condujo a casa y, cuando llegaron, el muchachote estaba prácticamente dormido, apoyado sobre el manillar y con las piernas acurrucadas en medio de los tubos. Pietro dejó la Bianchi delante de la garita.

–Tu madre te está esperando.

Fernando bajó y no se movió de allí. Obcecado, se quedó mirándole con los ojos negros de sueño, se desabrochó la trenca y se quitó la bufanda. Entró en la garita y se aposentó ante el piso del portero, como un perro que arañaba la puerta.

–Es tarde, vamos a casa de tu madre.

Pietro abrió, el muchachote entró el primero. Se detuvo ante la mesa de la cocina, dio dos pasos hacia la cama, entró en la habitación. Encendió la lámpara y la dirigió hacia la maleta.

–Mi tesoro.

Agachó la cabeza, y se quitó la boina. La dejó sobre la caja más grande que custodiaba una horquilla oxidada para el pelo y un traje de cura joven.

–Cuida mucho de tu madre, Fernando.

El muchachote frunció la frente, lo atrajo hacia él. Le apoyó la mejilla contra un costado mientras su cabeza descubierta enrojecía.

–Cuida mucho de tu madre.

También Pietro lo abrazó. Lo sacó de la habitación, le lavó la cara. Después subieron juntos las escaleras, enredados el uno en el otro. Llamó a la puerta.

Paola abrió enseguida.

–¿Dónde está el gorro de papá?

–Lo hemos perdido –Pietro le acarició un hombro–. Ha sido culpa mía. Lo siento mucho.

Fernando no se apartaba del portero.

Ella se mordió los labios, se los devoró, después besó a su hijo en la cabeza.

–Pues yo, nada de cartas. El maleducado de Poppi no se ha dignado quedarse en casa –hizo pasar a su hijo–. Buenas noches, Pietro.

–Buenas noches.

Fernando llamó al portero cuando su madre cerró, invocó su nombre cuando su madre intentó meterlo en la cama a su lado.

Pietro se quedó mirando su puerta, la mirilla la horadaba en el centro exacto. Después se acercó a la del abogado y no oyó el televisor. Llamó, volvió a llamar. Bajó a la garita y cogió una copia de sus llaves. Subió las escaleras, llamó por última vez. Abrió.

Y lo vio, colgado del techo, con la cara azul y los pies rozando el suelo. La boca entreabierta. En el bolsillo del batín, un sobre, en el suelo un letrerito con algo escrito a mano, *Mazel tov*.

El lazo había hecho un corte en el cuello, una costra de sangre le coronaba el rostro. El batín estaba abrochado y el brillo de la seda reflejaba los resplandores de una vela, Pietro se acercó. La silla estaba caída junto al cartoncito con el letrero *Grand Hotel Reservado furgoneta Deluxe*. En el centro, con caligrafía agraciada, *Mazel tov*. Un augurio para quien se quedaba.

El abogado giraba sobre sí mismo, la cuerda había sido colgada de una viga del techo y vibraba a causa del peso. Poppi tenía los ojos desencajados y la mandíbula caída, con la lengua fuera. De sus piernas subía un hedor dulzón. Los hombros estaban caídos y los brazos echados hacia delante como si sujetaran algo, por las mangas asomaban unos dedos de manicura. Pietro detuvo el molinete del cuerpo, se percató de la latita de atún encima de la mesa, con un tenedor encajado en ella, que permanecía en equilibrio. Miró a su alrededor, pero el gato no estaba. Delante de la ventana vio el gramófono y la palma de iglesia, cuyas hojas curvas rozaban la pared de las máscaras tribales. Cogió una por las órbitas y se volvió hacia el abogado, le cerró los ojos y le colocó la goma de la máscara por detrás de la nuca. Se la bajó, perdona sus pecados, oh Señor. Cogió el sobre del bolsillo del batín, estaba escrito PIETRO con letras de molde. Lo abrió.

Voy a reunirme con mi Daniel. Usted vaya a buscar a su amor, ya le he explicado dónde encontrarla. Háblele a Celeste, cuénteselo todo sobre Luca. El hijo de ustedes dos.

Lo sabía. Pero, como ya le dije, el olvido me distingue de los chismosos.

El cuerpo del abogado había empezado otra vez a girar.

Me queda tiempo para una historia que viene de su tierra: había una vez un hombre, y a ese hombre en cuestión no es que las cosas le fueran muy allá, había estallado el diluvio universal y él se había encaramado al tejado de su casa para no ahogarse, de modo que le pide a Dios con toda su fe que lo salve y en su corazón sabe que Dios lo salvará.

Se acerca una embarcación y el hombre la rechaza, dado que está convencido de que el Señor vendrá a salvarlo, por lo que dice no gracias y, mientras las aguas no dejan de crecer, se acerca otra embarcación, pero él sigue esperando a Dios. Entretanto, el agua le llega ya al cuello, pasa una tercera embarcación, no gracias. Al final, el hombre se ahoga. Cuando ve por fin al Señor en el paraíso, le dice: ¡tú habías

prometido salvarme! Dios se queda mirándole, vamos a ver, pero si te he mandado tres barcas, sa vot adés?¹⁴

Ha dejado pasar ya dos barcas, Pietro, no deje de subirse a la tercera. Revele a Luca que es usted su padre. No le deje al cielo ese secreto también.

Una cosa más: gracias. Si he podido reunir fuerzas para convertirme en una lámpara de gran estilo se lo debo a su mar. Durante años he sido un hombre solo, excepto cuando le conocí a usted. El reconocimiento no es de este mundo, del otro sí. Y yo me siento ya allí.

Mazel tov, amigo mío. Le estaré esperando.

Pietro aguardó el alba con el abogado, la claridad que ascendía por las paredes los descubrió el uno junto al otro. Siguió velándolo, le quitó la máscara y le dio las gracias. El reconocimiento es también de este mundo. Le tomó de la mano, que colgaba fría, la entrelazó con la suya, después se marchó. Salió del piso y se dirigió a su casa, se acercó a su habitación. La luz de la lámpara de la mesilla se había quedado encendida e iluminaba las cajas cerradas. Se arrodilló ante los pedazos de la memoria, nunca te he perdido, Celeste. Se lo dijo también al rosario de coral de la muñeca, nunca te he perdido.

La neblina llegó junto a esa plegaria y cubrió Milán. Pietro se levantó, buscó una bolsa en el armario y se agachó junto a las cajas. Las abrió y sacó el timbre y la horquilla, el papel aluminio de los bombones, sacó el crucifijo, las fotografías, la goma de mascar y todo lo demás. Cogió la boina de Fernando y el elefante. Destapó la caja más ancha, extrajo el traje de cura joven. El negro seguía aún negro, el tejido de algodón estaba arrugado. Sacó el sobre de papel de arroz con el sello de Emilio Salgari. Lo metió todo en la bolsa y se fue a la cocina. Rompió la nota de despedida del abogado y la tiró. Colgó todas las llaves de los pisos en sus ganchos y retiró el correo atrasado de Luca. Cuando salió con la Bianchi, oyó cómo le llamaban, Marcello, Marcello.

Levantó la cabeza. Alice acababa de llegar al bar, corrió a su encuentro.

–Quería invitarte... –miró la bolsa colgada de uno de los frenos de la Bianchi–. Esta noche invitamos a una copa en el bar para celebrar mi marcha.

–¿Te marchas?

–Vuelvo a Cerdeña. Estáis todos invitados, tú, el doctor y Fernando, su madre, todos... –levantó la cabeza hacia el edificio–. Incluido el abogado, que me ha regalado su siamés sin decirme que era un gato con mucho carácter.

Pietro le sonrió.

–Hasta esta noche.

Le hizo una caricia y se marchó. El empedrado hizo estremecer los tesoros de la bolsa, se agazapó sobre el cuadro y dejó que la Bianchi corriera. La neblina mezclaba las calles. Le costó llegar, el camposanto era una muralla de franjas negras y blancas. Dejó la bicicleta cerca de un quiosco que vendía flores y cruzó la verja. Pasó por un sendero de gravilla como le había explicado Poppi, se metió por un pasadizo subterráneo entre los nichos de pared. Cuando emergió, la claridad devoraba las tumbas. Desde el fondo del cementerio contó siete lápidas. En la octava aparecía escrito *Celeste* en hierro forjado. La bruja sonreía, con los ojos perdidos y el rostro deformado por el tiempo. Su marido estaba en la fotografía de al lado, bajo tierra desde hacía cinco años. Pietro se arrodilló

por segunda vez en el mismo día, hola le dijo, y empezó a excavar. Excavaba debajo de la gravilla. Luca se parece a mí, excavaba un agujero lo más profundo que podía, nuestro hijo se parece a mí, escarbó y las uñas se le ennegrecieron. Se bloqueó. Estaba agazapado, pero no rezaba, yo no podré decirle que soy su padre, unió sus manos, pero te prometo que lo protegeré. Cogió la bolsa y la abrió, fue amontonando las piezas de la memoria en el agujero, una a una, yo te prometo que lo protegeré, lo último que enterró fueron la boina de Fernando y el elefante. Los tapó con la tierra y los guijarros. Solo quedaba el sobre de papel de arroz.

La rasgó. Siguió rompiéndola, hasta que ya no pudo sujetar los jirones de la carta y de la fotografía. Se le cayeron, se dispersaron. Solo entonces se supo desnudo de todo lo que había sido.

Apoyó la Bianchi contra el poste del semáforo y llamó al timbre del estudio. Nadie contestó. Por la ventana se veía una pared iluminada.

–Soy Pietro –se agarró a la reja y llamó al cristal–. Soy yo.

El portal se abrió al rato con un chasquido, Pietro entró y recorrió el entresuelo.

–Creía que eran Viola y él.

Luca estaba en el umbral, volvió a entrar en casa y se subió al altillo con la camisa fuera de los pantalones, se tumbó en la cama.

–Vienen a las nueve y media.

Luca le enseñó el móvil apagado.

–A las nueve y media no me encontrarán –levantó la cabeza de la almohada–. Los delfines. Voy a llevar a Sara a montar en esa canoa.

En la base de la mesilla había una lámpara caída. Pietro la enderezó.

–¿Cuándo se van?

–Pasaré por la guardería dentro de un rato, a Sara le encantan las sorpresas –se reclinó sobre un costado–. Antes tengo que hacer una cosa.

La lámpara proyectaba sus sombras desmochadas en el techo. Luca se apoyó en el cabecero de la cama, su sombra se aguzó y ensartó la de Pietro.

–¿Por qué has hecho todo esto?

–¿Todo esto?

–Lorenzo, la visita al profesor, volver a Rímini, venir aquí...

Luca extendió un brazo sobre la mitad vacía de la cama matrimonial, había un pijamita rosa. Los pantalones minúsculos y la parte de arriba hecha un ovillo sobre la almohada. Los recogió, los dobló con cuidado, primero los pantalones y después la camiseta, y abrazó aquel hatillo que cabía en dos palmos.

–¿Por qué lo has hecho todo?

Pietro se quedó mirándole, el pelo de su hijo formaba un cuerno en el centro de la cabeza, los ojos eran dos agujeros sin fondo. Se inclinó y lo aferró por debajo de los brazos, intentó ponerlo de pie. Luca le echó los brazos al cuello, se dio impulso y las piernas le resbalaron en las sábanas, no soltó la presa hasta que no estuvieron el uno frente al otro. Se sostuvieron. Después Luca se cambió de camisa, se aplastó el pelo. Bajó del altillo y desapareció en el baño, Pietro se sentó en la cama y dejó el correo

sobre la mesilla. Acarició el pijama rosa de Sara, tan pequeño.

Luca salió del baño.

–Ya estoy listo.

Pietro se levantó y le vio meter la grabadora del gasolinero en el maletín de piel.

Celeste cruzó las rocas y se marchó.

Pietro conservaba la horquilla y tres cabellos quebrados, yo te maldigo, Dios. El mar lo empujó hacia abajo. Braceó, acabó debajo del agua. La corriente lo arrastró hacia el fondo, nunca me dijiste nada. Se mezcló con la arena. Aguardó el final con los brazos abiertos, pero la corriente lo levantó de repente, haciéndole recobrar el aliento.

–Yo te maldigo.

Siguió braceando y llegó hasta las rocas, subió, los pies eran piedras atadas a los tobillos. Solo se puso los pantalones. Cojeó por el muelle y el paseo marítimo, levantó la vista hacia el Grand Hotel y llegó a la fuente de los cuatro caballos. Prosiguió hasta la casa de la bruja. La rodeó, la ventana estaba apagada, recogió un puñado de gravilla. La lanzó, volvió a lanzarla y la luz se encendió. La sombra de la bruja se alargó por la pared.

–Celeste –gritó él–, Celeste.

La ventana se abrió, Pietro vio solamente una mano que sostenía una nota de papel. La dejó caer, era el castigo de ambos.

El padre y el hijo salieron del estudio. Pietro siguió a Luca hacia la calle, cruzó el portal el último y lo entornó sin cerrarlo.

–Que tengan buen viaje.

Luca titubeó en la acera, la neblina lo desenfocaba, se acercó al portero.

Pietro levantó las manos, pero su hijo fue más rápido. Luca lo abrazó, lo envolvió, lo estrechó contra él. Después se encaminó solo y, antes de dar la vuelta a la esquina, se volvió una vez más, pero ya no lo vio.

Pietro había vuelto a entrar en el patio del edificio, esperando.

Viola llegó una hora más tarde. Pietro oyó su voz al otro lado del portal.

–Le llamé ayer por la noche y me confirmó que a las nueve y media.

Oyó también a Riccardo.

–Vuelve a llamar.

–No está.

–Voy a intentarlo en el móvil –Riccardo carraspeó–. Tiene el teléfono apagado.

Pietro salió a la calle. Viola se lo encontró de frente.

–¿Y tú qué haces aquí?

–He venido a traerle el correo al doctor.

–¿Le has visto?

–Ha vuelto a irse a Rímini.

Riccardo estaba apoyado en el todoterreno, se apoyó en las muletas y se acercó.

–¿Cómo has dicho?

–Que ha vuelto a irse a Rímini.

Viola miró a Riccardo.

–Dejémosle en paz, te lo ruego.

–Ha dicho que estará fuera unos días.

–Unos días –ella suspiró.

Pietro añadió:

–Con la niña.

Riccardo agitó una muleta y retrocedió:

–Me voy a Rímini yo también.

–Espera, podríamos...

Viola se retorció un botón del abrigo.

–Ya me he cansado de esperar –Riccardo se acercó apresuradamente al coche–. ¿Te sientes capaz de conducir?

Viola se detuvo ante el semáforo sobre el que estaba apoyada la Bianchi. La reconoció y se quedó mirándola, apretó un freno, también el portero se quedó mirando su bicicleta. El rojo le quedaba muy bien, volvió a ver a la bruja sobre el cuadro y al cura joven que la empujaba en la noche de la playa. Cerró los ojos.

–Ya les acompaño yo.

El gasolinero aguardaba a la entrada de la casa de los granados.

El doctor, tras pedir permiso, entró en la cocina, dejó el abrigo y el maletín de piel encima de una silla. Aún no había mirado al viejo, lo miró. Era una retahíla de huesos con el traje bueno puesto.

–Cuando quiera, mi Andrea está en la habitación.

El gasolinero lo acompañó al pasillo y volvió solo a la cocina. Cerró un paquete de galletas con una pinza y bajó la persiana, encajó las piezas de la cafetera puestas a secar junto al fregadero. La metió en la alacena y empezó a doblar las bayetas, se interrumpió porque Luca había vuelto.

–¿Ha visto lo guapo que está mi Andrea? Está más guapo que cuando estaba vivo.

Luca se sentó y colocó el maletín de piel entre los pies, sacó de él todo lo que le hacía falta. Vertió los tranquilizantes en un vaso que estaba sobre la mesa, se puso el estetoscopio. Devolvió la grabadora.

Detrás de la ventana la bruma se había convertido en niebla cerrada.

El gasolinero salió de la habitación y recorrió el pasillo hasta la habitación de su hijo, Luca desempaquetó la jeringuilla y la llenó. Tobillo balón tobillo. Se levantó.

Pietro conducía con prudencia desde que entraron en la autopista. El volante estaba desgastado en la parte interior, lo sujetaba en el lugar en el que la piel se había consumido, encajó allí dos dedos, los retiró para cambiar de marcha.

–¿Te importaría ir un poco más deprisa?

Riccardo estaba detrás, con la pierna escayolada extendida sobre los asientos. Viola se retorció un mechón de pelo delante, al lado del conductor. Golpeaba una rodilla contra la otra, despacio, mirando la niebla que iba cayendo.

–¿Te importaría ir un poco más deprisa?

Pietro agarrotó los dedos en las costuras y la piel del volante apenas cedió, no aceleró. Riccardo le dijo algo, él se quedó mirando el punto del parabrisas en el que la niebla se quebraba.

–¿Va todo bien? –preguntó Viola.

Pietro, asintiendo, aceleró.

Luca dio siete pasos en el pasillo, entró en la habitación de Andrea. El viejo había desmontado el tablero lateral de la cama y estaba sentado junto a su hijo, sosteniéndole la cabeza.

–Ayer por la noche estuvimos viendo la final del Mundial del 82, después le quité el tubo.

Le apartó el pelo de la frente. Delante de ellos, la pizarra sostenía una cartulina inmaculada, el televisor estaba apagado. También los aparatos estaban apagados. Se oían los trenes que rodaban por detrás del muro de niebla.

–Mi Andrea se puso muy contento cuando le dije que el doctor había aceptado, que nos separaríamos por poco –tosió–. Teníamos un pacto, él y yo: juntos. Nos iríamos juntos. Yo he tenido valor para él, me falta para mí.

Luca se adelantó y vio que la cartulina de la pizarra no estaba inmaculada. Dos rayas negras marcaban la esquina alta, un fondo azul la baja.

–Siéntese, doctor –el gasolinero le apartó el sillón con un pie sin separarse de su chico–. Siéntese, por favor.

Luca no se sentó y se acercó a la cama con el vaso.

El viejo tapó los párpados de su hijo.

–Me lo pedía Andrea –se incorporó y tomó el vaso, miró en su interior–. Me lo pedían sus ojos.

Bebió. Se remangó la camisa y aquel hilillo de brazo quedó al descubierto. Se lo tendió.

Pietro apartó los dedos de las costuras del volante, lo giró y se desplazó hacia el carril de la izquierda. Volvió a acelerar y regresó al centro de la calzada. Levantó la vista hacia el retrovisor.

Riccardo le estaba mirando.

–¿No te ha dicho por qué volvía a Rímini, Pietro?

No aguardó a la respuesta, le dijo a Viola: pásame la documentación de la guantera, por favor. Se quedó callado de repente, mirando como todos ellos un charco que horadaba la niebla y manchaba el asfalto lejano. El charco se aproximó y comprendieron lo que era en el mismo momento en el que lo embestían. Agua y hojarasca pútrida. Al deshacerse, un enjambre de hojas cubrió el parabrisas, la luneta y las ventanillas. El portero puso el limpiaparabrisas, las hojas se levantaron mientras Viola le pasaba a Riccardo la carpeta con la documentación del coche.

Una hoja se había quedado encajada en una esquina del cristal. Pietro apagó el limpiaparabrisas justo a tiempo y la salvó. Escrutó sus nervaduras, aún retenían un poco de verde. Tenía el pedúnculo quebrado, el viento intentaba arrastrarla consigo. El portero se colocó en el carril de la derecha, mientras por detrás la mano de Riccardo se adelantaba. Sujetaba una fotografía polaroid. Le dio la vuelta, era la misma ecografía pegada en la nevera de los Martini.

La hoja resistía, después el viento se la llevó. Pietro oyó la voz:

–Es Sara, es mi hija.

–Es mi hijo.

El viejo gasolinero permanecía con el brazo al descubierto y acariciaba a su Andrea. Lo

desplazó con cuidado, como había aprendido en el curso de los años, las piernas lo primero, los hombros después y, por último, la cabeza, con una mano debajo de la nuca, despacio. Se tumbó a su lado y entrelazó sus dedos con los suyos, somos Rossi y Altobelli, campeones del mundo, después hizo un gesto de asentimiento al doctor. Se reclinó sobre la única almohada y entonces Luca pudo verlos juntos, el rostro asustado del padre y el del hijo, en paz.

Al viejo solo le quedaba un hilillo de voz.

–Su padre se parece a usted –tenía el brazo a media altura–. El señor Pietro se parece a usted, debe de sentirse muy orgulloso de su padre.

Riccardo sujetaba la ecografía de Sara, Viola se la quitó y le dijo:

–Déjalo ya, por favor.

Pietro se desplazó al carril del centro y aminó la marcha. Dio la vuelta a sus manos, ahora manejaba el volante con los dorsos y se miraba las palmas. Eran como las de un niño, pulidas, la palma de la mano derecha se fruncía en una cuenca. La cerró apenas y la cuenca se volvió profunda, como en la noche de la playa, debajo de la ventana, después de que la bruja dejara caer la nota de papel con el castigo de ambos. Él la había recogido y la había dejado sobre aquella palma, de un lado primero, del otro después. Estaba escrito: *olvida*. El castigo es la ausencia. Había levantado la vista hacia la ventana que había vuelto a cerrarse. Celeste, la había llamado, Celeste. La silueta de la bruja se recortaba contra los visillos, Celeste. Fue la última vez que el cura joven la vio, las brujas se alejan volando. Pietro volvió a sujetar el volante.

–Es mi hija –dijo Riccardo–. Mi niña.

El portero apretó el puño derecho.

–¿Lo sabe alguien más?

La lluvia volvía otra vez a retumbar.

–¿Lo sabe alguien más? –repitió Pietro.

–Nosotros tres –dijo Riccardo–. Es una carga que dura ya dos años.

Viola se tapó los ojos y se quedó con el codo apoyado contra la ventanilla, llorando. El portero le liberó una mano y la encerró en la suya.

El todoterreno se estaba acercando al puente sobre el Po.

Pietro mantuvo la velocidad, un vehículo ranchera se cruzó en su camino y él lo adelantó. Soltó la mano de Viola y empuñó el volante, adelantó a otro coche y aceleró hacia el puente.

En la casa de los granados, Luca sostenía el brazo del gasolinero, se lo masajeaba donde aún quedaba un poquito de carne.

–El señor Pietro se parece a usted –la voz del viejo era un estertor–. Debe de sentirse muy orgulloso de su padre.

Luca le masajeó el brazo por última vez, una caricia, luego dijo mi padre murió hace cinco años.

En la carretera, las luces de la barrera de protección señalaban el guardarraíl derribado. Pietro aminoró la marcha y el todoterreno entró en el puente. En ese mismo momento, Luca destapó la jeringuilla y el gasolinero se sujetó él mismo el brazo que le temblaba, Dios le bendiga, doctor. Luca pinchó la piel y mientras empujaba el émbolo se quedó mirando a aquel padre cansado.

Pietro se quedó mirando a Viola reclinada contra la ventanilla. El todoterreno se desplazó a la izquierda, las luces de la barrera rasgaban la niebla. Allí empezaba la orilla del río, allí dio un volantazo Pietro, el todoterreno chocó contra el guardarraíl y lo atravesó.

El gasolinero murió mirando a su hijo, Pietro con las palabras de Celeste. *El pasado está en esta carta y dura ya más de treinta años. Soy yo y estoy a punto de morir. No quiero llevarme conmigo el mayor secreto.*

Se llama Luca, es nuestro hijo.

La noche de la playa, Pietro. Esa noche una bruja se volvía madre y escogía el silencio. Intenté protegerte, la verdad es que solo me protegía a mí misma, perdóname.

Luca es el futuro que no llegamos a tener, pero él es nosotros. Vive con su mujer Viola y su hija en el segundo piso de un edificio que busca un portero nuevo. Si así lo quieres, tú podrás ser ese portero. Y este es el último azar que lanzo a mi vida.

Llama a la persona que te indico más abajo, es un amigo y el administrador de la comunidad, le he pedido que te mande estas líneas. Ocúpate tú de Luca, vela por nuestro hijo.

Pietro, nunca he dejado de sentirte a mi lado. Nunca. Quiero decírtelo desde esta carne que aún resiste. Es un amor como es debido, y yo me lo llevaré conmigo a donde

vaya. Y esté donde esté, bruja o bailarina, estaré lista. Primero sobre el tacón, después de puntillas.

Notas

- ¹ ¿De qué te quejas? (*N. del T.*)
- ² Deme a mí eso. (*N. del T.*)
- ³ ¿Todo en orden? (*N. del T.*)
- ⁴ Si de la casta le viene al galgo, no cabe duda de que el doctor será un hombre guapo. (*N. del T.*)
- ⁵ Ahora trabaja de sastra para los señores, pero se ha quedado para vestir santos. (*N. del T.*)
- ⁶ Así en el original, en portugués. (*N. del T.*)
- ⁷ Estatua dorada dieciochesca de la Asunción que corona la catedral de Milán y es el símbolo de la ciudad. (*N. del T.*)
- ⁸ ¿Es que no ve que está cerrado? (*N. del T.*)
- ⁹ Uno se pasa día y noche trabajando y encima le toca lidiar con locos. (*N. del T.*)
- ¹⁰ Ahí está el cura, ahí está la bruja. (*N. del T.*)
- ¹¹ Anda que, si al final resulta que no hay nada, estamos frescos. (*N. del T.*)
- ¹² Yo me acuerdo de usted. ¿Es que el señorito no saluda? (*N. del T.*)
- ¹³ Ya es hora de irse a casa. (*N. del T.*)
- ¹⁴ Véase nota 1. (*N. del T.*)

Créditos

Título original: *Il senso dell'elefante*

Edición en formato digital: septiembre de 2013

En cubierta: Ilustración de © Guido Scarabottolo

© Marco Missiroli, 2012

© Ugo Guanda Editore, S.p.A., 2012

© De la traducción, Carlos Gumpert, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-30-2

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Nota	3
Dedicatoria	4
Citas	5
EL DESTINO DEL ELEFANTE	6
1	8
2	11
3	14
4	16
5	18
6	21
7	23
8	27
9	31
10	35
11	38
12	42
13	46
14	49
15	53
16	57
17	60
18	61
19	67
20	68
21	70
22	73
23	78
24	80
25	82
26	87
27	89

28	92
29	99
30	103
31	106
32	109
33	113
34	117
35	120
36	124
37	128
38	133
39	138
40	142
41	144
42	148
43	153
44	155
45	158
46	159
47	161
48	164
Notas	166
Créditos	167